

El a?o del pensamiento m??gico

Joan Didion



calibre 0.9.31

Sinopsis

Un libro prodigioso por su sinceridad y pasión conmovedoras, Premio Nacional de Estados Unidos a la Mejor Obra de No-ficción de 2005 (The National Book Award), escrito por una de las más emblemáticas escritoras norteamericanas. Joan Didion explora una experiencia intensamente personal y, no obstante, universal: el retrato de un matrimonio — y de una vida en los buenos y en los malos tiempos — que impresionará a cualquiera que haya amado a un marido, a una mujer o a un hijo. Unos días antes de la Navidad de 2003, Quintana, la única hija de John Gregory Dunne y Joan Didion, cayó enferma con lo que en un principio parecía una gripe, pero que rápidamente evolucionó a neumonía y acabó en un choque séptico. Durante varias semanas permaneció en coma inducido y con respiración artificial. Unos días después, la víspera de Nochebuena, los Dunne se disponían a cenar tras

haber visitado a su hija en el hospital, cuando John Gregory Dunne sufrió un infarto mortal. En unos segundos, la relación íntima y simbiótica de estos dos escritores a lo largo de cuarenta años, acabó. Cuatro semanas más tarde, su hija superó el coma. Dos meses después, a su llegada al aeropuerto de Los Ángeles, Quintana cayó desplomada a causa de una hemorragia cerebral masiva y tuvo que ser sometida a una intervención de neurocirugía en el Centro Médico de la Universidad de California (UCLA). Este poderoso libro es el intento de Didion para encontrar sentido a las “semanas y meses que desbarataron cualquier idea previa que yo tuviera sobre la muerte, la enfermedad [...] el matrimonio y los hijos y el recuerdo [...] la precariedad de la cordura y sobre la vida misma”.

JOAN DIDION

EL AÑO DEL
PENSAMIENTO MÁGICO

Traducción de Olivia De Miguel

TÍTULO ORIGINAL:

THE YEAR OF MAGICAL THINKING

Publicado por: GLOBAL RHYTHM PRESS S.L.

Publicado en Estados Unidos por Alfred A. Knopf,
Random House Inc., Nueva York en 2005

Copyright 2005 de Joan Didion

Copyright de la traducción: 2006 Olivia De
Miguel

Derechos exclusivos de edición en lengua
castellana: Global Rhythm Press S.L.

ISBN: 978-84-934487-4-5

DEPÓSITO LEGAL: B-28243-2006

Diseño Gráfico: PFP (Quim Pintó, Montse Fabregat)

Preimpresión: LOZANO FAISANO, S. L.

Impresión y encuadernación: LIBERDUPLEX

PRIMERA EDICIÓN EN GLOBAL RHYTHM
PRESS junio de 2006

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro — incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Este libro es para John y para Quintana

La vida cambia rápido. La vida cambia en un instante. Te sientas a cenar; y la vida que conoces se acaba. El tema de la autocompasión.

Estas fueron las primeras palabras que escribí después de que sucediera. La fecha en el archivo «Notas sobre el cambio.doc», de Microsoft Word, es «20 de mayo, 2004, 11:11 p.m.», pero tal vez abriera el archivo y al cerrarlo pulsara distraídamente «salvar». En mayo no hice cambios en el archivo. No hice cambios en ese archivo desde que escribí esas palabras en enero del 2004, dos o tres días después del suceso.

Durante mucho tiempo no escribí nada más.

La vida cambia en un instante.

Un instante normal.

Empeñada en recordar lo que parecía más sorprendente de todo lo ocurrido, en algún momento, consideré añadir esas palabras: «un instante normal». Me di cuenta inmediatamente de que no era necesario añadir la palabra «normal» porque no podría olvidarla, pero la palabra jamás se me fue de la cabeza. En realidad, la normalidad de toda la situación anterior al suceso era lo que me impedía creer que hubiera sucedido realmente, asimilarlo, incorporarlo, superarlo. Ahora reconozco que aquello no tenía nada de extraordinario; enfrentados a un desastre repentino, todos señalamos lo normales que eran las circunstancias en las que lo impensable sucede: el cielo azul despejado desde el que se precipitó el avión, el recado rutinario que acabó sobre el arcén con el coche en llamas, los columpios en los que los niños jugaban como de costumbre cuando la cascabel salió de entre la hiedra y atacó. «Volvía a casa del trabajo, feliz, triunfador, sano y de repente, se acabó», leí en la declaración de una enfermera de psiquiatría cuyo marido había muerto en accidente de carretera. En

1966 tuve que entrevistar a mucha gente que había vivido en Honolulu la mañana del 7 de diciembre de 1941; todos ellos, sin excepción, empezaron su relato del ataque a Pearl Harbor diciéndome que era una «mañana de domingo como otra cualquiera». «Era un hermoso día de septiembre como otro cualquiera», dice todavía la gente cuando se le pide que describa la mañana en Nueva York cuando el *American Lines 11* y el *United Airlines 175* se estrellaron contra las torres del World Trade. Incluso el informe de la Comisión del 11-S empezaba con esta nota machaconamente premonitoria y aun así inmutable: «Martes, 11 de septiembre de 2001, mañana templada y sin apenas nubosidad en el este de Estados Unidos».

«Y de pronto... se acabó.» *En plena vida estamos en la muerte*, dicen los episcopalianos junto a la tumba. Más adelante, me di cuenta de que debí de repetir los detalles de lo sucedido a todos los que vinieron a casa en aquellas primeras semanas; a todos aquellos amigos y familiares que traían

comida y preparaban bebidas y ponían los platos en la mesa del comedor para los que estaban por allí a la hora de comer o de cenar; a todos aquellos que retiraban los platos, congelaban las sobras, ponían el lavavajillas, llenaban nuestra — todavía no puedo decir «mi» — casa a no ser por ellos vacía, incluso después de que yo me retirara al dormitorio (nuestro dormitorio, en el que, sobre un sofá, aún estaba un albornoz descolorido XL, comprado en los años 70, en Richard Carroll, de Beverly Hills), y que al salir cerraban la puerta. Aquellos momentos en los que el agotamiento se apoderaba bruscamente de mí son lo que recuerdo con más claridad de aquellos primeros días y semanas. No recuerdo haber contado a nadie los detalles, pero debí de hacerlo porque todos parecía que los conocían. En cierto momento, consideré la posibilidad de que se hubieran contado unos a otros los detalles de la historia, pero la descarté inmediatamente: los pormenores de su historia eran demasiado precisos para haber pasado de boca en boca. Había sido yo.

Otro de los motivos por los que supe que yo había contado la historia era que ninguna de las versiones que escuché incluía los detalles que yo aún era incapaz de afrontar, por ejemplo, la sangre que, en el suelo de la sala de estar, permaneció allí hasta que José llegó a la mañana siguiente y la limpió.

José. Parte de nuestra casa. Tenía que volar a Las Vegas a última hora de aquel 31 de diciembre, pero nunca lo hizo. José lloraba aquella mañana mientras limpiaba la sangre. Al principio, cuando le conté lo que había pasado, no me entendió. Evidentemente no era la narradora ideal de la historia; en mi versión, había algo demasiado informal y demasiado elíptico al mismo tiempo, algo en mi tono que no había logrado comunicar el hecho principal de la situación (encontré el mismo fallo más tarde, cuando tuve que decírselo a Quintana), pero en el momento en que José vio la sangre, lo entendió.

Aquella mañana, antes de que él llegara, yo ya

había recogido las jeringuillas y los electrodos del ECG, pero no pude enfrentarme a la sangre.

A grandes rasgos.

Ahora, al empezar a escribir esto, es el 4 de octubre, por la tarde, de 2004.

Hace nueve meses y cinco días, aproximadamente a las nueve de la noche del 30 de diciembre de 2003, mi marido, John Gregory Dunne, en la mesa del salón de nuestro apartamento de Nueva York en la que acabábamos de sentarnos a cenar, sufrió aparentemente —o realmente— un repentino y severo ataque al corazón que le causó la muerte. Nuestra única hija, Quintana, llevaba cinco noches inconsciente en una unidad de cuidados intensivos de la Singer División del Beth Israel Medical Center, por entonces un hospital en la avenida East End (cerró en agosto de 2004), más conocido como el Beth Israel North o el Antiguo Hospital de

Médicos; lo que pareció un caso de gripe invernal lo bastante grave para ingresarla en urgencias la mañana de Navidad había derivado en neumonía y choque séptico. Esto es un intento por encontrar sentido al tiempo que siguió, a las semanas y meses que desbarataron cualquier idea previa que yo tuviera sobre la muerte, la enfermedad, la probabilidad y la suerte, la buena o la mala fortuna, sobre el matrimonio y los hijos y el recuerdo; sobre el dolor y los modos en que la gente se plantea o no el hecho de que la vida acaba; sobre la precariedad de la cordura y sobre la vida misma. He sido escritora toda mi vida. Como escritora, incluso de niña, mucho antes de que empezara a publicar lo que escribía, siempre tuve la sensación de que el significado radicaba en el ritmo de las palabras, las frases, los párrafos, una técnica para contener lo que pensaba o creía tras un refinamiento cada vez más impenetrable. Soy o he llegado a ser la forma en la que escribo; sin embargo, este es un caso en el que en vez de las palabras y sus ritmos desearía tener una sala de montaje equipada con un Avid, un sistema de

edición digital en el que pudiera pulsar una tecla y la secuencia de tiempo se desintegrara para mostrarles simultáneamente todos los cuadros de la memoria que me asaltan en este momento y dejarles elegir las tomas, los diferentes comentarios al margen, las distintas lecturas de las mismas líneas. En este caso, para encontrar el significado, necesito más que palabras. En este caso necesito cualquier cosa que yo crea o me parezca inteligible, aunque sólo sea para mí misma.

2

30 de diciembre de 2003, martes.

Habíamos visto a Quintana en la UCI de la sexta planta del Beth Israel North.

Habíamos vuelto a casa.

Habíamos hablado de si salíamos a cenar o cenábamos en casa.

Yo propuse que encendería el fuego y podíamos cenar en casa.

Hice el fuego, empecé a preparar la cena, le pregunté a John si quería tomar algo.

Le preparé un escocés y se lo llevé al salón donde estaba leyendo en la silla en la que solía sentarse junto al fuego.

Leía unas galeradas encuadernadas de *Europe's Last Summer: Who Started the Great War in 1914?*, de David Fromkin.

Acabé de preparar la cena y la puse en la mesa del salón, desde la que, cuando estábamos solos, podíamos comer viendo el fuego. Crecí en California. John y yo vivimos juntos allí veinticuatro años, y en California calentábamos las

casas con el fuego de la chimenea. Encendíamos el fuego incluso en las noches de verano porque entraba la niebla. El fuego significaba que estábamos en casa, que habíamos trazado el círculo, que estaríamos a salvo durante la noche. Encendí las velas. John me pidió otro whisky antes de sentarse a la mesa. Se lo llevé. Nos sentamos. Yo removía la ensalada.

John hablaba; de repente, dejó de hablar.

En algún momento de los segundos o del minuto previo a que dejara de hablar, me había preguntado si en la segunda copa le había puesto *single malt*. Le contesté que no, que había usado el mismo escocés que en la primera. «Bien —había dicho—, no sé por qué, pero no debes mezclarlos.» En otro momento de aquellos segundos o de aquel minuto había hablado de por qué la Primera Guerra Mundial fue el acontecimiento crítico del que surgía el resto del siglo XX.

No tengo ni idea del tema que hablábamos en el momento en que dejó de hablar, si del escocés o de la Primera Guerra Mundial.

Sólo recuerdo que alcé la vista. John se había desplomado, estaba inmóvil y tenía la mano izquierda levantada. Al principio creí que era una broma, un intento por hacer que las dificultades del día parecieran más llevaderas.

Recuerdo que dije: «No hagas eso».

Al no responderme, lo primero que pensé fue que había empezado a comer y se había atragantado. Recuerdo que intenté desde el respaldo de la silla lo suficiente como para poder hacerle la maniobra de Heimlich. Recuerdo la sensación de su peso al caer hacia delante, primero contra la mesa y luego al suelo. En la cocina, junto al teléfono, había pegado una tarjeta con los números de la ambulancia del Nueva York-Presbiteriano. No es que hubiera pegado los números junto al teléfono porque anticipara un momento así. Había pegado

los números junto al teléfono por si alguien del edificio necesitaba una ambulancia.

Alguien.

Llamé a uno de los números. Me preguntaron si respiraba. Les dije: «Vengan, por favor». Cuando llegaron los de la ambulancia intenté contarles lo sucedido, pero antes de que pudiera terminar ya habían convertido la zona del salón en la que estaba John en una sala de urgencias. Uno de ellos (había tres o tal vez cuatro, una hora después no sabía cuántos eran) hablaba con el hospital sobre el electrocardiograma que ya estaban enviando. Otro abría la primera, la segunda o la que fuera de las múltiples jeringuillas. (¿Epinefrina? ¿Lidocaína? ¿Procainamida? Los nombres me vienen a la cabeza, pero no tengo ni idea de dónde). Recuerdo que dije que tal vez se hubiera atragantado. Lo descartaron sin dudarlo. No había obstrucción de las vías respiratorias. Enseguida utilizaron las palas desfibriladoras en un intento por restablecer el ritmo cardíaco. Lograron algo

que podía ser un latido normal (o pensé que lo lograban, todos estábamos en completo silencio, se produjo una brusca sacudida), luego se perdió, y empezó de nuevo.

—Todavía hay fibrilación —recuerdo que dijo el que estaba al teléfono.

—Fibrilación-V —dijo el cardiólogo de John a la mañana siguiente cuando llamó desde Nantucket —. Debieron de decir «fibrilación-V», ventricular.

Tal vez dijeran «fibrilación-V» o tal vez no. La fibrilación auricular no provoca inmediata o necesariamente el paro cardíaco. La ventricular, sí. Tal vez, la que tuvo fue ventricular.

Recuerdo haber intentado ordenar en mi cabeza lo que sucedería después. Puesto que había una dotación de ambulancia en el salón, el siguiente paso lógico sería ir al hospital. Se me ocurrió que los enfermeros podían decidir trasladarlo al hospital de un momento a otro, y yo no estaba

preparada. No tenía a mano lo que necesitaba llevar. Perdería tiempo, me quedaría atrás. Encontré mi bolso, un juego de llaves y un resumen del historial de John que su médico le había preparado. Cuando volví al salón, los enfermeros miraban el monitor del ordenador instalado en el suelo. Yo no veía el monitor, así que miraba sus caras. Recuerdo que uno de ellos miraba a los demás. Cuando decidieron trasladarlo, todo sucedió muy rápido. Les seguí al ascensor y pregunté si podía acompañarlos. Dijeron que primero bajarían la camilla: yo podía ir en la segunda ambulancia. Uno de los enfermeros esperó conmigo a que el ascensor volviera a subir. Cuando él y yo subíamos a la segunda ambulancia, la que llevaba la camilla arrancaba frente a la puerta del edificio. Desde nuestra casa hasta el Nueva York-Presbiteriano, que antes era el Hospital de Nueva York, hay que atravesar seis manzanas. No recuerdo las sirenas. No recuerdo el tráfico. Cuando llegamos a la entrada de urgencias del hospital, la camilla desaparecía ya en el interior del edificio. Un hombre esperaba en el

camino. Todas las personas que se veían llevaban ropa desechable. Él no. «¿Es la esposa? — preguntó al conductor; luego se volvió hacia mí—. Soy su asistente social», dijo, y me figuro que ahí fue cuando debí de darme cuenta.

«Abrí la puerta, vi al hombre vestido de verde y lo supe. Lo supe inmediatamente —dijo la madre de un joven de diecinueve años, asesinado por una bomba en Kirkuk, en un documental de HBO citado por Bob Herbert en *The New York Times* la mañana del 12 de noviembre de 2004—, pero creía que mientras no le dejara entrar, no podría decírmelo; y aquello... nada de todo aquello habría sucedido. Él no dejaba de decir: “Señora, necesito entrar”. Y yo seguía diciéndole: “Lo siento, pero no puede pasar”’ .»

En el desayuno, cuando leí esto casi once meses después de la noche de la ambulancia y el asistente social, reconocí como mía esa reacción.

Dentro de la sala de urgencias, vi que personal médico con ropa desechable empujaba la camilla hasta una cortina. Alguien me dijo que esperara en recepción. Lo hice. Había una fila para presentar los papeles de admisión. Esperar en la fila parecía lo más práctico que se podía hacer. Esperar en la fila significaba que todavía había tiempo para controlar el asunto. En el bolso tenía copias de las tarjetas del seguro; nunca había estado en ese hospital —el Hospital de Nueva York era el de la Universidad de Cornell, el hospital que se había unido al Nueva York-Presbiteriano; yo conocía el de Columbia, el Columbia-Presbiteriano, en la Calle 168 con Broadway, a veinte minutos como mínimo de casa —demasiado lejos para una de esas urgencias—; pero yo lograría manejar este hospital desconocido, podía hacer algo, y una vez estabilizado, organizaría su traslado al Columbia-Presbiteriano. Estaba inmersa en los detalles del inminente traslado al Columbia (necesitaría una cama con sistema de telemetría, finalmente también podía conseguir que trasladaran a Quintana al Columbia; la noche que ella ingresó en

el Beth Israel North yo había escrito en una tarjeta los números del *busca* de varios médicos del Columbia; uno u otro lo conseguirían) en un momento, el asistente social apareció y me condujo desde la fila del papeleo a una salita vacía junto a la recepción. «Espere aquí», dijo. Esperé. La habitación estaba fría o yo lo estaba. Me preguntaba cuánto tiempo había pasado desde que llamé a la ambulancia hasta que llegó. Me parecía que no habían tardado nada (*una paja en el ojo de Dios* era la frase que me asaltó en aquella sala junto a la recepción), pero seguramente habían pasado por lo menos varios minutos.

Solía tener un tablero en mi oficina en el que, por motivos relacionados con un detalle del argumento de una película, había una ficha rosa en la que había escrito una frase del *Manual Merck* sobre el tiempo que el cerebro puede vivir sin oxígeno. La imagen de la ficha rosa me vino a la cabeza en la sala junto a la recepción: «La anoxia del tejido entre 4 y 6 minutos puede producir daños

cerebrales irreversibles o la muerte». Cuando el asistente social volvió a entrar, me decía a mí misma que no debía de recordar correctamente la frase. Venía acompañado de un hombre que se presentó como «el médico de su esposo». Se produjo un silencio. «Ha muerto, ¿verdad?», me oí preguntarle al médico. El médico miró al asistente social. «Está bien —dijo el asistente social—. Es una mujer muy entera.»

Me llevaron hasta el *box* cerrado con cortinas en el que John ya descansaba solo. Me preguntaron si quería un sacerdote. Dije que sí. Vino un sacerdote y le dio la extremaunción. Le di las gracias. Me dieron el clip de plata en el que John guardaba su carné de conducir y las tarjetas de crédito. Me dieron el dinero que llevaba en el bolsillo. Me dieron su reloj. Me dieron su móvil. Me dieron una bolsa de plástico con su ropa. Les di las gracias. El asistente social me preguntó si podía ayudarme en algo. Le dije si podía ponerme en un taxi. Lo hizo. Le di las gracias. «¿Lleva dinero?», preguntó. Yo, la mujer entera, dije que sí. Cuando

entré en el apartamento y vi la chaqueta y el pañuelo de John en la silla sobre la que los había dejado cuando regresamos de ver a Quintana en el Beth Israel North (el pañuelo rojo de cachemir, la cazadora de Patagonia que había sido la chaqueta del equipo de la película *Íntimo y personal*), me pregunté hasta qué punto me permitirían no ser una mujer entera. ¿El colapso nervioso? ¿Necesidad de calmantes? ¿Gritar?

Recuerdo haber pensado que tenía que hablarlo con John.

No había nada que yo no hablara con John.

Porque los dos éramos escritores y trabajábamos en casa y nuestros días estaban llenos del sonido de la voz del otro.

No siempre creía que él tenía razón ni tampoco él creía que yo la tuviera, pero cada uno de nosotros

era para el otro la persona de confianza. Nuestras inversiones o intereses corrían paralelos en cualquier situación. Dado que a veces uno tenía mejores críticas que el otro o conseguía un avance más sustancioso, muchos suponían que, en cierto modo, debíamos de ser «competidores», que nuestra vida privada debía de ser un campo minado por el resentimiento y los celos profesionales. Era algo tan alejado de la realidad que la insistencia en el tema indicaba ciertas lagunas en eso que la gente entiende popularmente por matrimonio.

Esa había sido otra cosa de la que habíamos hablado.

El silencio del apartamento es lo que recuerdo la noche en que llegué sola a casa desde el Hospital de Nueva York.

En la bolsa de plástico que me habían dado en el hospital había un pantalón de pana, una camisa de lana, un cinturón y creo que nada más. Habían

cortado las perneras del pantalón de pana, supongo que los enfermeros. Había sangre en la camisa. El cinturón estaba entrelazado. Recuerdo haber enchufado su móvil al cargador de su mesa de despacho. Recuerdo haber colocado su clip de plata en la caja del dormitorio en la que guardábamos los pasaportes, las partidas de nacimiento y los certificados de haber sido miembros de un jurado. Miro el clip y veo las tarjetas que llevaba: el carné de conducir expedido por el estado de Nueva York, que caducaba el 25 de mayo de 2004; una tarjeta de crédito del Chase; una American Express; una Wells Fargo MasterCard; el carné del Metropolitan Museum; una tarjeta del Writers Guild of America West (era justo antes de las votaciones de la Academia, cuando se puede usar la WGAW para ver películas gratis; seguramente había ido a ver alguna, no lo recuerdo); una tarjeta médica; una tarjeta de metro y una tarjeta de Medtronic con la inscripción: «Llevo implantado un marcapasos Kappa 900 SR»; el número de serie del aparato, un número del médico que se lo

implantó y la anotación: «Fecha de implantación: 3 de junio de 2003». Recuerdo haber juntado el dinero que había en su bolsillo con el de mi bolso, alisado los billetes y puesto especial cuidado en colocar los de veinte con los de veinte, los de diez con los de diez, los de cinco con los de cinco y los de uno con los uno. Recuerdo haber pensado mientras lo hacía que él vería cómo manejaba la situación.

Cuando le vi en el *box* de la sala de urgencias en el Hospital de Nueva York, tenía una mella en uno de los dientes de delante, supongo que a consecuencia de la caída, pues también tenía cardenales en la cara. Al día siguiente, cuando identifiqué su cuerpo en el Frank E. Campbell, los cardenales no se le notaban. Me figuro que a eso se refería el empleado de la funeraria cuando le dije que no le embalsamaran, y él respondió: «En ese caso, sólo lo adecentaremos». La parte de la funeraria me queda lejana. Había llegado a Frank

E. Campbell tan decidida a evitar cualquier respuesta inapropiada (lágrimas, ira, risa histérica en medio del silencio reverencial) que había bloqueado cualquier respuesta. Cuando murió mi madre, el empleado de la funeraria que recogió su cuerpo de la cama dejó en su lugar una rosa artificial. Mi hermano me lo había contado profundamente ofendido. Estaba preparada contra las rosas artificiales. Recuerdo que decidí rápidamente el ataúd y que, en la oficina en la que firmé los papeles, había un reloj antiguo, parado. El funerario, como si le complaciera aclarar el motivo de aquel elemento decorativo, explicó que el reloj llevaba años sin funcionar, pero lo habían conservado como «una especie de recuerdo» de una vida anterior de la empresa. Parecía ofrecer el reloj como una lección. Pensé en Quintana. Podía ignorar lo que decía el funerario, pero no podía ignorar los versos que escuchaba al pensar en Quintana: *Hundido a cinco brazas yace tu padre. / Esas que son perlas, fueron sus ojos.*

Ocho meses después, pregunté al administrador de nuestro edificio de apartamentos si todavía guardaba el registro de incidencias de la noche del 30 de diciembre. Sabía que existía ese registro: había sido tres años presidenta de la comunidad y el registro de entrada era parte del funcionamiento del edificio. Al día siguiente, el administrador me envió la página correspondiente al 30 de diciembre. Según el registro, aquella noche los porteros eran Michael Flynn y Vasile Ionescu. No lo recordaba. Vasile Ionescu y John se divertían en el ascensor con una broma, una especie de juego entre un exiliado de la Rumania de Ceaucescu y un católico irlandés de West Hartford (Connecticut) basado en la complicidad política. «¿Dónde está Bin Laden?», decía Vasili cuando John entraba en el ascensor; el juego consistía en llegar arriba con propuestas cada vez más improbables: «¿Estará Bin Laden en el ático?»; «¿estará en el chalet?»; «¿en el gimnasio?». Cuando vi el nombre de Vasili en el registro, pensé que no me acordaba si él había empezado el juego cuando llegamos del Beth

Israel North la noche del 30 de diciembre. El registro de aquella noche mostraba sólo dos entradas, menos que de costumbre, incluso en una época del año en que mucha gente del edificio se desplazaba a lugares con mejor clima.

NOTA: La ambulancia del Sr. Dunne llegó a las 9.20 p.m. El Sr. Dunne fue llevado al hospital a las 10.05 p.m. NOTA: Bombilla fundida en el ascensor A-B.

El ascensor A-B era nuestro ascensor, el ascensor en el que subieron los enfermeros a las 9.20 p.m., el ascensor en el que se llevaron a John (y a mí) en la ambulancia a las 10.05 p.m., el ascensor en el que volví sola a nuestro apartamento a una hora sin registrar. No me di cuenta de que había una bombilla fundida en el ascensor, ni me di cuenta de que los enfermeros estuvieron cuarenta y cinco minutos en el apartamento. Siempre he explicado que fueron «quince o veinte minutos». «Si estuvieron tanto tiempo, ¿quiere decir que estaba vivo?» Le hice esta pregunta a un médico que

conocía. «A veces, lo intentan durante mucho tiempo», contestó. Pasó un rato antes de que me diera cuenta de que la respuesta no contestaba para nada mi pregunta.

Cuando recogí el certificado de defunción, la fecha registrada de la muerte era 10.18 p.m. del 30 de diciembre de 2003.

Antes de salir del hospital, me habían pedido autorización para realizarle la autopsia. Había dicho que sí. Más tarde leí que los hospitales consideran algo muy delicado y sensible pedir a un familiar la autorización para la autopsia, el más difícil de los trámites rutinarios que acompañan a una muerte. Los propios médicos, según diversos estudios (por ejemplo, Katz, L., y Gardner, R., «The Intem's Dilemma: The Request for Autopsy Consent» en *Psychiatry in Medicine* 3 [1972], 197-203) experimentan considerable ansiedad al pedir esta autorización. Saben que la autopsia es

esencial para el aprendizaje y la enseñanza de la medicina, pero también saben que el procedimiento desencadena un temor primitivo. Si quien me pidió la autorización para la autopsia en el Hospital de Nueva York experimentó esa ansiedad, yo podría habérsela evitado: deseaba firmemente que le hicieran la autopsia. Lo deseaba firmemente a pesar de que había visto varias cuando investigaba para algún libro. Sabía exactamente lo que ocurre: el pecho abierto como el de un pollo en la carnicería, la cara despellejada, la balanza para pesar los órganos. Había visto a detectives de homicidios retirar la vista de una autopsia. Aun así, la quería. Necesitaba saber cómo, por qué y cuándo había sucedido aquello. En realidad, quería estar presente cuando la hicieran (había visto aquellas otras autopsias con John y le debía estar en la suya, incluso, en aquel momento, tenía la idea fija de que él estaría en la sala si fuera yo quien estaba en la mesa); pero dudé de poder plantearlo racionalmente, así que no lo pedí.

Si la ambulancia salió del edificio a las 10.05 p.m. y su muerte se declaró a las 10.18 p.m., los trece minutos transcurridos estuvieron dedicados a la contabilidad y la burocracia, a asegurarse de que se cumplieran los trámites del hospital, a que se hiciera el papeleo, a que la persona adecuada estuviera a mano para certificar la muerte y a informar a la mujer entera.

El certificado de defunción. Luego supe que se llamaba «deceso», como en «Hora del deceso: 10.18 p.m.».

Tenía que creer que durante todo aquel tiempo había estado muerto.

Si no creía que había estado muerto todo aquel tiempo, habría pensado que debería haber podido salvarlo.

De todas formas, hasta que vi el informe de la autopsia, seguí pensándolo, un ejemplo de pensamiento delirante de la variante omnipotente.

Una semana o dos antes de morir mientras cenábamos en un restaurante, John me pidió que le escribiera algo en mi libreta. Él siempre llevaba tarjetas para tomar notas, tarjetas de ocho por quince con su nombre impreso que le cabían en un bolsillo interior de la chaqueta. Mientras cenábamos, le vino algo a la cabeza que no quería olvidar, pero al mirar en el bolsillo, vio que no tenía tarjetas. Necesito que me escribas algo, dijo. Era para su nuevo libro, no para el mío; hizo hincapié en ello porque por entonces yo investigaba para un libro que tenía que ver con el deporte. Ésta fue la nota que me dictó: «Los entrenadores solían salir después de un partido y decían “buen juego”. Ahora salen acompañados de la policía estatal, como si hubiera una guerra y ellos fueran el ejército. La militarización de los deportes». Cuando al día siguiente le di la nota, me dijo: «Si quieres, puedes usarla».

¿Qué quiso decir?

¿Sabía que no escribiría el libro?

¿Se temía algo? ¿Una corazonada? ¿Por qué se olvidó aquella noche de llevar sus tarjetas a la cena? ¿Acaso no me había advertido, cuando a mí se me olvidaba la libreta, que el poder hacer una nota cuando se te ocurre algo supone la diferencia entre escribir y no hacerlo? ¿Algo le decía aquella noche que el tiempo de escribir se le estaba acabando?

Un verano, cuando vivíamos en Brentwood Park, nos acostumbramos a interrumpir el trabajo a las cuatro de la tarde para salir a la piscina. Él se quedaba de pie en el agua leyendo (releyó varias veces *La decisión de Sofía* tratando de entender cómo funcionaba) mientras yo trabajaba en el jardín. Era un jardín pequeño, casi una miniatura, con senderos de grava, un emparrado de rosas y macizos bordeados de tomillo, santolina y matricaria. Pocos años antes había convencido a John de que arrancásemos el césped para plantar el jardín. Con gran sorpresa por mi parte, puesto que nunca había mostrado ningún interés por los jardines, consideró el resultado final casi como un

misterioso regalo. En aquellas tardes de verano, poco antes de las cinco, nadábamos un rato y luego, envueltos en la toalla, entrábamos en la biblioteca para ver *Tenko*, una serie de la BBC que se emitía por entonces sobre unas inglesas deliciosamente predecibles (una era inmadura y egoísta, y otra parecía un trasunto de *La señora Miniver*), apresadas por los japoneses en Malasia durante la Segunda Guerra Mundial. Cada tarde, después del capítulo de *Tenko*, subíamos a trabajar un par de horas más; John, en su despacho del piso de arriba y yo, en el porche acristalado, al otro lado del vestíbulo, que se había convertido en mi oficina. A las siete o siete y media, salíamos a cenar, la mayoría de las veces a Morton. Aquel verano se estaba bien en Morton. Siempre había quesadilla de gambas y pollo con judías negras. Siempre había alguien conocido. La sala estaba fresca y pulida, y oscura en el interior, pero se veía el atardecer en la calle.

Por entonces, a John no le gustaba conducir de noche. Más tarde supe que esa era una de las

razones por las que quería pasar más tiempo en Nueva York, un deseo que, en aquella época, me resultaba misterioso. Una noche de aquel verano, después de cenar con Anthea Sylbert en su casa de Camino Palmero en Hollywood, John me pidió que condujera yo. Anthea vivía a menos de una manzana de la casa de la avenida Franklin, en la que habíamos vivido entre 1967 y 1971; por tanto, no se trataba de tener que explorar un nuevo barrio. Cuando puse el coche en marcha, pensé que se podían contar con los dedos de una mano las veces que yo había conducido estando John en el coche; aquella noche sólo recordaba una vez que le había relevado en un viaje de Las Vegas a Los Ángeles. Iba adormecido en el asiento del pasajero de la Corvette que entonces teníamos. Abrió los ojos y unos momentos después me dijo muy amablemente: «Yo lo llevaría un poco más despacio». Yo no tenía la sensación de ir a demasiada velocidad y miré el indicador de velocidad; iba casi a 200.

Aun así.

Un viaje a través del desierto de Mojave era otra cosa. Nunca antes me había pedido que condujera a casa después de cenar en la ciudad; aquella noche de Camino Palmero no tenía precedentes. Ni tampoco el que después de los cuarenta y cinco minutos que duró el viaje hasta Brentwood Park, dijera: «Bien hecho».

El año antes de morir mencionó varias veces aquellas tardes de la piscina, el jardín y *Tenko*.

En *El hombre ante la muerte*, Philippe Ariés señala que la característica esencial de la muerte en la *Chanson de Roland* es que, aunque repentina o accidental, «advierde con antelación de su llegada». Cuando le preguntan a Sir Gawain: «¡Ay, mi buen señor!, ¿creéis que moriréis pronto?»; y Gawain contesta: «Os dije que no he de vivir dos días». Ariés señala: «Ni su médico, ni sus amigos, ni los sacerdotes (estos últimos ausentes y olvidados) saben tanto de su muerte como él. Sólo el hombre que agoniza puede decir el tiempo que le queda».

Te sientas a cenar.

«Si quieres puedes usarla», había dicho John cuando le di la nota que me había dictado una o dos semanas antes.

Y de repente... se acabó.

El desconsuelo, cuando llega, no tiene nada que ver con lo que esperamos. No fue eso lo que sentí cuando mis padres murieron; mi padre murió pocos días antes de cumplir ochenta y cinco, y mi madre un mes antes de los noventa y uno; en ambos casos, después de años de progresivo deterioro. Entonces sentí tristeza, soledad (la soledad del niño abandonado sea cual sea su edad), nostalgia por el tiempo pasado, por las cosas no dichas, por mi incapacidad para compartir o para darme cuenta, al final, del dolor, la impotencia y la humillación física que ambos soportaron. Comprendí lo inevitable de cada una de estas

muertes. Las había esperado, temido, anticipado y me habían sobrecogido toda mi vida. Cuando finalmente ocurrieron, permanecieron alejadas, a cierta distancia del curso de mi vida cotidiana. Tras la muerte de mi madre, recibí una carta de un amigo de Chicago, un antiguo misionero de Maryknoll, que intuyó acertadamente lo que yo sentía. La muerte de nuestros padres, escribía, «a pesar de lo preparados que estemos, a pesar de la edad que tengamos, remueve cosas muy profundas, provoca reacciones que nos sorprenden y puede liberar recuerdos y sentimientos que habíamos creído enterrados hace mucho tiempo. En ese período indefinido que llamamos duelo, podríamos estar en un submarino, silencioso en el fondo del océano, conscientes de las cargas de profundidad, tan pronto cerca como lejos, golpeándonos con recuerdos».

Mi padre había muerto, mi madre había muerto; durante un tiempo tendría que ir con pies de plomo, pero aun así podía levantarme por la mañana y enviar la ropa a la lavandería.

Aun así podía preparar un menú para la comida de Pascua.

Aun así me acordaba de renovar el pasaporte.

El desconsuelo es diferente. El desconsuelo no tiene distancia. El desconsuelo llega en oleadas, en acometidas, en repentinos arrebatos que debilitan las rodillas, ciegan los ojos y borran la cotidianidad de la vida. Virtualmente todos los que han experimentado el desconsuelo mencionan este fenómeno de las «oleadas». Eric Lindemann, jefe de Psiquiatría del Hospital General de Massachusetts en los años cuarenta, que entrevistó a muchos familiares de los muertos en el incendio que se produjo en 1942 en el club Cocoanut Grove, definió el fenómeno con absoluta precisión en un famoso estudio de 1944: «Sensaciones de angustia somática se sucedían en oleadas que duraban de veinte minutos a una hora, una sensación de opresión en la garganta, asfixia por falta de aliento, necesidad de suspirar y sensación de vacío en el abdomen, falta de fuerza muscular y

una intensa angustia descrita como tensión o dolor espiritual».

Opresión en la garganta.

Asfixia, necesidad de suspirar.

Para mí, esas oleadas comenzaron la mañana del 31 de diciembre de 2003, siete u ocho horas después del suceso, cuando me desperté sola en el apartamento. No recuerdo haber llorado la noche antes; en el momento en que sucedió había entrado en una especie de *shock* en el que únicamente pensaba en las cosas que tenía que hacer. Mientras el personal de la ambulancia estuvo en el salón, yo tenía cosas que hacer. Por ejemplo, busqué la copia del informe médico de John para poder llevarla al hospital y cubrí el fuego porque lo iba a dejar solo. En el hospital también tuve cosas que hacer. Por ejemplo, tuve que hacer fila y tuve que pensar en la cama con servicio de telemetría que John necesitaría para poder trasladarlo al Columbia-Presbiteriano.

Cuando volví del hospital, también tuve cosas que hacer. Era incapaz de identificarlas todas, pero tenía muy clara una de ellas: antes de hacer nada, tenía que decírselo a Nick, el hermano de John. Me había parecido muy tarde para llamar a Dick, su hermano mayor, que vivía en Cape Cod (se acostaba temprano, no se encontraba bien de salud, no quería despertarle con malas noticias), pero necesitaba decírselo a Nick. No pensé en cómo se lo diría. Me senté en la cama, descolgué el teléfono y marqué el número de su casa en Connecticut. Lo cogió él. Se lo dije. Después de colgar el teléfono, con lo que sólo puedo describir como una nueva forma neutra de marcar números y decir las palabras, volví a descolgarlo. No podía decírselo a Quintana (seguía aún donde la habíamos dejado pocas horas antes, inconsciente en la UCI del Beth Israel North), pero podía llamar a Gerry, su marido desde hacía cinco meses, y podía llamar a mi hermano Jim, que estaría en su casa de Pebble Beach. Gerry dijo que vendría. Le dije que no era necesario que viniera, que yo estaba bien. Jim dijo que cogería un avión.

Le dije que no era necesario que tomase un avión y que ya hablaríamos por la mañana. Mientras intentaba pensar qué era lo siguiente que tenía que hacer, sonó el teléfono. Era Lynn Nesbit, nuestra agente literaria, amiga desde finales de los sesenta. En aquel momento, no tenía claro cómo se había enterado, pero lo sabía (tenía relación con un amigo común de Nick y Lynn, con el que ambos acababan de hablar) y me llamaba desde un taxi, de camino a nuestro apartamento. Por un lado, me sentí aliviada (Lynn sabría manejar la situación; Lynn sabría lo que supuestamente yo tenía que hacer), pero por otro lado estaba perpleja. ¿Cómo iba a vivir aquel momento acompañada? ¿Qué íbamos a hacer? ¿Nos sentaríamos en el salón con las jeringuillas y los electrodos del ECG y el suelo manchado todavía de sangre? ¿Debería reavivar el fuego? ¿Beberíamos algo? ¿Habría cenado?

¿Había comido yo?

En el instante en que me pregunté si había comido, tuve los primeros indicios de lo que estaba por

llegar; aquella noche supe que si pensaba en la comida, vomitaría.

Lynn llegó.

Nos sentamos en la zona del salón en la que no había sangre ni electrodos ni jeringuillas.

Mientras hablaba con Lynn, recuerdo haber pensado (esta es la parte que no podía decir) que John se había hecho sangre al caer; había caído de bruces y ya en urgencias, yo había notado que tenía un diente desportillado; posiblemente el diente se le clavó en el interior de la boca.

Lynn descolgó el teléfono y dijo que estaba llamando a Christopher.

Ésa fue otra perplejidad: el Christopher que yo conocía era Christopher Dickey, pero estaba en París o en Dubai, y en cualquier caso Lynn habría dicho Chris, no Christopher. Notaba que la atención se me iba hacia la autopsia. Tal vez la estuvieran haciendo mientras yo estaba allí

sentada. Luego, me di cuenta de que el Christopher con el que Lynn hablaba era Christopher Lehmann-Haupt, director de necrológicas del *New York Times*. Recuerdo una sensación de sobresalto. Quería decir «todavía no», pero la boca se me había quedado seca. Podía afrontar la autopsia, pero no había pensado en la idea de «necrológica». «Necrológica», a diferencia de «autopsia», que era algo entre John y yo y el hospital, significaba que había ocurrido. Sin la más mínima sensación de falta de lógica, me descubrí preguntándome si hubiera sucedido igual en Los Ángeles. (¿Quedaba tiempo para volver? ¿Podíamos tener otro final con el horario del Pacífico?). Recuerdo que me asaltó la imperiosa necesidad de no dejar que nadie de *Los Angeles Times* se enterara de lo sucedido a través de *The New York Times*. Llamé a Tim Rutten, nuestro íntimo amigo de *Los Angeles Times*. No me acuerdo lo que Lynn y yo hicimos después. Recuerdo que dijo que se quedaría a pasar la noche, pero le contesté que no, que estaría bien sola.

Y lo estuve.

Hasta la mañana siguiente, cuando, aún medio dormida, intenté averiguar por qué estaba sola en la cama. Tenía una sensación plúmbea. La misma sensación plúmbea con la que me despertaba por la mañana después de haberme peleado con John. ¿Nos habíamos peleado? ¿Sobre qué? ¿Cómo había empezado? ¿Cómo íbamos a poder arreglarlo si no me acordaba cómo había empezado?

Entonces me acordé.

Durante semanas ese fue el modo de enfrentarme al día.

Me despierto y siento la siniestra oscuridad, no el día.

Uno de los muchos versos de distintos poemas de Gerard Manley Hopkins que John fue entretejiendo durante los meses que siguieron al suicidio de su

hermano menor, una especie de rosario improvisado.

Ay, la mente, la mente tiene montañas; despeñaderos de ruina terribles, escarpados, insondables para el hombre. Los menosprecia quizás quien nunca se asomó a ellos. Me despierto y siento la siniestra oscuridad, no el día. Y he pedido quedarme Al abrigo de las tormentas.

Ahora veo que mi insistencia en pasar sola aquella primera noche era algo más complicado de lo que parecía, un instinto primitivo. Por supuesto sabía que John había muerto. Por supuesto ya había comunicado la noticia a su hermano, a mi hermano y al marido de Quintana. *The New York Times* lo sabía. *Los Angeles Times* lo sabía. Sin embargo, yo no estaba preparada en modo alguno para aceptar la noticia como algo definitivo: en algún plano de mi conciencia creía que lo que había sucedido era reversible. Por ese motivo necesitaba estar sola.

Después de aquella primera noche no volví a quedarme sola durante semanas (Jim y su esposa Gloria llegaron de California al día siguiente; Nick regresó a Nueva York; Tony y su esposa Rosemary vinieron de Connecticut; José no se fue a Las Vegas y Sharon, nuestra ayudante, volvió de esquiar; la casa no estuvo vacía en ningún momento), pero necesitaba aquella primera noche para estar sola.

Necesitaba estar sola para que él pudiera volver.

Este fue el comienzo de mi año del pensamiento mágico.

3

El poder del dolor para desequilibrar la mente ha sido exhaustivamente estudiado. La aflicción, dice

Freud en su ensayo de 1917 *Duelo y Melancolía*, «trae consigo graves desviaciones de la actitud normal ante la vida». Sin embargo, señala, el dolor continúa siendo un desequilibrio peculiar y «nunca se nos ocurre considerarlo un estado patológico ni someterlo a tratamiento médico». Confiamos en que «pasado cierto tiempo se superará» y juzgamos «inoportuna y aun dañina cualquier interferencia que lo perturbe». Melanie Klein, en su ensayo *El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos* (1940), hace una valoración similar: «El doliente está realmente enfermo, pero como su estado mental es común y nos parece tan natural, no consideramos el duelo una enfermedad [...]. Para resumir con más precisión: yo diría que, en el duelo, el sujeto pasa por un estado de alteración maniaco-depresiva transitoria que logra superar».

Nótese el énfasis en «superar».

Era ya pleno verano, unos meses después de aquella noche en la que necesitaba estar sola para

que él pudiera volver, cuando fui capaz de reconocer que había habido momentos durante el invierno y la primavera en los que había sido incapaz de pensar racionalmente. Pensaba como los niños pequeños, como si mis pensamientos y deseos tuvieran el poder de alterar la narración, cambiar el desenlace. En mi caso, este desorden del pensamiento había permanecido oculto, creo que invisible para los demás, oculto incluso para mí misma; pero visto retrospectivamente, había sido apremiante y constante. Visto desde aquí, me doy cuenta de que había habido señales, llamadas de atención que tendría que haber percibido. Por ejemplo, el caso de las necrológicas. No podía leerlas. Me sucedió desde el 31 de diciembre, fecha en que aparecieron las primeras, hasta el 29 de febrero, la noche de los Oscar de 2004, y cuando vi una fotografía de John en el montaje «In Memoriam» que hace la Academia. Al ver la fotografía, me di cuenta de por qué las necrológicas me habían alterado tanto.

Había permitido que otra gente pensara que estaba

muerto.

Había dejado que lo enterrasen vivo.

Nueva llamada de atención: hubo un momento (a últimos de febrero o principios de marzo, después de que Quintana saliera del hospital y antes del funeral que habíamos retrasado hasta que ella se recuperase) en que pensé que tenía que dar la ropa de John. Mucha gente había comentado la necesidad de dar la ropa y se había ofrecido con buena intención, aunque inoportunamente (como suele ocurrir), a ayudarme. No sé por qué, pero me había resistido. Recordaba que después de morir mi padre, había ayudado a mi madre a separar su ropa en montones, unos para la Beneficencia y la «mejor» para la tienda de caridad en la que mi cuñada Gloria trabajaba como voluntaria. Después de la muerte de mi madre, Gloria y yo, Quintana y las hijas de Gloria y Jim habíamos hecho lo mismo con su ropa. Era una de las cosas que la gente hace después de una muerte, parte del ritual, una especie de deber.

Empecé. Vacíé un estante en el que John había apilado sudaderas y camisetas: la ropa que se ponía para caminar por Central Park a primeras horas de la mañana. íbamos a andar todas las mañanas. No siempre lo hacíamos juntos porque nos gustaba seguir distintas rutas, pero teníamos presente la ruta que hacía el otro y nos cruzábamos antes de salir del parque. La ropa de aquel estante me resultaba tan familiar como la mía propia. No lo tuve en cuenta. Reservé algunas prendas (una sudadera descolorida con la que le recordaba particularmente, una camiseta de Canyon Ranch que Quintana le había traído de Arizona), pero puse en bolsas casi todo lo que había en aquel estante y las llevé enfrente, a la St. James' Episcopal Church. Animada, abrí un armario y llené más bolsas: zapatillas deportivas New Balance, zapatos, *shorts* Brooks Brothers, bolsas y bolsas de calcetines. Llevé las bolsas a St. James'. Unas semanas después, recogí más bolsas y las llevé al despacho de John, donde él guardaba su ropa. Aún no estaba preparada para empezar con los trajes, las camisas y las chaquetas, pero, para

empezar por alguna parte pensé que podía seguir con los zapatos que quedaban.

Me detuve en la puerta de la habitación.

No podía dar el resto de sus zapatos.

Me quedé allí un momento; luego, me di cuenta de por qué no podía hacerlo: si iba a volver, necesitaría zapatos.

El ser consciente de lo que pensaba no eliminó en modo alguno aquel pensamiento.

Todavía no he intentado comprobar —dando los zapatos— si el pensamiento ha perdido fuerza.

Al reflexionar, veo que la propia autopsia fue el primer ejemplo de esta forma de pensamiento. Además de lo que yo tuviera en la cabeza cuando autoricé tan decididamente la autopsia, también tenía cierto grado de trastorno por el que creía que

una autopsia mostraría que lo que se había estropeado era algo muy simple. Posiblemente sólo fuera una obstrucción transitoria o una arritmia. Tal vez sólo hubiera sido necesario un ajuste mínimo, un cambio de medicación o volver a colocar otro marcapasos. En ese caso, continuaba el razonamiento, aún podrían estar a tiempo de arreglarlo.

Recuerdo cuánto me afectó una entrevista a Teresa Heinz Kerry, realizada durante la campaña de 2004, en la que hablaba de la muerte de su primer marido. Después del accidente aéreo en el que murió John Heinz, dijo en la entrevista, ella había sentido una «necesidad» imperiosa de salir de Washington y volver a Pittsburg.

Por supuesto que «necesitaba» volver a Pittsburg.

Pittsburg, no Washington, era el lugar al que él podría regresar.

La autopsia no se realizó la noche en la que se

certificó la muerte de John.

La autopsia no se realizó hasta las once de la mañana siguiente. Ahora me doy cuenta de que sólo podía realizarse después de que el desconocido del Hospital de Nueva York me llamara por teléfono la mañana del 31 de diciembre. El hombre que me llamó no era «mi asistente social», ni el «médico de mi esposo», ni, como John y yo podríamos haber dicho, nuestro amigo del puente. «Ni nuestro amigo del puente» era una expresión familiar con la que, Harriet Burns, la tía de John, describía los reiterados encuentros con personas desconocidas; por ejemplo, si veía a la puerta del Friendly's de West Hartford el mismo Cadillac *Sevilla* que hacía poco le había cortado el paso en Bulkeley Bridge, diría «nuestro amigo del puente». Mientras escuchaba al hombre al otro lado del teléfono, pensaba en John diciendo «nuestro amigo del puente». Recuerdo expresiones de simpatía. Recuerdo ofrecimientos de ayuda. Parecía que el hombre evitaba decir algo.

Llamaba, dijo entonces, para preguntarme si donaría los órganos de mi marido.

En aquel instante, me pasaron muchas cosas por la cabeza. La primera palabra que me vino a la mente fue «no». Simultáneamente recordé que Quintana había comentado una noche durante la cena que cuando se renovó el carné de conducir, se había hecho donante de órganos. Le preguntó a John si él era donante, y le respondió que no. Habían hablado de ello.

Yo había cambiado de tema.

No era capaz de imaginarme muerto a cualquiera de los dos.

El hombre del teléfono seguía hablando. Yo pensaba si pasaría lo mismo si Quintana muriera hoy en la UCI del Beth Israel North. ¿Qué haría yo? ¿Qué haría ahora?

Me oí decirle al hombre que nuestra hija estaba inconsciente. Me oí decir que no me sentía capaz

de tomar una decisión así antes de que nuestra hija supiera siquiera que había muerto. En aquel momento me pareció una respuesta razonable.

Sólo después de colgar, me di cuenta de que nada de aquello era razonable. Este pensamiento fue suplantado inmediata y oportunamente —nótese la movilización instantánea de las células blancas de la función cognitiva— por otro: había algo que no encajaba en aquella llamada. Una contradicción. Aquel hombre había hablado de donación de órganos, pero era imposible que sus órganos pudieran aprovecharse; cuando vi a John en el *box* de urgencias no estaba conectado al equipo de mantenimiento. Tampoco estaba conectado al equipo de mantenimiento cuando vino el sacerdote. Todos sus órganos estarían deteriorados.

Entonces me acordé del Departamento de Patología Forense de Miami-Dade. John y yo habíamos estado allí una mañana de 1985 o 1986. Alguien del banco de ojos había etiquetado los cuerpos a los que había que extraer la córnea.

Aquellos cuerpos del Departamento de Patología Forense de Miami-Dade no estaban conectados a ningún equipo de mantenimiento. Así que el hombre del Hospital de Nueva York se refería sólo a las córneas, los ojos. *Entonces, ¿por qué no lo había dicho? ¿Por qué lo había expuesto equívocamente? ¿Por qué no había llamado para pedir simplemente «sus ojos»? Cogí de la caja del dormitorio el clip de plata que el asistente social me había dado la noche anterior y miré el carné de conducir de John. «Ojos: Azules», constaba en el carné. «Limitaciones: lentes correctoras.»*

¿Por qué no había llamado para pedir simplemente lo que quería?

Sus ojos. Sus ojos azules. Sus imperfectos ojos azules.

Y lo que quiero saber es si te gusta tu muchacho de ojos azules, Señora Muerte.

Aquella mañana no podía recordar quién escribió

estos versos. Creía que eran de E.E. Cummings, pero no estaba segura. No tenía a mano el libro de Cummings, pero encontré una antología en un estante, junto a otros libros de poesía que había en el dormitorio, un viejo libro de texto de John, publicado en 1949, de cuando estuvo interno en Portsmouth Priory, el colegio benedictino cerca de Newport al que lo enviaron tras la muerte de su padre.

(La muerte de su padre: repentina, del corazón, a los cincuenta y pocos, debería de haberme percatado de la advertencia).

Cuando estábamos cerca de Newport, John solía llevarme a Portsmouth para escuchar el canto gregoriano de las vísperas. Era algo que le conmovía. En la solapa de la antología había escrito con letra pequeña y pulida el nombre de *Dunne*, y a continuación, con la misma letra, con tinta azul, con tinta azul de pluma, las siguientes guías de estudio: 1) *¿Cuál es el significado del poema y cuál la experiencia?* 2) *¿A qué*

pensamiento o reflexión nos conduce dicha experiencia? 3) *¿Qué estado de ánimo, sentimiento o emoción despierta o crea el poema en su conjunto?* Volví a dejar el libro en el estante. Pasarían varios meses antes de que me acordara de confirmar que los versos eran realmente de E.E. Cummings. Pasarían también varios meses antes de que me diera cuenta de que mi rabia contra la llamada de aquel desconocido del Hospital de Nueva York reflejaba otra versión del terror primitivo que la autopsia no había despertado en mí.

¿Cuál era el significado y cuál la experiencia?

¿A qué pensamiento o reflexión nos conduce dicha experiencia?

¿Cómo podría regresar si le quitaban sus órganos?
¿Cómo podría regresar si no tenía zapatos?

Aparentemente, yo era un ser racional. Un observador medio habría tenido la impresión de que yo entendía perfectamente que la muerte era irreversible. Había autorizado la autopsia. Había ordenado la incineración. Había dispuesto que se recogieran las cenizas y se llevaran a la catedral de St. John the Divine, en la que, una vez que Quintana estuviera consciente y lo bastante recuperada como para estar presente, se colocarían en la capilla junto al altar mayor, donde mi hermano y yo habíamos depositado las cenizas de nuestra madre. Había mandado quitar la plancha de mármol con el nombre de mi madre grabado para añadir el de John. Finalmente, el 23 de marzo, casi tres meses después de su muerte, había visto las cenizas colocadas en la pared, la plancha de mármol repuesta y el funeral, celebrado.

Hubo canto gregoriano para John.

Quintana pidió que el canto fuera en latín. También John lo habría hecho.

Hubo un magnífico solo de trompeta.

Hubo un sacerdote católico y un sacerdote episcopaliano.

Calvin Trillin habló, David Halberstam habló y Susan Traylor, la mejor amiga de Quintana, habló. Susanna Moore leyó un fragmento de «East Coker», aquel que dice «uno sólo ha aprendido a dominar las palabras / para lo que ya no necesita decir, o para el modo / en que no está dispuesto a decirlo». Nick leyó el poema de Catulo «A la muerte de su hermano». Quintana, aún convaleciente, pero con voz firme, vestida de negro, en la misma catedral en la que se había casado ocho meses antes, leyó un poema que había escrito para su padre.

Lo había hecho. Había aceptado que estaba muerto. Lo había hecho de la manera más pública

imaginable.

Aun así, mi pensamiento seguía sospechosamente voluble. En una cena, a finales de primavera o principios de verano, conocí por casualidad a un destacado profesor de Teología. Alguien en la mesa planteó el tema de la fe. El teólogo afirmó que el propio ritual es una forma de fe. Mi reacción, aunque silenciosa, fue negativa, furibunda, excesiva incluso para mí. Más adelante recapacité sobre lo primero que me había venido a la cabeza: *Yo he cumplido el ritual. Lo he hecho todo*: St. John the Divine, el canto en latín, el sacerdote católico y el sacerdote episcopaliano, el salmo «Porque mil años a tus ojos no son sino un ayer cuando ha pasado» y el oficio de difuntos, «*In paradisum deducant angelí*».

Y aun así, la liturgia no me lo había devuelto.

«Que volviera», ese había sido durante aquellos meses mi objetivo oculto, un truco mágico. Hacia el final del verano empecé a verlo con claridad,

pero «verlo con claridad» no bastaba para decidirme a dar la ropa que él podría necesitar.

En épocas difíciles, me habían enseñado desde niña, lee, aprende, prepárate, recurre a la literatura. La información es control. Teniendo en cuenta que el dolor por la pérdida es la aflicción más común, su literatura parecía notablemente escasa. Estaba el diario que C. S. Lewis escribió tras la muerte de su esposa, *A Grief Observed*. Había pasajes ocasionales en una u otra novela, por ejemplo, la descripción de Thomas Mann en *La montaña mágica* del efecto que produce en Hermann Castorp la muerte de su esposa: «Su espíritu estaba agitado; se volvió taciturno; su entumecido cerebro le llevó a cometer errores en los negocios, de modo que, la empresa, Castorp e Hijo, sufrió considerables pérdidas económicas; la primavera siguiente, mientras inspeccionaba los depósitos sobre un embarcadero flotante azotado por el viento, se le inflamaron los pulmones. La

fiebre fue demasiado para su débil corazón y a los cinco días, a pesar de los cuidados del doctor Heidekind, murió». En los ballets clásicos, había momentos en que el amante trataba de encontrar y resucitar al amado desaparecido; la luz lívida, los blancos tutus, el *pas de deux* en que el amado presagia su regreso definitivo al mundo de los muertos: *la danse des ombres*, la danza de las sombras. Había también algunos poemas, en realidad, muchos poemas. Durante uno o dos días recurrí a «El tritón abandonado» de Matthew Arnold:

Las voces de los niños deberían ser caras (llama una vez más) al oído de una madre; las voces de los niños, locas de dolor. ¡Ella seguramente volverá!

Había días en los que recurría a W. H. Auden, a los versos del «Blues del funeral» de *El despegue del F6*:

Que paren los relojes, que corten el teléfono, eviten que el perro ladre con un jugoso hueso, que silencien los pianos y con sordo tambor saquen el ataúd, dejen pasar el duelo.

Los poemas y las danzas de las sombras parecían lo más adecuado para mí.

Más allá, quizá bajo esas representaciones abstractas del dolor y las furias del desconsuelo, había un corpus de subliteratura, guías de autoayuda para manejar la situación, algunas prácticas, otras inspiradas, la mayoría, inútiles. (No beba demasiado, no se gaste el dinero del seguro en decorar el salón, únase a un grupo de apoyo). Quedaba la literatura profesional, los estudios de los psiquiatras, psicólogos y asistentes sociales posteriores a Freud y Melanie Klein, y pronto acabé por recurrir a esta literatura. Aprendí muchas cosas que ya sabía y que en cierto momento parecían ofrecer consuelo, confirmación, una opinión ajena de que no eran imaginaciones mías lo que parecía estar sucediendo. De *Bereavement: Reactions, Consequences and Care*, artículos recopilados en 1984 por el Instituto de Medicina de la Academia Nacional de las Ciencias, aprendí, por ejemplo, que las respuestas inmediatas más frecuentes ante la

muerte eran el *shock*, el aturdimiento y la sensación de incredulidad: «Los supervivientes pueden experimentar la sensación subjetiva de estar dentro de una cápsula o envueltos en una manta; a otros puede parecerles que aguantan bien. Como aún no son conscientes de la realidad de la muerte, los supervivientes pueden dar la impresión de que aceptan la pérdida».

Ahí es donde aparece el efecto «persona muy entera».

Continúo leyendo. En el estudio de Harvard sobre el *Duelo en la infancia*, realizado en el Hospital General de Massachusetts, J. William Worden afirma que se ha observado que los delfines se niegan a comer tras la muerte de su pareja. También se observó que las ocas reaccionaban ante una de esas muertes volando y gritando, y buscaban hasta desorientarse y perderse. Los seres humanos, leí, aunque no necesitaba que me lo dijeran, mostraban similares patrones de respuesta. Buscaban. Dejaban de comer.

Olvidaban respirar. Se mareaban por la falta de oxígeno, los senos nasales se obstruían con las lágrimas contenidas y acababan en la consulta del otorrino con extrañas infecciones de oídos. No podían concentrarse. «Al cabo de un año, podía leer los titulares», me dijo una amiga cuyo marido había muerto hacía tres años. Perdían habilidades cognitivas. Como Hermann Castorp, cometían errores en los negocios y sufrían considerables pérdidas económicas. Olvidaban sus propios números de teléfono y aparecían en los aeropuertos sin documentos de identificación. Se sentían enfermos, se desmayaban e incluso, como Hermann Castorp, morían.

Este aspecto de «agonía» estaba documentado en numerosos estudios.

Empecé a ir identificada cuando salía por la mañana a pasear por Central Park, por si acaso me pasaba a mí.

Si sonaba el teléfono mientras estaba en la ducha,

ya no lo cogía para no matarme si resbalaba en las baldosas.

Según supe, algunos de esos estudios eran famosos, iconos de la literatura, obras de referencia que aparecían citadas en todo lo que leía; por ejemplo, el «Young Benjamin and Wallis», *The Lancet* 2 (1963), 454-456. Este estudio sobre 4.486 personas que habían enviudado recientemente en el Reino Unido y a las que se había hecho un seguimiento durante cinco años mostraba que «durante los seis meses posteriores a la pérdida, la tasa de mortalidad era significativamente más elevada entre los viudos que entre los casados». Otra de esas referencias era «Rees and Lutkins, *British Medical Journal* 4 (1967), 13-16». Este estudio, realizado a lo largo de seis años, con 903 personas que habían sufrido la pérdida de un familiar, frente a 878 personas de características semejantes y que no habían perdido a nadie, mostraba que «durante el primer año, la tasa de mortalidad era significativamente más elevada entre los cónyuges que habían enviudado».

La explicación funcional de esta mortalidad más alta se explica en la recopilación realizada por el Instituto de Medicina en 1984: «La investigación llevada a cabo hasta la fecha muestra que, como muchos otros causantes del estrés, el dolor por la pérdida produce frecuentemente cambios en los sistemas endocrino, inmunológico, neurovegetativo y cardiovascular; la función cerebral y los neurotransmisores tienen una influencia fundamental en dichos sistemas».

Según supe por este estudio, había dos clases de dolor por la pérdida de un ser querido. El prioritario, asociado a los conceptos de «crecimiento» y «desarrollo», era el «duelo sin complicaciones», un «sentimiento normal de pérdida». Ese duelo sin complicaciones, según el *Manual Merck*, en su 16.^a edición, podría no obstante manifestarse con «síntomas de ansiedad tales como insomnio inicial, desasosiego e hiperactividad del sistema neurovegetativo», pero «generalmente no provocaba depresión clínica salvo en aquellas personas con tendencia al

desorden emocional». La segunda clase de dolor era el «duelo con complicaciones», también conocido en la literatura médica como «duelo patológico» y que se produce en diversas situaciones. Una de esas situaciones en las que puede producirse el duelo patológico, leí repetidas veces, es aquella en la que el superviviente y el fallecido habían mantenido una relación de extraordinaria dependencia. «¿La relación de dependencia entre el superviviente y el fallecido era de placer, de apoyo o de cariño?» Éste era uno de los criterios para establecer un diagnóstico que el doctor David Peretz, del departamento de Psiquiatría de la Universidad de Columbia, proponía. «¿Se había sentido el superviviente desvalido cuando en otras ocasiones había tenido que separarse forzosamente de la persona fallecida?»

Reflexioné sobre estas preguntas.

Una vez, en 1968, tuve que pasar improvisadamente una noche en San Francisco

(estaba escribiendo un artículo, llovía, y la lluvia retrasó una entrevista que tenía a última hora de la tarde hasta la mañana siguiente); John vino en avión desde Los Ángeles para poder cenar juntos. Cenamos en Emie's. Terminada la cena, regresó en el vuelo nocturno de la Pacific Southwest Airlines, una ganga de trece dólares, en una época en la que, en California, se podía volar desde Los Ángeles a San Francisco, Sacramento o San José por veintiséis dólares ida y vuelta.

Pensé en la PSA.

Todos los aviones de la PSA tenían sonrisas dibujadas en el morro. Las azafatas iban vestidas al estilo de Rudy Gemreich, con minifaldas fucsia y naranja. La PSA representaba una etapa de nuestras vidas en la que teníamos la sensación de que casi nada de lo que hacíamos tenía consecuencias, a lo loco, una euforia que nos llevaba a volar setecientas millas sin pensarlo dos veces para ir a cenar. Esta euforia acabó en 1978 cuando un Boeing 727 de la PSA chocó con un

Cessna 172 sobre San Diego y murieron ciento cuarenta y cuatro personas.

Cuando sucedió aquello, pensé que había pasado por alto las cualidades de la PSA.

Ahora me doy cuenta de que este error no se reducía sólo a la PSA.

Cuando Quintana, con dos o tres años, fue con la PSA a Sacramento para ver a mis padres, decía que «había volado en la sonrisa». John solía escribir las cosas que la niña decía en trozos de papel y los guardaba en una caja negra que le había regalado su madre. La caja con los trozos de papel, que aún está sobre un escritorio de mi sala de estar, tenía pintada un águila americana y las palabras «E Pluribus Unum». Tiempo después, John utilizó algunas de aquellas frases en una novela, *Dutch Shea, Jr.* Las puso en boca Cat, la hija de Dutch Shea, asesinada en Londres por una bomba del IRA mientras cenaba con su madre en un restaurante de Charlotte Street. Esto es parte de

lo que él escribió:

«¿Dónde estavistes?», decía; o «¡Cómo se desapareció la mañana!». Él las escribía todas y las metía en el cajoncito secreto del escritorio de arce que Barry Stukin y Lee le habían regalado cuando se casó. Cat, con la falda escocesa de su uniforme. Cat, capaz de llamar «bañamento» al baño y «posamaris» a las mariposas de un experimento que hicieron en el parvulario. Cat, que escribió su primer poema a los siete años: «Me casaré / con un chico llamado Javier *que monte caballos* y trate divorcios». Camuñas también estaba en aquel cajón. Camuñas era el nombre que Cat le daba al miedo, la muerte y lo desconocido. He tenido una pesadilla con Camuñas, decía. No dejéis que Camuñas me coja. Si viene Camuñas, lo colgaré de la valla y no dejaré que me lleve... Él se preguntaba si Camuñas habría tenido tiempo para asustar a Cat antes de que ella muriera.

Ahora veo lo que no vi en 1982, el año que se publicó *Dutch Shea, Jr.*: que la novela trataba sobre el dolor de la pérdida. Según la literatura

médica, Dutch Shea padecía un duelo patológico. Los síntomas para el diagnóstico habrían sido los siguientes: obsesionado con el momento de la muerte de Cat, vive y revive la escena, como si al pasársela una y otra vez, pudiera modificar el final: el restaurante de Charlotte Street, la ensalada de endibias, las zapatillas color lavanda de Cat, la bomba, la cabeza de Cat en el carrito de los postres. Tortura a su ex esposa, la madre de Cat, con la misma pregunta reiterada: «¿Por qué estaba en el lavabo cuando estalló la bomba?» Finalmente ella le dice:

Nunca te parecí digna de ser la madre de Cat, pero yo la crié. La atendí el día que tuvo la primera regla y recuerdo que, de pequeña, ella llamaba a mi dormitorio su «linda habitación de repuesto» y «buzeguetti» a los spaghetti y «holas» a la gente que venía a casa. Decía:«¿Dónde estavistes?» o «¿cómo se desapareció la mañana!»; y tú, hijo de puta, le dijiste a Thayer que querías que alguien la recordase. Me contó que estaba embarazada, había sido un accidente y quería saber lo que tenía que hacer, y yo fui al lavabo porque me iba a echar a

llorar y no quería hacerlo delante de ella y quería secarme las lágrimas para actuar sensatamente, y entonces oí la bomba y cuando finalmente logré salir, una parte de ella estaba en el sorbete y otra, en la calle, y tú, hijo de puta, quieres que alguien la recuerde.

Creo que John habría dicho que *Dutch Shea, Jr.* trataba de la fe.

Cuando él empezó la novela, ya sabía cuáles serían las últimas palabras, no sólo las últimas palabras de la novela, sino lo último que Dutch Shea pensaría antes de dispararse un tiro: «Creo en Cat. Creo en Dios». Credo in Deum. Las primeras palabras del catecismo católico.

¿Trataba de la fe o del dolor de la pérdida?

¿Eran lo mismo la fe y el dolor de la pérdida?

¿Éramos nosotros extraordinariamente dependientes uno del otro aquel verano que nos bañábamos y veíamos *Tenko*, e íbamos a cenar a

Morton's?

¿O éramos extraordinariamente afortunados?

Si yo estuviera sola, ¿vendría él hasta mí montado en la sonrisa?

¿Me diría que reservase una mesa en Ernie's?

La PSA y la sonrisa ya no existen, vendieron la compañía a US Airways y luego repintaron los aviones.

Ernie's ya no existe, pero Alfred Hitchcock lo recreó brevemente en *Vértigo*. James Stewart ve a Kim Novak por primera vez en Ernie's. Después ella cae del campanario (también una recreación, un efecto) de la misión de San Juan Bautista.

Nos casamos en San Juan Bautista.

Una tarde de enero en la que los brotes asomaban en las huertas al borde de la 101.

Cuando aún había huertas al borde de la 101.

No. La forma más fácil de colisionar es dando marcha atrás. Los brotes en las huertas de la 101 era el carril incorrecto.

Durante varias semanas después de que sucediera, intenté mantenerme en el carril adecuado (el carril estrecho, el carril del que no se puede dar marcha atrás) repitiendo para mis adentros los dos últimos versos de «Rose Aylmer», la elegía que Walter Savage Landor escribió en 1806, en memoria de una hija de Lord Aylmer, muerta a los veinte años en Calcuta. No había vuelto a acordarme de «Rose Aylmer» desde que era estudiante en Berkeley, pero ahora recordaba no sólo el poema sino gran parte de los comentarios que había escuchado en varias de las clases en las que se había analizado. «Rose Aylmer» funcionaba —había dicho el profesor que daba la clase— porque la pomposa y, por tanto, vacua alabanza de la fallecida en los

cuatro primeros versos —«¡Ay, bendición de la estirpe soberana! / ¡Ay, hermosura divina! / Todas las virtudes y gracias, / Rose Aylmer, te adornaron!»— queda compensada de forma súbita e incluso sorprendente por «la sabiduría intensamente dulce» de los dos últimos versos, que sugieren que el duelo tiene su espacio, pero también sus límites: «Una noche de recuerdos y suspiros / te consagro».

«*Una noche* de recuerdos y suspiros», recordé que repetía el profesor. «*Una noche*. Una sola noche. Podría haber sido toda la noche, pero él no dice siquiera *toda la noche*, dice *una noche*, no un asunto de toda una vida, sino de unas horas.»

Una sabiduría intensamente dulce. Sin duda, puesto que «Rose Aylmer» había quedado grabado en mi memoria desde que, de estudiante, lo consideré una lección de supervivencia.

20 de diciembre de 2003.

Habíamos visitado a Quintana en el sexto piso de la UCI del Beth Hospital North, en el que aún permanecería otros veinticuatro días.

Una extraordinaria dependencia —¿Es eso una forma de decir «matrimonio»? ¿«Marido y mujer»? ¿«Madre e hijo»? ¿«Familia nuclear»?— no es la única situación en la que puede producirse el duelo complicado o patológico. Otra situación, leo en la literatura médica, se produce cuando el proceso de duelo se interrumpe por «factores circunstanciales», por ejemplo, «un retraso del funeral», «una enfermedad o una segunda muerte en la familia». Leo una explicación del Dr. Vamik D. Volkan, profesor de Psiquiatría de la Universidad de Virginia (Charlottesville), de lo que él llama «terapia del duelo reiterado», una técnica desarrollada en la Universidad de Virginia para el tratamiento de los «dolientes patológicos». En esta terapia, según el doctor Volkan, llega un punto en el que:

Ayudamos al paciente a revivir las circunstancias de la muerte: cómo ocurrió, la reacción del paciente ante la noticia y ante la vista del cuerpo, el acto del funeral, *etc.* En este punto, si la terapia funciona, aparece generalmente la ira; al principio, de manera difusa; luego, dirigida contra los demás; y, finalmente, contra el fallecido. La abreacción — lo que Bibring llama «descarga emocional», (E. Bibring, «Psychoanalysis and the Dynamic Psychotherapies», *Journal of the American Psychoanalytic Association* 2 [1954], 745 ss.)— puede suceder entonces y demostrar al paciente la realidad de sus impulsos reprimidos. Utilizando nuestro conocimiento del funcionamiento psicodinámico interno por el que el paciente siente la necesidad de mantener viva a la persona que ha perdido, podemos explicar e interpretar la relación que existió entre el paciente y el fallecido.

Pero ¿de dónde extrae exactamente el Dr. Volkan y su equipo de Charlottesville su singular conocimiento del «funcionamiento psicodinámico interno por el que el paciente siente la necesidad

de mantener viva a la persona que ha perdido»? y ¿esa especial habilidad para «explicar e interpretar la relación que existió entre el paciente y el fallecido»? ¿Es que veía usted *Tenko* conmigo y «el fallecido» en Brentwood Park? ¿Cenaba usted con nosotros en Morton's? ¿Estaba usted conmigo y «el fallecido» en Punchbow 1 (Honolulu), cuatro meses antes de que sucediera? ¿Recogió flores de plumería con nosotros y las depositó en las tumbas de los muertos desconocidos de Pearl Harbor? ¿Se resfrió con nosotros bajo la lluvia en el jardín de Ranelagh, en París, un mes antes de que sucediera? ¿Dejó de ver los Monets con nosotros para irse a comer a Conti? ¿Nos acompañó cuando salimos de Conti y compramos el termómetro? ¿Estaba en el Bristol sentado en la cama con nosotros cuando no sabíamos cómo convertir los grados centígrados del termómetro en grados Fahrenheit?

¿Estaba allí?

No.

Podía habernos ayudado con el termómetro, pero no estaba allí.

Yo no tengo necesidad de «revivir las circunstancias de la muerte». Yo sí estaba allí.

Me contengo, no sigo.

Me doy cuenta de que dirijo mi furia irracional contra el Dr. Volkan de Charlottesville, un perfecto desconocido.

Las personas bajo los efectos de una auténtica aflicción no sólo están mentalmente deprimidas sino también físicamente inestables. No importa lo tranquilas y controladas que parezcan, nadie puede estar normal en tales circunstancias. Las alteraciones en la circulación les provocan frío; su angustia les trastorna y se vuelven insomnes. Se alejan de aquellos que son normalmente de su agrado. Nadie debe imponer su presencia a los que están de duelo y hay que mantenerlos a salvo de

las personas demasiado emotivas, con independencia de lo cercanas o queridas que sean. Aunque es un gran consuelo el saber que sus amigos les quieren y sufren por ellos, se debe proteger a los deudos más cercanos de cualquier persona o situación que pueda alterarles los nervios, ya de por sí muy alterados, y nadie debería sentirse dolido si le dicen que no puede ayudar o ser recibido. En tales momentos, ciertas personas encuentran consuelo en la compañía; en cambio, otras se alejan de los amigos más queridos.

El fragmento pertenece al capítulo XXIV del libro de Emily Post, *Funerales* (1922), que guía al lector desde el momento en que la muerte se produce («En cuanto la muerte se produzca, alguien, generalmente la enfermera experimentada, corre las cortinas de la habitación del enfermo y ordena a un sirviente que corra todas las cortinas de la casa») hasta las instrucciones de cómo deben sentarse los asistentes al funeral: «Entre en la iglesia tan silenciosamente como sea posible y, puesto que en un funeral no hay acomodadores,

siéntese usted mismo en el lugar que aproximadamente le corresponda. Únicamente un amigo íntimo puede ocupar un lugar en la zona delantera de la nave. Si es usted un simple conocido, debe sentarse discretamente en la parte de atrás, a no ser que haya muy poca gente en el funeral y la iglesia sea grande, en cuyo caso puede sentarse en el último banco de la mitad delantera de la nave».

Este tono de inagotable minucia no decae jamás, siempre con el acento puesto en los aspectos prácticos. Hay que instar al doliente para que «se siente en una habitación soleada», a ser posible con chimenea. Se le puede ofrecer comida en una bandeja, pero «muy poca»: té, café, consomé, una tostadita o un huevo pasado por agua: leche, pero sólo leche caliente: «La leche fría es mala para quien ya está escalofriado». En cuanto a otros alimentos, «la cocinera puede sugerir algo que sea habitualmente del agrado del deudo, pero debe ofrecerse muy poco cada vez, porque aunque el estómago esté vacío, el paladar rechaza la comida

y la digestión nunca es buena». Se insta al doliente a que haga economías para adaptar la ropa de luto: «La mayoría de ropa existente, incluyendo los zapatos de piel y los sombreros de paja, se «tiñen perfectamente». Los gastos del entierro deben examinarse por adelantado. Durante el funeral, un amigo debería quedarse al frente de la casa. El amigo debe ocuparse de que la casa se ventile, de que los muebles desplazados vuelvan a colocarse en su sitio y de que el fuego esté encendido para cuando los familiares regresen. «También es oportuno preparar un poco de té caliente o caldo —aconseja la señora Post— para servírselo, si les apetece, cuando vuelvan, y no esperar a que lo pidan. Las personas sometidas a una fuerte angustia no quieren comer, pero si se les ofrece, lo tomarán mecánicamente, y lo que más necesitan es algo caliente para empezar a digerir y estimular su deteriorada circulación.»

Había algo impresionante en aquella sabiduría práctica, en la comprensión instintiva de las alteraciones fisiológicas («cambios en los

sistemas endocrino, inmunológico, neurovegetativo y cardiovascular») catalogadas años después por el Instituto de Medicina. No estoy segura de lo que me llevó a consultar aquel libro sobre la etiqueta escrito por Emily Post en 1922 (supongo que me acordaría de mi madre, que me lo dio a leer una vez que nos quedamos bloqueados por la nieve en una casa alquilada de cuatro habitaciones, en Colorado Springs, durante la Segunda Guerra Mundial), pero cuando lo encontré en Internet me atrapó inmediatamente. Mientras lo leía, recordé el frío que había pasado en el Hospital de Nueva York la noche que John murió. Pensé que el frío se debía a que era 30 de diciembre y había ido al hospital sin medias, en zapatillas, sólo con la falda de lino y el jersey que me había puesto para cenar. En parte, así era, pero también tenía frío porque nada en mi cuerpo funcionaba bien.

La señora Post lo había entendido. Ella escribía en un mundo en el que todavía se reconocía el duelo, se permitía, no se ocultaba a la vista. Philippe Aries, en una serie de conferencias que dio en

Johns Hopkins, en 1973, y que más tarde se publicaron con el título de *Historia de la muerte en Occidente: desde la Edad Media hasta nuestros días*, señalaba que alrededor de 1930, en la mayoría de países occidentales y sobre todo en Estados Unidos, se inicia una revolución de las actitudes aceptadas frente a la muerte. «La muerte —escribió— tan omnipresente en el pasado que resultaba familiar, se borraría, desaparecería. Se convertiría en algo vergonzoso o prohibido.» El antropólogo británico Geoffrey Gorer, en su obra de 1965, *Death, Grief, and Mourning*, había descrito este rechazo del duelo público como resultado de la presión creciente de un nuevo «deber ético del goce», un moderno «imperativo de no hacer nada que pueda disminuir el goce de los demás». Tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, observaba, la tendencia contemporánea era «tratar el duelo como una complacencia morbosa y mostrar admiración social hacia quienes han sufrido una pérdida y ocultan totalmente su dolor, de forma que nadie adivinaría que haya sucedido algo».

Actualmente, una forma de ocultación del dolor por la pérdida se debe a que la muerte se produce en gran medida entre bastidores. En la tradición anterior, desde la que la señora Post escribía, el acto de morir aún no se había profesionalizado. Los hospitales no formaban parte de él. Las mujeres morían al dar a luz. Los niños morían de fiebres. El cáncer era incurable. En la época en que empezó a escribir su libro sobre la etiqueta, habría pocos hogares norteamericanos a los que no hubiera afectado la pandemia de gripe de 1918. La muerte estaba cercana, en casa. Se esperaba que el adulto medio supiera tratar con competencia y también con sensibilidad sus desastrosas consecuencias. Cuando alguien muere, me enseñaron de niña en California, se asa un jamón. Se distribuye por la casa. Se va al funeral. Si la familia es católica, también al rosario; pero no se gime ni se llora ni se reclama la atención de la familia de ningún modo. Al final, el libro de la etiqueta, escrito en 1922 por Emily Post, resultó ser tan sutil en su comprensión de esta otra forma de muerte y tan prescriptivo en el tratamiento del

dolor como ningún otro que yo haya leído. No olvidaré la sabiduría instintiva del amigo que todos los días, durante las primeras semanas, me traía de Chinatown un recipiente de *congee* con chalotas y jengibre. El *congee* me lo podía comer. El *congee* era lo único que podía comer.

5

Había otra cosa que me enseñaron de niña en California. Cuando alguien parece que ha muerto se comprueba sosteniendo un espejo delante de su boca y su nariz. Si no se empaña, la persona está muerta. Mi madre me lo enseñó, pero no lo recordé la noche que John murió.

— *¿Respira?* —me preguntó el telefonista.

— *Vengan, por favor* —le contesté.

30 de diciembre de 2003.

Habíamos visto a Quintana en la UCI del sexto piso del Beth Israel North.

Vimos los números en el respirador.

Sostuvimos su mano hinchada.

Aún no sabemos cómo evoluciona, había dicho uno de los médicos de la UCI.

Volvimos a casa. La UCI no se abría hasta las siete, después de la visita de los médicos por la tarde, así que debían de ser más de las ocho.

Habíamos hablado de si salíamos a cenar fuera o cenábamos en casa.

Yo dije que encendería el fuego y podíamos cenar en casa.

No recuerdo lo que íbamos a cenar. Sí que recuerdo haber tirado a la basura lo que había en

los platos y en la cocina cuando volví a casa del Hospital de Nueva York.

Te sientas a cenar, y la vida que conoces se acaba.

En un soplo.

O a falta de uno.

En los últimos meses, he pasado mucho tiempo tratando de recordar y, cuando eso fallaba, de reconstruir, la secuencia exacta de acontecimientos que precedieron y siguieron a lo que ocurrió aquella noche. «En cierto momento entre el jueves 18 de diciembre de 2003 y el lunes 22 de diciembre de 2003 —empezaba una de aquellas reconstrucciones—, Q. se quejó de que se “se sentía espantosamente mal”, con síntomas de gripe, pensaba que tenía infección de garganta.» Esta reconstrucción, precedida de los nombres y números de teléfono de los médicos con los que hablé, no sólo del Beth Israel sino de otros

hospitales de Nueva York y de otras ciudades, continuaba. Los hechos eran los siguientes: el lunes 22 de diciembre, ella acudió con 39,5 °C de fiebre al servicio de urgencias del Beth Israel North, que por entonces tenía fama de ser el que menos gente tenía de todos los hospitales del Upper East Side de Manhattan; le diagnosticaron una gripe. Le dijeron que se quedara en cama y tomara líquidos. No le hicieron radiografías de tórax. El 23 y 24 de diciembre la fiebre fluctuó entre 39 °C y 39,5 °C. Se encontraba muy mal y no pudo venir a cenar en Nochebuena. Ella y Gerry abandonaron sus planes de pasar la noche de Navidad y unos cuantos días más con la familia de Gerry en Massachusetts.

El jueves, día de Navidad, llamó por la mañana y dijo que tenía dificultades para respirar. Su respiración sonaba sofocada, trabajosa. Gerry volvió a llevarla a las urgencias del Beth Israel North, donde las radiografías mostraron una densa infiltración de pus y bacterias en el lóbulo inferior del pulmón derecho. Tenía más de 150 pulsaciones

por minuto; estaba totalmente deshidratada; los glóbulos blancos a cero. Le administraron Altivan y luego, Demerol. En la sala de urgencias, le dijeron a Gerry que tenía una neumonía «grado 5, en una escala del 1 a 10, lo que solía llamarse neumonía ambulatoria». No era «nada grave» (tal vez esto fuera lo que yo deseaba oír), pero, aun así, decidieron ingresarla en la UCI para tenerla en observación.

Aquella tarde, cuando ingresó en la UCI, estaba agitada. La sedaron aún más y después la intubaron. Estaba a más de 40 °C. Le suministraban el 100% del oxígeno: en aquellos momentos no podía respirar por sí misma. A última hora de la mañana siguiente, viernes 26 de diciembre, se supo que tenía neumonía en ambos pulmones y que, a pesar de las elevadas dosis de los cuatro fármacos que le estaban administrando (acitromicina, gentamicina, clindamicina y vancomicina), la neumonía se extendía. También supimos —se dedujo, dado que la presión sanguínea descendía— que estaba entrando o

había entrado en choque séptico. Pidieron autorización a Gerry para practicarle dos nuevas técnicas invasivas que resolvieran el problema de la presión arterial; primero la inserción de un catéter arterial y luego, de un segundo catéter que llegaría cerca del corazón para tratar el problema de la presión sanguínea. Le administraron neosinefrina para mantener la presión en unos parámetros de 9 de máxima y 6 de mínima.

El sábado 27 de diciembre, nos comunicaron que le estaban dando Xigris, un nuevo medicamento de la empresa farmacéutica Eli Lilly, y que debería mantenerse durante las siguientes noventa y seis horas, es decir, cuatro días. «Esto cuesta veinte mil dólares», dijo la enfermera mientras cambiaba la 4.^a bolsa. Yo miraba cómo goteaba el fluido en uno de los muchos tubos que mantenían viva a Quintana. Busqué el Xigris en Internet. En una página decían que la tasa de supervivencia en los pacientes con sepsis tratados con Xigris era del 69 por ciento, frente al 56 por ciento de los pacientes no tratados con Xigris. En otra página, un boletín

de negocios, se decía que el Xigris, el «gigante dormido» de la farmacéutica Eli Lilly, «luchaba por superar sus dificultades en el mercado de la sepsis». En cierto modo, ofrecía una visión positiva desde la que ver la situación: Quintana no era la hija que cinco meses antes había sido una novia locamente feliz y cuyas posibilidades de supervivencia en los dos próximos días podían calcularse ahora entre un 56 y un 69 por ciento; ella era «el mercado de la sepsis», lo que indicaba que al consumidor aún le quedaba margen para la elección. El domingo 28 de diciembre cabía imaginarse que el «gigante dormido» del mercado de la sepsis se estuviera desperezando: la neumonía no había disminuido, pero le suprimieron la neosinefrina para la presión arterial y ésta se mantuvo en 9,5 de máxima y 4 de mínima. El lunes 29 de diciembre, un médico auxiliar que llegó por la mañana, tras la ausencia del fin de semana, consideró «alentador» el estado de Quintana. Cuando entró, le pregunté qué era exactamente lo que le parecía «alentador» en su estado. «Aún está viva», respondió el médico

auxiliar.

El martes 30 de diciembre, a la 1.02 p.m. según el ordenador, escribí estas notas, previas a una conversación con un nuevo especialista al que había solicitado una visita:

¿Puede haber secuelas en el cerebro por la falta de oxígeno? ¿Y por la fiebre alta? ¿Y por una posible meningitis? Algunos médicos han comentado que «no saben si hay alguna estructura oculta u obstrucción». ¿Se refieren a una posible malignidad? La hipótesis es que se trata de una infección bacteriana —aunque en los cultivos no haya aparecido bacteria alguna—. ¿Hay modo de saber que no es vírica? ¿Cómo se convierte una gripe en una infección generalizada?

La última pregunta —*¿Cómo se convierte una gripe en una infección generalizada?*— la añadió John. El 30 de diciembre parecía obsesionado con aquello. En los tres o cuatro días anteriores, se lo había preguntado muchas veces a los médicos, a los auxiliares y enfermeras, y, finalmente, desesperado, a mí, sin encontrar una respuesta

satisfactoria. Había algo en todo aquello que parecía desafiar su capacidad de comprensión, pero yo simulaba que podía controlar la situación.

Esto fue lo que había sucedido:

La habían ingresado en la UCI la noche de Navidad.

Estaba en un hospital, nos habíamos repetido uno al otro la noche de Navidad. La estaban cuidando. Allí estaría a salvo.

Todo lo demás parecía normal.

Encendimos la chimenea. Ella estaría a salvo.

Cinco días después, en el exterior de la UCI de la sexta planta del Beth Israel North, todo parecía que seguía siendo normal: algo que ninguno de los dos podía aceptar (aunque sólo John lo reconociera); otra de esas situaciones en la que había que mantener la atención en un punto fijo del despejado cielo azul desde el que se precipitó el

avión. En el salón de nuestro apartamento, todavía estaban los regalos que John y yo habíamos abierto la noche de Navidad. En la antigua habitación de Quintana, encima y debajo de la mesa, aún estaban los regalos que no había podido abrir la noche de Navidad porque estaba en la UCI. En la mesa del comedor aún estaban apiladas las bandejas y la cubertería de plata que habíamos usado en Nochebuena. Aún estaba allí una factura de la American Express que había llegado aquel día con los gastos de nuestro viaje a París en noviembre. Cuando nos fuimos a París, Quintana y Gerry estaban preparando su primera cena de Acción de Gracias. Habían invitado a la madre, a la hermana y al cuñado de Gerry. Iban a usar la vajilla de porcelana de la boda. Quintana había pasado por casa para recoger la cristalería color Burdeos de mi madre. El día de Acción de Gracias les habíamos llamado por teléfono desde París. Estaban asando el pavo y haciendo puré de nabos.

«Y de pronto... se acabó».

¿Cómo se convierte una gripe en una infección generalizada?

Esta pregunta me parece ahora un grito de airada impotencia, otra forma de decir *¿Cómo pudo suceder esto cuando todo era normal?* En el box de la UCI donde yace Quintana con los dedos y la cara hinchados de líquido, los labios, alrededor del respirador, cuarteados por la fiebre, y el pelo enredado y húmedo de sudor, los números del respirador indicaban que ahora sólo recibía por el tubo el 45 por ciento del oxígeno. John besó su cara hinchada. «Más que un día más» —había murmurado—, otra frase de nuestro léxico familiar. La referencia procedía de *Robin y Marian*, de Richard Lester. «Te quiero más aún que un día más», dice Audrey Hepburn, como lady Marian, a Sean Connery, en el papel de Robin Hood, tras beber ambos la pócima fatal. John se lo susurraba cada vez que nos íbamos de la UCI. Al salir conseguimos que un médico hablara con nosotros. Le preguntamos si la disminución en el nivel de oxígeno quería decir que estaba

recuperándose.

Se produjo una pausa.

Sucedió cuando el médico de la UCI dijo: «Aún no estamos seguros de cómo va a evolucionar».

Va a evolucionar bien, recuerdo que pensé.

El médico de la UCI seguía hablando. «Está realmente muy mal», decía.

Reconocí en aquella frase una manera oscura de decir que podía morir, pero insistí: *Va a evolucionar bien. Va a evolucionar bien, porque tiene que evolucionar bien.*

Creo en Cat.

Creo en Dios.

«Te quiero más que un día más», dijo Quintana hace tres meses, de pie, vestida de negro en St. John the Divine. «Como tú solías decirme.»

Nos casamos el 30 de enero de 1964, un jueves por la tarde, en la misión católica de San Juan Bautista del condado de San Benito (California). John llevaba un traje azul marino de Chipp y yo, un vestido blanco de seda, corto, que había comprado en Ransohoffs (San Francisco) el día que mataron a Kennedy. A las 12.30 p.m. en Dallas, aún era por la mañana en California. Mi madre y yo nos enteramos de lo sucedido cuando salíamos de Ransohoffs para ir a comer y nos encontramos con un conocido de Sacramento. Como el día de la boda sólo había treinta o cuarenta personas en San Juan Bautista (la madre de John; su hermano pequeño Stephen; su hermano Nick, con su esposa, Lenny y su hija de cuatro años; mi padre y mi madre; mi hermano y mi cuñada; el abuelo, la tía y unos cuantos primos y amigos de la familia de Sacramento; el compañero de habitación de John, en Princeton, y tal vez un par de personas más), yo había previsto que en la ceremonia no hubiera marcha nupcial ni «cortejo», únicamente nos

colocaríamos en el altar y nos casarían. «La música manda», recuerdo que dijo Nick tratando de ayudar. Nick había hecho el plan, pero el organista que lo llevó a cabo no lo siguió y, de repente, me vi caminando por la nave del brazo de mi padre y llorando tras las gafas de sol. Cuando acabó la ceremonia, fuimos en coche hasta el restaurante de Pebble Beach. Había cositas para picar y champán en una terraza que daba al Pacífico, muy sencillo. Pasamos unos días de luna de miel en un bungalow del Rancho de San Isidro, en Montecito; luego, aburridos, volamos al Hotel Beverly Hills.

Había pensado en aquella boda el día de la boda de Quintana.

También su boda fue sencilla. Llevaba un vestido largo blanco, velo y unos zapatos caros, pero iba peinada con una gruesa trenza sobre la espalda, como cuando era niña.

Nos sentamos en el coro de St. John the Divine. Su

padre la condujo al altar. En el altar estaba Susan, su mejor amiga de California desde los tres años, su mejor amiga de Nueva York, su prima Hannah y su primo Kelley de California, que leyeron parte del servicio. Los hijos de la hijastra de Gerry leyeron otra parte. Estaban también los más pequeños, niñas descalzas con guirnaldas. Había sándwiches de berros, champán, limonada, servilletas de color melocotón que combinaban con el sorbete que se sirvió con la tarta, y pavos reales por el césped. Quintana se quitó de un puntapié los carísimos zapatos y se soltó el velo. «¿No ha estado todo perfecto?», dijo cuando llamó por la noche. Su padre y yo aceptamos que lo había estado. Ella y Gerry volaron a St. Barth s. John y yo nos fuimos a Honolulu.

26 de julio de 2003.

Cuatro meses y veintinueve días antes de que ella ingresara en la UCI del Beth Israel North.

Cinco meses y cuatro días antes de que muriera su

padre.

Por la noche, durante una o dos semanas después de que muriera, cuando el agotamiento protector me rendía y dejaba a los parientes y amigos charlando en el salón, en el comedor y en la cocina del apartamento, y recorría el pasillo hasta el dormitorio y cerraba la puerta, evitaba mirar los restos de nuestros primeros años de casados que colgaban en las paredes del pasillo. En realidad, no me hacía falta mirar, ni podía eludirlos no mirando: los conocía de memoria. Había una fotografía de John y mía tomada durante una localización para *Pánico en Needle Park*. Fue nuestra primera película. Fuimos con ella al festival de Cannes. Fue mi primer viaje a Europa y viajamos en primera a cuenta de la Twentieth Century-Fox; subí descalza al avión, era la época, 1971. Había otra foto de John, Quintana y yo en Bethesda Fountain, Central Park, en 1970; otra de John y Quintana a los cuatro años comiendo polos. Estuvimos en Nueva York todo aquel otoño trabajando en una película de Otto Preminger.

«Está en el despacho del señor Preminger que no tiene pelo», le dijo Quintana al pediatra que le había preguntado dónde estaba su madre. Había una fotografía de John, Quintana y yo en la terraza de la casa que teníamos en Malibú, en los años setenta. La fotografía apareció en *People*. Cuando la vi, me di cuenta de que Quintana había aprovechado un descanso del rodaje para pintarse los ojos por primera vez. Había una foto que Barry Farrell le había hecho a su mujer, Marcia, sentada en una silla de ratán en la casa de Malibú con su hijita en brazos, Joan Didion Farrell.

Barry Farrell había muerto ya.

Había una foto de Katharine Ross que le había hecho Conrad Hall en la época de Malibú, cuando ella enseñaba a nadar a Quintana; le tiraba una concha de Tahití a la piscina de un vecino y le decía a la niña que la concha era suya si la sacaba. Los primeros años setenta fueron una época en la que Katharine y Conrad, Jean y Brian Moore, y John y yo intercambiábamos plantas, perros,

favores y recetas, y cenábamos en casa de uno u otro un par de veces por semana.

Recuerdo que todos hacíamos suflés. Nancy, la hermana de Conrad que vivía en Papeete, le había enseñado a Katharine cómo hacerlos subir fácilmente, y Katharine nos lo enseñó a Jean y a mí. El truco consistía en un enfoque menos estricto del que habitualmente se aconsejaba. Katharine trajo vainilla fresca en gruesos manojos de vainas atados con rafia.

Durante un tiempo, hicimos flanes de vainilla, pero nadie quería caramelizar el azúcar.

Hablábamos de alquilar la casa de Lee Grant que daba a Zuma Beach y abrir allí un restaurante que se llamaría La casa de Lee Grant. Katharine, Jean y yo nos turnaríamos en la cocina, y John, Brian y Conrad se turnarían para atender las mesas. Abandonamos este plan de supervivencia en Malibú porque Katharine y Conrad se separaron; Brian estaba terminando una novela y John y yo

nos fuimos a Honolulu para volver a escribir el guión de una película. Trabajamos mucho en Honolulu. Nadie en Nueva York sabía calcular con exactitud la diferencia horaria, así que trabajábamos todo el día sin que sonara el teléfono. En los setenta, hubo un momento en que yo me empeñé en comprar una casa allí, y llevé a John a ver muchísimas, pero, según parecía, él pensaba que vivir la vida real en Honolulu era un panorama menos estimulante que alojarse en el Kahala.

Conrad Hall había muerto ya.

Brian Moore había muerto ya.

Había un poema enmarcado que había escrito Earl McGrath para nuestro quinto aniversario, celebrado en una de nuestras primeras casas, un desastre de casa, en Franklin Avenue (Hollywood), con muchas habitaciones, porches soleados, aguacates y una pista de tenis cubierta de hierba, que habíamos alquilado por 450 dólares al

mes:

Ésta es la historia de John Greg'ry Dunne quien, con su esposa Mrs. Didion Do, legalmente se casó y familia con niña formó y en Franklin Avenue habitó. Con su bella hija Quintana vivió conocida también como Didion D Didion Dunney Didion Do. Y Quintana o Didion D. Una hermosa familia de Dunne, Dunne, Dunne (quiero decir una familia de tres) que vivía a la antigua en Franklin Avenue. Las personas que acaban de perder a alguien tienen una mirada que quizás sólo reconozcan los que han visto esa mirada en su propio rostro. Yo la he visto en mí y ahora la veo en otros. Es una mirada de extrema vulnerabilidad, desnudez y sinceridad. Es la mirada de quien sale de la consulta del oftalmólogo con las pupilas dilatadas a la radiante luz del día o la de quien suele llevar gafas y de repente le obligan a quitárselas. Las personas que han perdido a alguien parecen desnudas porque ellas mismas se creen invisibles. Yo misma me sentí invisible durante un tiempo, incorpórea. Me parecía haber cruzado uno de esos ríos míticos que separan a los muertos de los

vivos y haber entrado donde sólo podían verme aquellos que recientemente habían sido privados de un ser querido. Comprendí por primera vez la poderosa imagen de los ríos, la laguna Estigia, el Leteo, el barquero con su capa y su remo.

Comprendí por primera vez el significado de la práctica del *suttee*. Las viudas no se arrojaban a la pira por el dolor de la pérdida. La pira ardiente era una precisa representación del lugar al que su dolor (no sus familias, ni la comunidad, ni la costumbre, sino *su dolor*) les había conducido. La noche que John murió faltaban treinta y un días para nuestro cuarenta aniversario. Ya habrán adivinado que «la sabiduría intensamente dulce» de los dos últimos versos de «Rose Aylmer» fuera inaccesible para mí.

Yo quería más de una noche de recuerdos y suspiros.

Yo quería gritar.

Yo quería que volviera.

Hace varios años, un luminoso día de otoño paseaba por el lado este de la Calle 57, entre la Sexta y la Séptima Avenida, cuando experimenté lo que entonces me pareció una vivencia de la muerte. Fue un efecto luminoso: unas instantáneas motas de luz, hojas amarillas que caían (pero ¿de dónde? ¿Había árboles en la calle 57 Oeste?), una lluvia de oro, un rápido chisporroteo, un bajón en la intensidad de la luz. Más adelante, en parecidos días luminosos, busqué ese mismo efecto, pero nunca jamás volví a experimentarlo. Me preguntaba entonces si habría sufrido una especie de ataque o una apoplejía. Unos años antes de que esto sucediera, en California, había soñado con una imagen que, al despertar, supe que había sido la de la muerte; era la imagen de una isla de hielo cuyo borde dentado se divisaba desde el aire, a la

altura de una de las islas del Canal de la Mancha, salvo que aquella era totalmente de hielo, transparente, de un blanco azulado, reluciendo al sol. A diferencia de esos sueños en los que quien sueña anticipa su muerte y está inexorablemente condenado a morir pero aún vivo, en este sueño no había nada espantoso. Por el contrario, tanto la isla de hielo como el bajón en la intensidad de la luz en la Calle 57 eran algo extraordinario, más hermoso de lo que puedo expresar; no obstante, no me cabía la menor duda de que había visto la muerte.

Si aquellas eran mis imágenes de la muerte, ¿por qué seguía siendo incapaz de aceptar que él había muerto? ¿Sería porque no lograba asimilar que le había sucedido a él? ¿Sería tal vez porque aún lo veía como algo que me había sucedido a mí?

La vida cambia rápido.

La vida cambia en un instante.

Te sientas a cenar, y la vida que conoces se acaba.

El tema de la autocompasión.

Veamos que pronto entró en juego el tema de la autocompasión.

En la primavera siguiente a la desaparición de John, una mañana cogí el *New York Times* y pasé directamente de la primera página al crucigrama, una forma de empezar el día que, durante aquellos meses, se había convertido en una costumbre, la manera en que había acabado por leer o, mejor dicho, por no leer el periódico. Nunca en mi vida había tenido paciencia para hacer crucigramas, pero ahora me parecía que aquella práctica estimularía la vuelta a alguna actividad constructiva desde el punto de vista cognitivo. Aquella mañana, la primera definición que me llamó la atención fue la del 6 vertical: «A veces te sientes...». Inmediatamente vi la respuesta evidente, una bien larga que llenaría muchos

espacios y me demostraría mi competencia aquel día: «Huérfana de madre».

Los niños sin madre lo pasan muy mal.

Los niños sin madre lo pasan fatal.

No.

El 6 vertical tenía sólo cuatro letras.

Dejé el crucigrama (la impaciencia persistía) y al día siguiente miré la respuesta. La respuesta correcta del 6 vertical era «loca».

¿Loca? ¿A veces te sientes como loca? ¿Tanto me había alejado de un modo normal de respuesta?

Atención: la respuesta a la que recurrí inmediatamente («huérfana de madre») era un grito de autocompasión.

Era un error de comprensión que no resultaría fácil de corregir.

¡Ávida prisa del fuego que gira! ¿Dónde están mi padre y Eleanor? No ahora, tras siete años ya muertos, Sino ¿los que eran entonces? ¿Nunca más? ¿Nunca más? Delmore Schwartz,

«Avanzamos tranquilos

por este día de abril»

Creía que se estaba muriendo. Me lo dijo repetidas veces. No le hice caso. Estaba deprimido. Acababa de terminar una novela, *Nothing Lost*, que se había quedado atrapada en un predecible limbo durante un largo período entre la entrega y la publicación; de forma igualmente predecible, John atravesaba por una crisis de confianza respecto al libro que acababa de empezar, una reflexión sobre el significado del patriotismo, y del que todavía no había encontrado el tono. Durante casi todo el año había tenido que hacer frente también a una serie de problemas de salud agotadores. Su ritmo cardíaco se había deteriorado y entraba con frecuencia creciente en fibrilación auricular. El ritmo sinusal podía restablecerse mediante una cardioversión, un proceso ambulatorio con una suave anestesia total en el que se aplicaba al corazón un electrochoque,

pero cualquier mínima alteración física, como un catarro o un viaje largo en avión, podía volver a romper el ritmo. En la última de estas intervenciones, en abril de 2003, había necesitado no un electrochoque, sino dos. Las cardioversiones eran cada vez más frecuentes e indicaban que ya no eran una opción válida. En junio, tras una serie de consultas, se había sometido a una intervención de corazón más radical, una ablación del nódulo atrioventricular por radiofrecuencia y la posterior implantación del marcapasos Medtronic Kappa 900 SR.

A lo largo del verano, animado por la ilusión de la boda de Quintana y el éxito aparente del marcapasos, daba la impresión de estar más entonado. En el otoño, volvió a decaer. Recuerdo una pelea sobre si íbamos o no íbamos a París en noviembre. Yo no quería ir. Le dije que teníamos mucho trabajo y poco dinero. Me contestó que tenía la sensación de que si no iba a París ese noviembre, nunca volvería a París. Yo lo interpreté como un chantaje. Muy bien, eso lo

explica todo, dije, iremos. Se levantó de la mesa. No volvimos a hablar de nada significativo durante dos días.

Finalmente, fuimos a París en noviembre.

«Os digo que no he de vivir dos días», dijo Gawain.

Hace unas semanas, en el Council on Foreign Relations, en la 68 con Park, vi a alguien frente a mí que leía el *International Herald Tribune*. Otro ejemplo de cómo se mete uno en el carril equivocado; ya no estoy en el Council on Foreign Relations de la 68 con Park, sino sentada frente a John y desayunando en el comedor del Bristol en París, en noviembre de 2003. Los dos leemos el *International Herald Tribune* del hotel, que lleva grapada una tarjeta con la previsión del tiempo para ese día. Cada una de aquellas mañanas de noviembre en París, las tarjetas llevaban el icono de un paraguas. Caminamos bajo la lluvia por los jardines de Luxemburgo. Nos metimos en San

Sulpicio para escapar de la lluvia. Se estaba celebrando una misa. John tomó la comunión. Nos resfriamos con la lluvia en los jardines de Ranelagh. En el vuelo de vuelta a Nueva York, la bufanda de John y mi vestido de punto olían a lana húmeda. Al despegar, me cogió de la mano hasta que el avión empezó a coger altura.

Lo hacía siempre.

¿Dónde está ese gesto?

En una revista, veo un anuncio de Microsoft en el que aparece el andén de la estación de metro la Porte des Lilas, de París.

Ayer, en el bolsillo de una chaqueta que no había usado, descubrí un billete de metro usado de aquel viaje de noviembre a París. «Sólo los episcopalianos “toman” la comunión, me había corregido por última vez cuando salíamos de San Sulpicio. Llevaba cuarenta años corrigiéndome en este tema. Los episcopalianos «tomaban», los

católicos «recibían». Era, repetía cada vez, una actitud diferente.

No ahora, tras siete años ya muertos, sino ¿los que eran entonces?

Ultima cardioversión: abril de 2003. Necesitó dos descargas. Recuerdo que un médico explicó por qué se hacía con anestesia. «Porque si no, la sacudida les tira de la mesa», dijo. Y el 30 de diciembre de 2003: la repentina sacudida cuando el personal de la ambulancia utilizó las palas desfibriladoras en el suelo del salón. ¿Fue aquello un latido del corazón o simplemente electricidad?

La noche que murió, o tal vez la anterior, en el taxi que nos llevaba a nuestro apartamento desde el Beth Israel North, dijo varias cosas que, por primera vez, no pude descartar como simples síntomas de depresión, una fase normal en la vida de cualquier escritor.

Todo lo que había hecho, dijo, no valía nada.

Todavía intento rechazar el pensamiento.

Esto no era normal, me dije, pero tampoco lo era el estado en el que acabábamos de dejar a Quintana.

Dijo que la novela no valía nada.

Esto no era normal, me dije, pero tampoco era normal que un padre no pudiera ayudar a su hija.

Dijo que el artículo que acababa de aparecer en *The New York Review*, una reseña sobre la biografía de Natalie Wood escrita por Gavin Lambert, no valía nada.

Esto no era normal, pero ¿qué había sido normal en los últimos días?

Dijo que no sabía qué hacía en Nueva York.

«¿Por qué pierdo el tiempo con un libro sobre Natalie Wood?», dijo.

No era una simple pregunta.

«Tenías razón en lo de Hawai», dijo entonces.

Tal vez se refiriera a que tenía razón cuando un par de días antes propuse que cuando Quintana mejorara (ese era nuestro eufemismo para decir «si vive»), podríamos alquilar una casa en la playa de Kailua para que se recuperara allí. O tal vez se refiriera a la época en la que yo quería comprar una casa en Honolulu. En aquel momento, preferí pensar que se refería a lo primero, pero el uso del pasado indicaba lo segundo. Dijo estas cosas en el taxi que nos llevaba del Berth Israel North a nuestro apartamento tres horas antes de morir o veintisiete horas antes de morir: intento recordarlo y no puedo.

¿Por qué continuaba insistiendo en lo que era o no era normal si nada de aquello lo era?

Intentaré establecer una cronología.

Quintana ingresó en la UCI del Beth Israel North el 25 de noviembre de 2003.

John murió el 30 de diciembre de 2003.

A última hora de la mañana del 15 de enero de 2004, en el Beth Israel North, después de que los médicos consiguieran retirarle el respirador y reducirle la sedación para poder despertarla poco a poco, le conté a Quintana que él había muerto. El plan no era decírselo aquel día. Los médicos habían dicho que estaría despierta con intermitencias; al principio, parcialmente y durante unos días sólo podría retener información limitada. Si se despertaba y me veía, se preguntaría dónde estaba su padre. Gerry, Tony y yo habíamos discutido el problema a fondo.

Decidimos que sólo Gerry estuviera con ella cuando empezara a despertar; así, podría centrarse en él, en su vida en común. Era posible que no preguntara por su padre. Yo la vería después, tal vez, días después. Se lo diría entonces; estaría más fuerte.

Como habíamos previsto, Gerry estaba con ella cuando despertó. De forma imprevista, una enfermera le dijo que su madre estaba en el pasillo.

Y ¿cuándo entrará?, quiso saber.

Entré.

—¿Dónde está papá? —susurró al verme.

Las tres semanas que había estado intubada, le habían inflamado las cuerdas vocales, así que incluso el susurro era apenas audible. Le conté lo que había pasado. Hice hincapié en el historial de sus problemas cardíacos, en la racha de suerte que finalmente había tocado a su fin, en lo inevitable

del hecho a pesar de lo repentino que aparentemente había sido. Lloró. Gerry y yo la sostuvimos. Volvió a quedarse dormida.

—¿Cómo está papá? —susurró cuando volví a verla por la tarde.

Empecé a contárselo de nuevo. El ataque al corazón. El historial. Lo repentino que aparentemente había sido.

—Pero ¿cómo está ahora? —susurró esforzándose para que la oyera.

Había asimilado lo referente a lo repentino del suceso, pero no el desenlace.

Volví a contárselo. Finalmente tuve que contárselo por tercera vez en la UCI del UCLA.

La cronología.

El 19 de enero de 2004, la trasladaron de la UCI del sexto piso del Beth Israel North a una

habitación en la planta 12. El 22 de enero de 2004, todavía demasiado débil para sostenerse en pie o sentarse sin ayuda y con fiebre provocada por una infección hospitalaria que había cogido en la UCI, le dieron el alta en el Beth Israel North. Gerry y yo la llevamos a mi apartamento y la acostamos en su antigua habitación. Gerry salió a comprar las medicinas que le habían recetado. Ella se levantó a coger otro edredón del armario y se cayó al suelo. No podía levantarla y tuve que pedir ayuda a un vecino para que me ayudase a meterla otra vez en la cama.

El 25 de enero de 2004 por la mañana se despertó con un fuerte dolor en el pecho y fiebre aún más alta. Ese mismo día, tras diagnosticarle una embolia pulmonar en las urgencias del Presbiteriano, ingresó en el Hospital Milstein, del Columbia-Presbiteriano. Ahora sé, pero entonces no sabía, que, debido a la prolongada inmovilidad a la que había estado sometida en el Beth Israel, aquello era totalmente previsible, algo que podían haberle diagnosticado en el Berth Israel antes de

darle el alta si le hubieran hecho el mismo escáner que le hicieron tres días después en las urgencias del Presbiteriano. Una vez ingresada en el Milstein, volvieron a hacerle otro escáner de las piernas para ver si se le habían formado coágulos. La trataron con anticoagulantes para evitar nuevos coágulos y para que los existentes se disolvieran.

El 3 de febrero de 2004, le dieron el alta en el Presbiteriano, todavía con tratamiento de anticoagulantes. Empezó la fisioterapia para recuperar fuerza y movilidad. Ella y yo, ayudadas por Tony y Nick, preparamos el funeral de John.

El funeral tuvo lugar a las cuatro de la tarde del martes 23 de marzo de 2004 en la catedral de St. John the Divine; tal como habíamos dispuesto, una hora antes y en presencia de la familia, habíamos depositado las cenizas de John en la capilla junto al altar mayor. Después del funeral, Nick había organizado una recepción en el Union Club. Finalmente, treinta o cuarenta miembros de la familia me acompañaron de regreso al

apartamento de John y mío. Encendí el fuego. Tomamos unas copas. Cenamos. Quintana, vestida de negro y aún muy débil, había logrado mantenerse de pie en la catedral y ahora reía con sus primos. El 25 de marzo por la mañana, día y medio después, ella y Gerry retomarían su vida; se iban unos días a California a pasear por la playa de Malibú. Yo les había animado a que fueran. Deseaba volver a verla con el color de Malibú en la cara y el pelo.

Al día siguiente, 24 de marzo, sola en mi apartamento, con la obligación cumplida de haber enterrado a mi marido y haber visto a nuestra hija superar la crisis, recogí los platos y me permití pensar por primera vez lo que debería hacer para retomar mi propia vida. Llamé a Quintana para desearle buen viaje. Salían al día siguiente, temprano por la mañana. Me pareció que estaba nerviosa. Siempre se ponía nerviosa antes de emprender un viaje. La decisión de lo que tenía que meter en las maletas le había provocado desde niña una especie de temor a la falta de

organización. ¿Crees que estaré bien en California?, dijo. Le contesté que sí. Seguro que estaría bien en California. El viaje a California sería en realidad la mejor forma de empezar su nueva vida. Cuando colgué el teléfono, pensé que limpiar mi despacho podía ser el primer paso para empezar la mía. Comencé a hacerlo. Al día siguiente, 25 de marzo, me pasé casi todo el día limpiando. En ciertos momentos de aquella tranquila jomada, me sorprendí pensando que posiblemente había conseguido llegar a una nueva etapa. En enero, había visto los témpanos de hielo sobre el East River desde una ventana del Beth Israel North. En febrero, había visto los témpanos de hielo disolverse en el Hudson desde una ventana del Columbia-Presbiteriano. Ahora, en marzo, el hielo había desaparecido, yo había hecho lo que tenía que hacer por John y Quintana volvería recuperada de California. A medida que la tarde avanzaba (su avión habría aterrizado, habría cogido un coche y conducido por la autopista de la costa del Pacífico), me la imaginé caminando ya con Gerry por la playa, bajo la

suave luz de marzo en Malibú. Escribí el código de Malibú, 90265, en la página de AccuWeather. Hacía sol; no recuerdo cuál era la máxima y la mínima, pero sí que recuerdo haber pensado satisfecha que hacía buen día en Malibú.

Habría mostaza silvestre en las colinas.

Le podía llevar a ver las orquídeas a Zuma Canyon.

Podía llevarle a comer pescado frito a la playa de Ventura County Line.

Había planeado llevarle a comer un día a casa de Jean Moore y volvería a los lugares en los que había transcurrido su infancia. Podría enseñarle dónde cogía mejillones para la comida de Pascua, dónde estaban las mariposas, dónde había aprendido a jugar al tenis y dónde le habían enseñado los socorristas de Zuma Beach a nadar evitando la resaca. En el escritorio de mi despacho había una fotografía suya a los siete u

ocho años, con el pelo largo y rubio del sol de Malibú. Detrás del marco, había una nota a lápiz que me había dejado un día en el fogón de la cocina de Malibú: «Querida mami, cuando abriste la puerta era yo que me escapaba. XXXXXX Q».

A las siete y diez de aquella tarde, me estaba cambiando de ropa para bajar a cenar con unos amigos que vivían en el mismo edificio. Digo «a las siete y diez» porque el teléfono sonó a esa hora. Era Tony. Dijo que venía enseguida. Me fijé en la hora porque había quedado en el piso de abajo a las siete y media, pero la llamada de Tony era tan urgente que no dije nada. Su esposa, Rosemary Breslin, llevaba quince años con una enfermedad en la sangre que no lograban diagnosticar. Poco después de la muerte de John, se había sometido a un tratamiento experimental que la dejaba cada vez más débil y tenían que hospitalizarla con mucha frecuencia en el Memorial Sloan-Kettering. Sabía que aquel día, primero en la catedral y luego con la familia, había sido agotador para ella. Cuando Tony estaba a

punto de colgar, le pregunté si Rosemary estaba otra vez en el hospital. Me dijo que no era por Rosemary. Era por Quintana; mientras hablábamos, a las siete y diez en Nueva York y las cuatro y diez en California, la estaban sometiendo a una intervención de neurocirugía en las urgencias del UCLA Medical Center de Los Ángeles.

8

Habían bajado del avión.

Recogieron la bolsa de viaje que compartían.

Gerry se dirigía con la bolsa hacia el autobús de enlace para ir a recoger el coche de alquiler y atravesaba la zona de llegadas por delante de Quintana. Miró hacia atrás. Todavía hoy no tengo ni idea por qué volvió la cabeza.

Nunca se me ocurrió preguntárselo. Me imagino que fue una de esas situaciones en las que oyes hablar a alguien y, de repente, dejas de hacerlo y te vuelves. *La vida cambia en un instante. Un instante normal.* Estaba tumbada de espaldas sobre el asfalto. Llamaron a una ambulancia. La trasladaron al UCLA. Según Gerry, iba despierta y lúcida en la ambulancia. En la sala de urgencias, empezó a tener convulsiones y a perder la coherencia. Alertaron a un equipo médico. Le hicieron una tomografía computerizada. Cuando la trasladaron a cirugía, ya tenía fija una de las pupilas. La otra se le fijó mientras la entraban al quirófano. Me contaron esto varias veces, siempre para poner de manifiesto la gravedad de su estado y el carácter crítico de la intervención: «Ya tenía fija una de las pupilas. La otra se le fijó mientras la entraban al quirófano».

La primera vez que lo oí, no sabía qué significaba lo que me decían. La segunda vez, ya lo sabía. Sherwin B. Nuland, en *How we Die*, contaba que siendo estudiante de tercero de

medicina, había visto a un paciente cardíaco cuyas «pupilas estaban fijas en una posición de total dilatación, lo que significa muerte cerebral, y que obviamente no volverían a responder nunca al estímulo de la luz». También en *How We Die*, el Dr. Nuland describía los intentos fallidos de un equipo para reanimar a un paciente que había sufrido una parada cardíaca en el hospital: «Aquellos jóvenes tenaces ven cómo las pupilas de su paciente se quedan insensibles a la luz y luego se ensanchan hasta convertirse en dos círculos fijos de impenetrable oscuridad. De mala gana, el equipo interrumpe sus esfuerzos [...]. La sala está salpicada con los restos de la campaña perdida». ¿Fue eso lo que vio en los ojos de John el personal de la ambulancia del Nueva York-Presbiteriano en el suelo de nuestro apartamento el 30 de diciembre de 2003? ¿Fue eso lo que vieron los neurocirujanos del UCLA en los ojos de Quintana el 25 de marzo de 2004? ¿«Oscuridad impenetrable»? ¿«Muerte cerebral»? ¿Fue eso lo que pensaron? Miro un informe de la TC del UCLA realizado aquel día y aún me tiemblan las

rodillas:

El escáner muestra hematoma subdural en hemisferio derecho con señales de sangrado severo. No puede descartarse presencia de sangrado activo. El hematoma provoca un efecto masa importante en el hemisferio cerebral derecho, hernia subfacial e incipiente hernia uncal con 19 mm de desplazamiento en la línea media de derecha a izquierda al nivel del tercer ventrículo. El ventrículo lateral derecho está totalmente borrado y el ventrículo lateral izquierdo muestra un incipiente atrapamiento. Se observa compresión mesencefálica de moderada a pronunciada y la cisterna perimesencefálica está borrada. Se aprecian ligeros hematomas subdurales en falcia posterior y tentorio izquierdo. Ligera hemorragia parenquimal, debida probablemente a contusión, en superficie infolateral del lóbulo frontal derecho. Las amígdalas cerebelosas se encuentran al nivel del agujero occipital. No existe fractura de cráneo. Gran hematoma en el cuero cabelludo de la zona parietal derecha.

25 de marzo de 2004. Siete y diez de la tarde en

Nueva York.

Ella había vuelto del lugar en el que los médicos habían dicho «todavía no sabemos cómo va a evolucionar», y ahora estaba allí otra vez.

A juzgar por lo que yo sabía, había evolucionado mal.

Tal vez ya habrían hablado con Gerry y él trataba de asimilarlo antes de llamarme.

Tal vez ya estuviera de camino hacia el depósito del hospital.

Sola. En una camilla. Con el camillero.

Yo ya había visualizado esta escena con John.

Tony llegó.

Me repitió lo que ya me había dicho por teléfono. Gerry le había llamado desde el UCLA.

Quintana estaba en el quirófano. Gerry podía comunicarse con nosotros por el móvil desde el vestíbulo del hospital, que ahora servía también como sala de espera de cirugía (el UCLA construía un nuevo hospital porque el actual estaba masificado y obsoleto).

Llamamos a Gerry.

Uno de los cirujanos acababa de salir para informarle. El equipo de cirujanos «tenía la esperanza» de que Quintana pudiera «salir del quirófano», aunque no podían predecir en qué condiciones.

Recuerdo que pensé que el pronóstico había mejorado: en el informe anterior, durante la intervención, se nos había comunicado que el equipo «no estaba seguro de que ella pudiera salir del quirófano».

Recuerdo haber intentado, sin lograrlo, comprender el significado de «salir del

quirófano». ¿Querían decir viva? ¿Habían dicho «viva» y Gerry no podía repetirlo? *Pase lo que pase*, recuerdo haber pensado, *no hay duda de que «saldrá del quirófano»*.

Eran más o menos las cuatro y media en Los Ángeles, las siete y media en Nueva York. No sabía exactamente cuánto tiempo llevaban operando. Ahora veo que, según el informe de la TC, el escáner se había realizado a las «15.06», las tres y seis minutos en Los Ángeles, y sólo llevaban media hora en el quirófano. Saqué la guía de vuelos para ver si aún salía algún avión aquella noche hacia Los Ángeles. Había uno de Delta a las 9.40 p.m que salía del Kennedy. Estaba a punto de llamar a Delta cuando Tony me dijo que no le parecía buena idea que yo volara mientras se realizaba la operación.

Recuerdo un silencio.

Recuerdo que dejé a un lado la guía.

Llamé a Tim Rutten a Los Ángeles y le pedí que fuera al hospital a acompañar a Gerry. Llamé a nuestro contable en Los Ángeles, Gil Frank, cuya hija había pasado hacía unos meses por una neurocirugía de urgencias en el UCLA, y también dijo que iría al hospital.

Eso era lo más cerca que podía estar de ella.

Puse la mesa en la cocina y Tony y yo picamos del *coq au vin* que había sobrado de la cena familiar que tuvimos después del funeral en St. John the Divine. Rosemary llegó. Nos sentamos a la mesa en la cocina, y tratamos de esbozar lo que nosotros llamábamos un «plan». Nos referíamos con delicadeza a «las contingencias» como si uno de los tres no supiera lo que eran «las contingencias». Recuerdo que llamé a Earl McGrath para ver si podía usar su casa de Los Ángeles. Recuerdo que dije «en caso de necesidad», otra construcción delicada. Recuerdo que él pasó aquello por alto y me dijo que al día siguiente volaba a Los Ángeles en el avión de un

amigo y yo iría con ellos. Alrededor de media noche, Gerry llamó para decir que la operación había terminado. Ahora le harían otra tomografía para ver si se habían dejado algún punto de sangrado. Si lo hubiera, volverían a operarla y si no lo había, seguirían con el protocolo y le instalarían una especie de filtro en la vena cava para evitar que los coágulos llegaran al corazón. Hacia las 4 a.m., hora de Nueva York, volvió a llamar para decir que la TC no mostraba más sangrado y que le habían colocado el filtro. Me contó lo que los cirujanos le habían dicho sobre la operación. Tomé notas: *«Sangrado arterial. La sangre brotaba de la arteria como un géiser. Sangre por toda la habitación. Factor de coagulación inexistente.»*

«El cerebro empujaba hacia el lado izquierdo.»

Cuando volví de Los Ángeles el 30 de abril por la noche, encontré estas notas en una lista de la compra, junto al teléfono de la cocina. Ahora sé

que el término técnico para decir que «el cerebro empujaba hacia el lado izquierdo» es «desplazamiento de la línea media», un factor significativo para predecir un mal resultado; pero incluso entonces yo sabía que no era bueno. Cinco semanas antes, aquel día de marzo, yo había pensado que necesitaba botellines de Evian, miel, caldo de pollo y semillas de lino.

Lee, aprende, prepárate, recurre a la literatura La información es control.

A la mañana siguiente a la intervención y antes de ir a Teterboro para coger el avión, busqué en Internet «pupilas fijas y dilatadas». Me enteré de que lo llamaban FDP. Leí el resumen de un estudio realizado por investigadores del Departamento de Neurocirugía de la Clínica Universitaria de Bonn. El estudio hacía un seguimiento de noventa y nueve pacientes que habían presentado o desarrollado uno o dos episodios de FDP. La tasa de mortalidad era del 75 por ciento. A los veinticuatro meses, del 25 por ciento que había sobrevivido, el 15 por

ciento presentaba lo que en la escala de Glasgow para el coma se define como «resultado desfavorable», y el 10 por ciento, un «resultado favorable». Calculé los porcentajes: de los 99 pacientes, 74 murieron. A los dos años, de los 25 supervivientes, 5 estaban en estado vegetativo; 10 tenían minusvalías graves; 8 se valían por sí mismos, y 2 se habían recuperado totalmente. También me enteré de que las pupilas fijas y dilatadas indicaban daños o compresión del tercer nervio craneal y de la zona superior del tronco encefálico. Durante las semanas que siguieron, «tercer nervio» y «tronco encefálico» fueron palabras que tuve que escuchar con más frecuencia de la que hubiera deseado.

9

Estás a salvo, recuerdo haberle susurrado a

Quintana la primera vez que la vi en la UCI del UCLA. *Estoy aquí. Te vas a poner bien.* Le habían afeitado la mitad de la cabeza para la operación. Veía el gran corte y las grapas metálicas que le mantenían el cráneo unido. De nuevo respiraba únicamente a través de un tubo endotraqueal. *Estoy aquí. Todo va bien.*

—¿Cuándo tienes que irte? —me preguntó el día que por fin pudo hablar. Pronunció las palabras con dificultad y con el rostro tenso.

Le dije que no me movería de allí hasta que pudiéramos irnos juntas.

Su rostro se relajó y volvió a quedarse dormida.

En aquellas semanas, desde que abandonó el Hospital St. John's de Santa Monica y la llevamos a casa, pensé que ésa había sido mi promesa esencial. No me marcharía. La cuidaría. Se pondría bien. Pero también me daba cuenta de que

era una promesa que no podría cumplir. No podría cuidarla siempre. No podría quedarme con ella para siempre. Ya no era una niña. Era una mujer adulta. En la vida sucedían cosas que las madres no pueden impedir ni solucionar. A no ser que una de esas cosas la matara prematuramente, como la que casi lo había hecho en el Beth Israel North o como la que aún podía hacerlo en el UCLA, yo moriría antes que ella. Recordaba discusiones en bufetes de abogados en las que me había sentido angustiada por la palabra «premorir». No era posible que la palabra fuera procedente. Tras cada una de estas discusiones, veía la expresión «siniestro mutuo» bajo un prisma nuevo y más favorable. Sin embargo, una vez, en un vuelo turbulento entre Honolulu y Los Ángeles me había imaginado ese siniestro mutuo y lo había rechazado. El avión caía. Milagrosamente ella y yo sobrevivíamos al accidente, a la deriva en el Pacífico, agarradas a los restos del avión. El dilema era el siguiente: debía abandonarla porque yo tenía la regla y la sangre atraería a los tiburones, o tenía que alejarme, dejarla sola.

¿Sería capaz de hacerlo?

¿Todos los padres sentían aquello?

Cuando mi madre tenía noventa años y le faltaba poco para morir, me contó que estaba preparada, pero que no podía morirse. «Tú y Jim me necesitáis», me dijo. Mi hermano y yo andábamos entonces por los sesenta y tantos.

Estás a salvo.

Estoy aquí.

En el curso de aquellas semanas en el UCLA, observé que mucha gente que conocía, ya fuera en Nueva York, en California o en otros lugares, compartían una tendencia atribuida generalmente a los triunfadores. Mostraban una fe absoluta en el poder de los números de teléfono que tenían al alcance de los dedos: el médico apropiado, el donante más importante, la persona del Gobierno o

de la Justicia que podía hacerles un favor. Su habilidad de maniobra era realmente prodigiosa. El poder de sus números de teléfono no tenía parangón. A lo largo de mi vida, yo misma he compartido esa firme creencia en mi habilidad para controlar los acontecimientos. Si de repente hospitalizaban a mi madre en Túnez, yo me la apañaba para que el cónsul norteamericano le llevara periódicos en inglés y luego la embarcara en un vuelo de Air France para reunirse con mi hermano en París. Si Quintana se quedaba de repente bloqueada en el aeropuerto de Niza, me las arreglaba para encontrar a alguien en British Airways que la pusiera en un vuelo de BA para reunirse con su primo en Londres. Sin embargo, siempre sospeché, pues había nacido miedosa, que había cosas en la vida que escapaban a mi capacidad de manejo o control. Algunas cosas simplemente suceden, y esta era una de ellas. *Te sientas a cenar, y la vida que conoces se acaba.*

Muchas personas con las que hablé aquellos primeros días que Quintana estuvo inconsciente en

el UCLA parecían ajenas a esa sospecha. Su impulso inicial era que lo sucedido podía controlarse. Lo único que necesitaban era información. Sólo necesitaban saber cómo había sucedido. Necesitaban respuestas. Necesitaban «el pronóstico».

Yo no tenía respuestas.

No tenía pronóstico.

No sabía cómo había sucedido.

Había dos posibilidades, y concluí que ambas eran irrelevantes. Una de ellas era que Quintana se hubiera caído y el golpe le hubiera provocado la hemorragia cerebral, un peligro de los anticoagulantes que le habían recetado para prevenir la embolia. La segunda posibilidad era que la hemorragia hubiera ocurrido antes de la caída y que, en realidad, la hubiera provocado. Las personas tratadas con anticoagulantes sangran. Se les hacen cardenales con un simple roce. El

nivel de anticoagulante en sangre, que se mide con un número llamado INR (International Normalized Ratio), es difícil de controlar. Hay que analizar la sangre cada pocas semanas y en ciertos casos, cada pocos días. Se hacen pequeños y complicados cambios en la dosis. Para Quintana, el INR ideal era 2,2, décima arriba o abajo. El día que voló a Los Ángeles, su INR estaba por encima de 4, un nivel en el que puede producirse un sangrado espontáneo. Cuando llegué a Los Ángeles y hablé con el jefe de cirugía, me dijo que estaba «cien por cien seguro» de que el golpe había provocado la hemorragia. Otros médicos con los que hablé estaban menos seguros. Uno sugirió que simplemente el vuelo pudo haber causado cambios en la presurización y precipitar la hemorragia.

Recuerdo haber insistido al cirujano sobre este aspecto, tratando —una vez más— de controlar la situación, de obtener respuestas. Hablé con él por el móvil desde el patio de la cafetería del Centro Médico del UCLA. La cafetería se llamaba «Café Med». Era mi primera

visita al Café Med y mi aparición ante su parroquiano más notable, un hombrecito calvo (deduje que se trataba de un paciente del Instituto de Neuropsiquiatría con permiso para deambular por allí) que sentía la compulsión de perseguir por la cafetería a cualquier mujer mientras escupía y murmuraba rabiosas imprecaciones sobre lo asquerosa, lo repugnante o la despreciable basura que ella era. Aquella mañana en concreto, el hombrecillo calvo me había perseguido hasta el patio y me resultaba difícil entender lo que el cirujano me decía. «Fue el golpe, había un vaso sanguíneo roto, lo vimos», creí escucharle. Aquello no parecía satisfacer realmente la pregunta —un vaso sanguíneo roto no descartaba totalmente la posibilidad de que el vaso sanguíneo se hubiera roto con anterioridad y provocado la caída—, pero allí, en el patio del Café Med, con el hombrecillo calvo escupiéndome en el zapato, comprendí que daba igual cuál fuera la respuesta a mi pregunta. Había ocurrido. Esa era la nueva realidad que tenía delante.

En aquella conversación telefónica con el cirujano, recuerdo que me dijo algunas otras cosas.

Recuerdo que me dijo que el coma podía durar días o semanas.

Recuerdo que me dijo que tenían que pasar tres días como mínimo para que alguien empezase a saber en qué situación había quedado su cerebro. El cirujano era «optimista», pero no se podía predecir nada. En los próximos tres o cuatro días, podían aparecer muchos otros problemas urgentes.

Podía presentarse una infección.

Podía presentarse una neumonía, podía presentarse una embolia.

La inflamación podía aumentar, en cuyo caso habría que volver a operar.

Después de colgar, entré de nuevo en la cafetería; Gerry tomaba café con Susan Traylor y Kelly y Lori, las hijas de mi hermano. Recuerdo que consideré si debía mencionarles los problemas urgentes que el cirujano había comentado. Cuando vi sus rostros, me di cuenta de que no había motivo para no hacerlo: los cuatro habían estado en el hospital antes de que yo llegara a Los Ángeles y los cuatro habían oído hablar ya de aquellos problemas urgentes.

Durante las veinticuatro noches de diciembre y enero que Quintana pasó en la UCI de la sexta planta del Beth Israel North, tuve en mi mesilla un ejemplar de bolsillo de la obra *Intensive Care: A Doctor's Journal*, de John F. Murray, un médico que había sido jefe de la unidad de Neumología y Cuidados Intensivos, en el Hospital de la Universidad de California, en San Francisco. *Intensive Care* describe el día a día, a lo largo de cuatro semanas, de una UCI del Hospital General

de San Francisco, de la que el Dr. Murray era, por aquel entonces, médico responsable tanto de pacientes, como de residentes, internos y estudiantes. Lo leí y releí una y otra vez. Aprendí muchas cosas que resultaron útiles para calibrar mi relación diaria con los médicos de la UCI del Beth Israel North. Aprendí, por ejemplo, que a menudo era difícil evaluar el momento idóneo para desintubar, para retirar la cánula endotraqueal. Aprendí que un impedimento habitual para la desintubación era el edema, lo que tan previsiblemente habían observado en cuidados intensivos. Me enteré de que este edema se debía con menor frecuencia a una patología latente que a un exceso en la administración de líquido intravenoso, un fallo en la apreciación entre hidratación e hiperhidratación, una falta de precaución. Aprendí que muchos jóvenes residentes cometían una falta de precaución similar respecto al momento mismo de la desintubación: dado lo incierto del resultado, tendían a alargar el proceso más de lo necesario.

Había tomado buena nota de estas lecciones y las había utilizado; por un lado, la pregunta vacilante; por otro, el deseo claramente expresado. Me «preguntaba» si tal vez ella no estaría «saturada de agua». («Desde luego, yo no lo sé, lo deduzco por su aspecto».) Había usado deliberadamente la expresión «saturada de agua». Me había percatado de una cierta tirantez cuando usaba el término «edema». También me «preguntaba» si no respiraría mejor si estuviera menos saturada. («Desde luego, no soy médico, pero parece lógico que sea así».) Me había vuelto a «preguntar» si la administración monitorizada de un diurético no permitiría desentubarla. («Desde luego, es un remedio casero, pero si yo tuviera el aspecto que ella tiene, tomaría un Seguril».) Con el *Intensive Care* como guía, la propuesta parecía una sincera intuición. Había una forma de saber si habías acertado. Lo sabías cuando, al día siguiente, un médico al que le habías sugerido un plan, lo presentaba como si se le hubiera ocurrido a él.

Esto era diferente. En el contraste de pareceres sobre el edema que tuvo lugar en el Beth Israel North, se me ocurrió una frase que ahora me parecía irónica: *No es cirugía cerebral*. Esto lo era. Cuando los médicos del UCLA me hablaban de «parietal» y «temporal», no tenía ni idea a qué parte del cerebro se referían, eso sin contar con lo que querían decir. Creía saber lo que era el «frontal derecho». «Occipital» me recordaba a «ojo», pero únicamente por la deducción errónea de que la palabra empezaba por «oc», como «ocular». Fui a la librería del Centro Médico del UCLA. Compré un libro en cuya portada aparecía impreso: «Breve compendio de neuroanatomía y de sus implicaciones funcionales y clínicas». El doctor Stephen G. Waxman, jefe de Neurología del Yale-New Haven, era el autor del libro *Clinical Neuroanatomy*. Hojeé con satisfacción algunos de los apéndices, por ejemplo, el apéndice A: «El examen neurológico»; pero cuando empecé a leer el texto, lo único que me vino a la cabeza fue un viaje a Indonesia en el que me sentí desmoralizada ante mi incapacidad para entender la gramática del

bahasa indonesio, la lengua oficial que se utilizaba en los letreros de las calles, los rótulos de las tiendas y las carteleras. Pregunté a alguien de la Embajada norteamericana cómo se distinguían los verbos de los nombres. Me dijo que el bahasa era una lengua en la que la misma palabra podía ser un nombre o un verbo. *Clinical Neuroanatomy* parecía ser otro de esos casos cuya gramática yo era incapaz de entender. Lo puse en la mesilla junto a mi cama del hotel Beverly Wilshire, y allí se quedó durante las cinco semanas siguientes.

Al seguir leyendo *Clinical Neuroanatomy*, si, por ejemplo, me despertaba por la mañana antes de que llegase *The New York Times* con su sedante crucigrama, incluso el apéndice A: «El examen neurológico» me parecía opaco. Al principio había notado las consabidas y evidentes instrucciones (pregunten al paciente el nombre del presidente, pidan al paciente que cuente hacia atrás de siete en siete, empezando por cien), pero a

medida que pasaban los días, me centré en una misteriosa narración que el apéndice A titulaba: «Historia del niño dorado», y que se utilizaba para realizar tests de memoria y comprensión. Se contaba la historia al paciente, sugería el doctor Waxman; luego, se le pedía que volviera a contar la historia con sus propias palabras y que explicara su significado. «En la coronación de un papa, hace unos trescientos años, se eligió a un niño para hacer de ángel.»

Así empezaba la «Historia del niño dorado».

Hasta aquí estaba bastante claro, aunque con algunos detalles —¿hace trescientos años? ¿Hacer de ángel?— posiblemente inquietantes para alguien que sale de un coma.

Y continuaba: «Con el objetivo de que su aspecto fuera lo más fastuoso posible, lo recubrieron de pies a cabeza con una capa de pan de oro. El pequeño enfermó y, aunque hicieron todo lo posible para que se recuperara, salvo

quitarle el fatal recubrimiento dorado, murió a las pocas horas».

¿Qué significaba la «Historia del niño dorado»? ¿Tenía que ver con la falibilidad de «los Papas»? ¿Con la falibilidad de la autoridad en general? ¿Con la falibilidad (nótese que «hicieron todo lo posible para que se recuperara») de la medicina en concreto? ¿De qué serviría contarle esta historia a un paciente inmovilizado en una UCI de Neurología en un importante hospital universitario? ¿Qué enseñanza podía extraerse? ¿Creían que porque sólo era una «historia», el contarla no tenía consecuencias? Una mañana sentí que el absoluto enigma y el aparente menosprecio por la sensibilidad del paciente que mostraba la «Historia del niño dorado» representaban la situación a la que yo me enfrentaba. Regresé a la librería del Centro Médico del UCLA con la idea de buscar otras fuentes que me aclarasen aquello, pero en los primeros libros de texto que hojeé, no se hacía mención alguna a la «Historia del niño dorado». En vez de seguir buscando, como las

temperaturas máximas por la tarde en Los Ángeles rondaban los 30 °C, me compré varios conjuntos de ropa médica desechable de algodón azul. Tan profundo era el aislamiento en el que me movía que no se me ocurrió pensar que el que la madre de un paciente apareciese en el hospital vestida con un atuendo desechable de algodón azul sólo podía interpretarse como una sospechosa violación de los límites.

10

En enero, mientras contemplaba desde una ventana del Beth Israel North los témpanos de hielo sobre el East River, noté por primera vez lo que acabé por llamar el «efecto torbellino». En la junta de las paredes con el techo de la habitación desde la que miraba los témpanos, había una cenefa de papel pintado con rosas, un toque Dorothy Draper,

un resto, supongo, de la época en que el Beth Israel North había sido Hospital de Médicos. No conocí el Hospital de Médicos, pero cuando tenía veintitantos años y trabajaba para *Vogue*, aparecía con frecuencia en multitud de conversaciones. Había sido el hospital que los editores de *Vogue* recomendaban para partos sin complicaciones y para «descansar», una especie de Maine Chance médico.

Me había parecido un buen tema en el que pensar.

Era mejor que pensar en los motivos que me habían llevado al Beth Israel North.

Había ido incluso un poco más allá: *El Hospital de Médicos fue donde X se sometió a un aborto comprado y pagado por la oficina del fiscal del distrito.* «X» era una mujer con la que yo había trabajado en *Vogue*. Había esparcido seductoramente bocanadas de humo, Chanel N.º 5 y el aroma del inminente desastre por las oficinas de

Condé Nast, que entonces estaban en el Graybar Building. En una sola mañana, mientras yo intentaba armar una sección de *Vogue* especialmente exasperante que se llamaba «Cosas que la gente comenta», ella descubrió que tenía que abortar y que su nombre había aparecido en el fichero de un asunto de prostitución que estaba siendo investigado por la oficina del fiscal del distrito. Se había mostrado animada respecto a aquellas dos noticias que a mí me parecían devastadoras. Había hecho un trato. Aceptó declarar que los que dirigían aquella red habían intentado reclutarla; a cambio, la oficina del fiscal del distrito consiguió que le hicieran un legrado en el Hospital de Médicos, un favor enorme en aquella época en la que abortar significaba una cita clandestina y potencialmente letal con alguien cuyo primer impulso en una crisis sería evacuar la zona.

El asunto de la red de prostitución, el aborto y aquellos años en los que me pasaba mañanas enteras tratando de armar la sección «Cosas que la

gente comenta» me seguían pareciendo buenos temas en los que pensar.

Recuerdo haber utilizado este incidente en mi segunda novela, *Play It As It Lays*. María, la protagonista, una antigua modelo, acababa de someterse a un aborto que la tenía angustiada:

En cierta ocasión, hacía mucho tiempo, María había trabajado una semana en Ocho Ríos con una chica que acababa de someterse a un aborto. Recordaba que la chica se lo había contado mientras estaban acurrucadas junto a una cascada esperando que el fotógrafo decidiera si el sol estaba lo bastante alto para tomar las fotos. Al parecer, era una época difícil para abortar en Nueva York: habían arrestado a gente y nadie quería hacerlo. Finalmente, la chica, que se llamaba Ceci Delano, le había preguntado a un amigo suyo de la oficina del fiscal del distrito si conocía a alguien. «Quid pro quo», le había respondido él, y a última hora del mismo día en que Ceci Delano declaró ante un jurado especial que una red de prostitución había intentado

reclutarla, ingresó en el Hospital de Médicos para que le practicaran un legrado legal, convenido y pagado por la oficina del fiscal del distrito. Tal como ella la contaba, parecía una historia divertida, tanto por la mañana, junto a la cascada, como más tarde, a la hora de cenar, cuando la repitió delante del fotógrafo, el director de la agencia y el coordinador de modelos para los clientes. Ahora, María intentaba ver, bajo la misma perspectiva, lo que había sucedido en Encino, pero la situación de Ceci Delano no era la misma. Al fin y al cabo, aquella era tan sólo una historia neoyorquina.

Esto parecía que funcionaba.

Llevaba por lo menos dos minutos sin pensar por qué estaba en el Beth Israel North.

Había llegado hasta la época en la que escribí *Play It As It Lays*. La ruinoso casa alquilada en la avenida Franklin, de Hollywood. Las lamparillas votivas en el alféizar de los ventanales del salón. El té de la hierba luisa y el

aloe que crecían junto a la puerta de la cocina. Las ratas que se comían los aguacates. El mirador en el que trabajaba. Desde las ventanas del mirador veo a Quintana pasar por encima de un aspersor en el césped.

Pensé, recuerdo, que en aguas más turbulentas me había visto yo, pero con la sensación de que no había vuelta atrás.

Había escrito aquel libro cuando Quintana tenía tres años.

Cuando Quintana tenía tres años.

Ahí estaba el torbellino.

Quintana a los tres años. La noche que se metió por la nariz una semilla del jardín y tuve que llevarla al Hospital Infantil. El pediatra experto en extraer semillas llegó vestido de esmoquin. Al día siguiente por la noche, repitió la interesante aventura y volvió a introducirse por la nariz otra semilla. John y yo paseando con ella por el lago en

MacArthur Park. El viejo que gritaba desde un banco. «Esa niña es el vivo retrato de Ginger Rogers», gritaba el viejo. Terminé la novela, había firmado un contrato para empezar a escribir una columna en *Life*. Nos llevamos a Quintana a Honolulu. *Life* quería que la primera columna fuese una especie de presentación, «que los lectores sepan quién eres». Pensaba escribirla desde Honolulu, en el Hotel Royal Hawaiian donde solíamos conseguir una suite con veranda por veintisiete dólares la noche, un precio especial para la prensa. Mientras estábamos allí, llegaron las noticias de My Lai. Yo estaba dándole vueltas a mi primera columna, pero ante la aparición de aquella noticia, pensé que podía escribirla desde Saigón. Era domingo. *Life* me había dado una tarjeta impresa con los números de teléfono de sus editores y abogados en distintas ciudades del mundo. Saqué la tarjeta y llamé a mi editor, Loudon Wainwright, para decirle que me iba a Saigón. Su esposa cogió el teléfono y me dijo que ya me llamaría él.

—Seguro que está viendo el partido de liga —dijo John cuando colgué—. Te llamará en el intermedio.

Así fue. Me dijo que me quedara donde estaba y que escribiera mi columna de presentación; en cuanto a lo de Saigón, «algunos de los muchachos ya han marchado hacia allí». Daba la impresión de que no había nada más que discutir. «Ahí fuera hay un mundo en plena revolución y nosotros te enviaremos a él», me había dicho George Hunt al ofrecirme un trabajo, cuando aún era director ejecutivo de *Life*. Cuando acabé *Play It As It Lays*, George Hunt ya se había jubilado y algunos de los chicos se estaban marchando.

—Te lo advertí —dijo John—. Ya te dije lo que sería trabajar para *Life*. ¿No te lo dije? ¿No te dije que sería como si una manada de patos te mordiese hasta matarte?

Le cepillaba el pelo a Quintana. El vivo

retrato de Ginger Rogers.

Me sentía traicionada, humillada. Debería haber hecho caso a John.

Escribí la columna dándome a conocer a los lectores.

Apareció. En aquel momento, era en apariencia un artículo de ochocientas palabras bastante normal dentro del género asignado, pero al final del segundo párrafo, había una línea tan incoherente con el estilo de presentación de *Life* que podía parecer obra de extraterrestres: «Aquí estamos, en esta isla en mitad del Pacífico, en lugar de hacer cola para presentar una demanda de divorcio». Una semana después, estábamos en Nueva York. «¿Sabías que estaba escribiendo aquello?», le preguntaba *sotto voce* mucha gente a John.

¿Qué si sabía que yo lo estaba escribiendo?

Él lo corrigió.

Él se llevó a Quintana al zoo de Honolulu para que yo pudiera introducir las correcciones.

Me llevó en coche a la oficina de la Western Union en Honolulu para que lo enviara.

En la oficina de la Western Union, él escribió al final: RECUERDOS, DIDION. Eso es lo que hay que poner siempre al final de un cable, dijo. ¿Por qué?, pregunté yo. Pues porque hay que hacerlo así, dijo él.

Vean a donde me había arrastrado aquel particular torbellino: de la cenefa de papel pintado a lo Dorothy Draper, en el Beth Israel North, a Quintana a los tres años y al «debería haberle hecho caso a John».

«Os digo que no he de vivir dos días», dijo Gawain.

El modo de tambalearse hacia los lados era volver atrás.

Me di cuenta inmediatamente de que el potencial de Los Angeles para disparar el efecto torbellino sólo lo controlaría si evitaba cualquier barrio que pudiera asociar con John o con Quintana. Iba a necesitar mucho ingenio. John y yo vivimos en el distrito de Los Ángeles desde 1964 hasta 1988. Entre 1988 y el día que murió, pasamos muchas temporadas allí, generalmente en el mismo hotel en el que yo me alojaba ahora, el Beverly Wilshire. Quintana nació en el distrito de Los Ángeles, en el Hospital St. John de Santa Mónica; fue a la escuela allí, primero en Malibú y luego, a la que era por entonces la escuela femenina de Westlake, en Holmby Hills (al año de irse Quintana se hizo coeducacional y pasó a llamarse Harvard-Westlake).

Por razones que no tengo claras, el propio Beverly Wilshire rara vez me disparaba el efecto torbellino. En teoría, cada uno de sus pasillos estaba impregnado de aquellas asociaciones que

intentaba evitar. Cuando vivíamos en Malibú y teníamos reuniones en la ciudad, solíamos llevar a Quintana y nos alojábamos en el Beverly Wilshire. Cuando ya vivíamos en Nueva York y necesitábamos estar en Los Ángeles para una película, nos quedábamos en aquel hotel, a veces unos cuantos días; otras veces, varias semanas. Allí instalábamos los ordenadores y las impresoras. Allí celebrábamos las reuniones. *Y qué pasaría si...*, decía siempre alguien en aquellas reuniones. Nos quedábamos trabajando hasta las ocho o las nueve de la noche y enviábamos los artículos al director o productor con el que trabajábamos; luego, nos íbamos a cenar a un restaurante chino de Melrose en el que no había que reservar mesa. Siempre pedíamos que nos alojasen en el edificio antiguo. Conocía a las gobernantas, a las manicuras, al portero que le daba a John la botella de agua cuando éste regresaba de su paseo de las mañanas. Sabía de memoria cómo funcionaba la llave, cómo se abría la caja fuerte y cómo había que ajustar la alcachofa de la ducha: a lo largo de los años había

estado en docenas de habitaciones idénticas a la que ocupaba ahora. La última vez que estuve en una de aquellas habitaciones fue en octubre de 2003, sola, promocionando un libro, dos meses antes de que John muriera. Sin embargo, mientras Quintana estaba en el UCLA, el Beverly Wilshire me parecía el único lugar seguro, el lugar en el que todo permanecería igual, donde nadie conocía ni se refería a los últimos acontecimientos de mi vida; el lugar donde aún era la persona que había sido antes de que todo esto sucediera.

Y qué pasaría si...

Fuera de la zona franca del Beverly Wilshire, yo planificaba mis rutas, me mantenía en guardia.

Ni una sola vez en cinco semanas pasé por la zona de Brentwood, en la que había vivido desde 1978 hasta 1988. Cuando acudí a la consulta de un dermatólogo en Santa Mónica y las obras en la calle me obligaron a pasar a tres manzanas de

nuestra casa en Brentwood, no miré ni a derecha ni a izquierda. Ni una sola vez en cinco semanas cogí la autopista de la costa del Pacífico para ir a Malibú. Cuando Jean Moore me propuso que utilizara su casa junto a la autopista de la costa del Pacífico, a menos de media milla pasada la casa en la que habíamos vivido entre 1971 y 1978, me inventé excusas por las que me era imprescindible quedarme en el Beverly Wilshire. Podía evitar conducir hasta el UCLA por Sunset. Podía evitar pasar por el cruce entre Sunset y Beverly Glen, donde a lo largo de seis años había girado al salir de la escuela femenina de Westlake. Podía evitar pasar por cualquier cruce que no controlara previamente. Podía evitar sintonizar en la radio del coche las emisoras con las que solía conducir; evitar localizar la KRLA, una emisora de AM que se denominaba a sí misma «el corazón y el alma del rock and roll» y que a comienzos de la década de los noventa aún programaba los éxitos de 1962. Podía evitar sintonizar la emisora del consultorio cristiano, a la que solía cambiar cada vez que sonaba un éxito de 1962 que había perdido brillo.

En lugar de eso, escuchaba en la NPR un tranquilo programa de mañana: *La mañana se vuelve ecléctica*. Cada mañana pedía el mismo desayuno en el Beverly Wilshire: huevos rancheros con un huevo revuelto. Cada mañana, al salir del Beverly Wilshire, hacía el mismo recorrido en coche hasta el UCLA: salía por Wilshire, giraba a la derecha por Glendon, me desviaba a la izquierda hacia Westwood, a la derecha por Le Conte y a la izquierda por Tiverton. Cada mañana me fijaba en las mismas banderolas que ondeaban en las farolas a lo largo de Wilshire: *UCLA, Centro Médico, el 1.º del oeste, el 3.º de la nación*. Cada mañana me preguntaba quién marcaba aquel ránking. Nunca lo pregunté. Cada mañana insertaba el tíquet en el mecanismo de la entrada y cada mañana, si lo insertaba bien, la misma voz femenina decía: «bienvenido al *U-C-L-A*». Cada mañana, si llegaba a tiempo, conseguía una plaza en el cuarto piso de la Plaza, contra la valla. Cada día, a última hora de la tarde, conducía de vuelta al Beverly Wilshire, recogía los mensajes y

contestaba unos cuantos. Pasada la primera semana, Gerry iba y venía de Nueva York a Los Ángeles intentando trabajar al menos unos días a la semana; y si él estaba en Nueva York, yo le llamaba para darle las noticias del día o la falta de ellas. Me tumbaba, veía las noticias locales, me quedaba veinte minutos en la ducha y salía a cenar.

Cené fuera todas las noches que permanecí en Los Ángeles. Cenaba con mi hermano y su mujer cuando estaban en la ciudad. Iba a casa de Connie Wald en Beverly Hills. Había rosas y capuchinas y fuego en grandes chimeneas, como los de aquellos años en los que John, Quintana y yo íbamos allí. Ahora, era Susan Traylor quien estaba allí, yo la que iba a casa de Susan, en las colinas de Hollywood. Conocía a Susan desde que tenía tres años y conocía a su marido, Jesse, desde que él, Susan y Quintana estaban en 4.º curso en la escuela Point Dume; ahora eran ellos los que me cuidaban. Comí en muchos restaurantes con muchos amigos. Cenaba muy a menudo con Earl McGrath, cuya intuitiva amabilidad en aquella

situación consistía en preguntarme todas las mañanas qué planes tenía para la noche, y si la respuesta era de alguna manera imprecisa, reservaba una cena libre de impuestos para dos, tres o cuatro personas en Orso, en Morton o en su casa de Robertson Boulevard.

Después de cenar, cogía un taxi de regreso al hotel y encargaba huevos rancheros para el desayuno. «Con un huevo revuelto», repetía la voz al otro lado del teléfono. «Exactamente», decía yo.

Planificaba aquellas noches con la misma precisión con la que planificaba mis rutas.

No dejaba tiempo para demorarme en promesas que no habría forma de mantener.

Estás a salvo. Estoy aquí.

Al día siguiente, en la profunda quietud de *La mañana se hace ecléctica*, me felicitaba.

Podía haber estado en Cleveland.

Aun así.

No puedo contar siquiera los días que, de repente, mientras conducía, me sentía cegada por las lágrimas.

Volvía a recordar Santa Ana.

Volvía a recordar la jacarandá.

Una tarde tuve que ir a ver a Gil Frank a su oficina de Wilshire, unas cuantas manzanas hacia el este desde el Beverly Wilshire. En aquel territorio por el que no me había aventurado (la *térrea cognita* se situaba al oeste de Wilshire, no al este), vi inesperadamente un cine en el que en 1967 John y yo habíamos visto *El graduado*. El ver *El graduado* no había tenido ningún significado especial en 1967. Yo había estado en Sacramento. John me había recogido en el aeropuerto de Los Ángeles. Nos pareció que ya era un poco tarde para comprar la cena y demasiado pronto para ir a un restaurante, así que

nos fuimos a ver *El graduado* y luego, a cenar a Frascati. Frascati había desaparecido, pero el cine aún estaba allí, aunque no fuera más que para tender una trampa a los desprevenidos.

Había muchas de aquellas trampas. Un día vi en un anuncio de televisión un tramo de la autopista de la costa que me resultaba familiar; me di cuenta de que era la península de Palos Verdes, en el Portuguese Bend, junto a la verja de la casa a la que John y yo llevamos a Quintana desde el Hospital de St. John.

Tenía tres años.

Habíamos colocado su cuna junto a la glicinia del jardín.

Estás a salvo. Estoy aquí.

En el anuncio no se veía ni la casa ni la verja, pero despertó en mí un repentino torrente de recuerdos: el salir del coche en aquella autopista para abrir la verja y que John metiera el coche; ver

el rodaje de un anuncio en el que la marea subía e inundaba un coche aparcado en nuestra playa; la esterilización de las botellas para los biberones de Quintana mientras el gallo de pelea que vivía en la propiedad me seguía amistosamente de ventana en ventana. Este gallo de pelea, que el propietario de la casa llamaba «Buck», había sido abandonado en la autopista, según la pintoresca opinión del propietario, por «mejicanos en fuga». Buck tenía una personalidad elegante y sorprendentemente atractiva, no muy distinta de la de un Labrador. Además de Buck, la casa estaba equipada con pavos reales, decorativos, pero carentes de personalidad. A diferencia de Buck, los pavos eran gordos y sólo se movían en caso de necesidad. Al atardecer gritaban e intentaban volar a sus nidos en los olivos, un momento pesado por la frecuencia con que se caían. Justo antes del amanecer, volvían a gritar. Un día me desperté al amanecer y no vi a John. Le encontré fuera, en la oscuridad, arrancando melocotones verdes de un árbol para lanzárselos a los pavos, una forma muy espontánea, pero contraproducente de acabar con

una molestia. Cuando Quintana tenía un mes nos echaron de la casa. Había una cláusula en el contrato de alquiler que especificaba que no se permitían niños, pero el propietario y su esposa reconocieron que el bebé no era el motivo. El motivo era que yo había contratado una hermosa adolescente llamada Jennifer para cuidar a la niña. El propietario y su esposa no querían extraños en la propiedad o, como ellos decían, «detrás de la verja», sobre todo hermosas adolescentes que seguramente tendrían novios. Alquilamos una casa en la ciudad durante unos meses; era la casa de Sara, la viuda de Mankiewicz, que tenía intención de pasar una temporada de viaje. Lo dejó todo, salvo un objeto, el Oscar concedido a Hermán Mankiewicz por el guión de *Ciudadano Kane*.

«Celebraréis fiestas, la gente se emborrachará y jugará con la estatuilla», dijo mientras la guardaba. El día del traslado, John estaba de viaje con los Giants de San Francisco; iba a escribir un artículo sobre Willie Mays para *The Saturday Evening Post*. Le pedí la ranchera a

mi cuñada, la cargué, puse a Jennifer con Quintana en el asiento trasero, me despedí de Buck, me monté en el coche y dejé la totémica cerradura de la verja tras de mí por última vez.

Todo esto y ni siquiera había ido allí.

Lo único que había hecho era vislumbrar un anuncio en televisión mientras me vestía para ir al hospital.

Otro día tuve que ir a comprar agua embotellada al Rite Aid de la calle Canon y recordé que en Canon era donde había estado The Bistro. En 1964 y 1965, cuando vivíamos en la casa de la verja con la playa y los pavos, pero no teníamos ni para la propina del aparca coches de un restaurante, mucho menos para comer en uno, John y yo solíamos aparcar en la calle Canon y encargarnos la cena en The Bistro. Llevamos allí a Quintana el día que la adoptamos, cuando aún no tenía siete meses. Nos habían acomodado en el banco de la esquina, reservado al abogado Sydney

Korshak, y colocaron el capazo en el centro de la mesa. Aquella mañana en el juzgado había sido el único bebé, incluso el único niño; aparentemente, todas las demás adopciones de aquel día eran de adultos que se adoptaban unos a otros por razones de impuestos. «*Qué bonita, qué hermosa*», canturreaban los camareros de The Bistro cuando entramos con ella a comer. Cuando tenía seis o siete años, celebramos allí una cena de cumpleaños. Llevaba una mana verde lima que yo le había comprado en Bogotá. Cuando estábamos a punto de marchar, el camarero le trajo la mana y ella se la colocó teatralmente sobre sus pequeños hombros.

¡Qué bonita, qué hermosa!, el vivo retrato de Ginger Rogers.

John y yo habíamos estado juntos en Bogotá. Nos habíamos escapado de un festival cinematográfico en Cartagena y habíamos cogido un vuelo de Avianca a Bogotá. El actor George Montgomery, que había asistido al festival,

viajaba también en el mismo vuelo. Se levantó y se dirigió a la cabina. Desde donde yo estaba sentada le veía charlar con la tripulación y luego, deslizarse hasta el asiento del piloto.

Le di un codazo a John que iba dormido.

—Van a dejar que Montgomery pilote el avión por los Andes —su su iré.

—Sobrevuela Cartagena —dijo John, y volvió a dormirse.

Aquel día en Canon, no llegué siquiera al Rite Aid.

11

En junio, después de salir del UCLA, cuando ella estaba en la sexta semana de las quince que

permaneció internada en el Instituto Rusk de Rehabilitación del Centro Médico de la Universidad de Nueva York, Quintana me dijo que tenía un recuerdo «muy porroso» no sólo de la estancia en el UCLA sino también de la llegada al Rusk. Sí, recordaba algunas cosas del UCLA, pero aún no recordaba nada de antes de Navidad (por ejemplo, haber hablado de su padre en St. John the Divine; tampoco, cuando despertó en el UCLA, recordaba que él había muerto), pero aún lo tenía «porroso». Días después, lo corrigió y dijo «borroso», pero no era necesario: yo sabía exactamente lo que quería decir. En la planta de neurología del UCLA, los médicos lo habían llamado «confuso», por ejemplo, «su orientación mejora, pero todavía es confusa». Cuando intento reconstruir estas semanas en el UCLA, me doy cuenta de lo borrosos que son mis propios recuerdos. Algunos días aparecen nítidos y otros no. Recuerdo claramente que discutí con un médico el día que decidieron hacerle la traqueotomía. Llevaba intubada casi una semana, dijo el médico. En el UCLA no solían prolongar

una intubación más de una semana. Le dije que en el Beth Israel North de Nueva York había estado intubada tres semanas. El médico miró hacia otro lado. *«La norma en el Duke era también de una semana»*, dijo, como si la mención del Duke zanjara el tema. Pero, por el contrario, a mí me enfureció. *¿Ya mí qué me importa el Duke? — quise decir—, pero no lo hice. ¿Qué le importa el Duke al UCLA? El Duke está en Carolina del Norte y el UCLA en California. Si quisiera saber la opinión del alguien en Carolina del Norte llamaría a alguien de Carolina del Norte.*

En lugar de esto, dije: su marido vuela ahora hacia Nueva York. Seguro que pueden esperar a que aterrice.

Pues la verdad es que no. Ya está programado.

El día que decidieron hacerle la traqueotomía fue el mismo día en que desconectaron el electroencefalograma.

—Todo va bien —continuaban diciendo—. Mejorará rápido una vez que le hayamos hecho la tráqueo. Tal vez no se ha fijado que ya le han desconectado el electroencefalograma.

¿Que tal vez no me he fijado?

¿Mi única hija?

Mi hija ¿inconsciente?

¿Que tal vez, cuando entré por la mañana en la UCI no me había fijado que sus ondas cerebrales habían desaparecido? y ¿de que el monitor sobre su cabeza estaba apagado, muerto?

Ahora esto se presentaba como un progreso, pero la primera vez que lo vi no me pareció así. Recordaba haber leído en *Intensive Care* que las enfermeras de la UCI del Hospital General de San Francisco apagaban los monitores cuando un paciente estaba a punto de morir porque, según su experiencia, la familia se concentraba más en las pantallas que en el paciente moribundo. Me

preguntaba si en este caso habían tomado esa decisión. Incluso después de que me aseguraran que éste no era uno de aquellos casos, me descubría retirando la vista de la pantalla apagada del EEG. Me había acostumbrado a mirar sus ondas cerebrales. Era un modo de oírla hablar.

No entendía por qué no utilizaban el equipo que estaba allí, por qué no mantenían el EEG en marcha.

Por si acaso.

Lo había preguntado.

No recuerdo que me respondieran. En esa etapa hacía muchas preguntas que no obtenían respuesta, y las que me daban solían ser poco satisfactorias; por ejemplo: «Ya está programado».

A todos los pacientes de la unidad de neurocirugía, les habían hecho una tráqueo, me

dijeron aquel día. Los pacientes de aquella unidad presentaban debilidad muscular, lo que hacía problemático quitarles el tubo de respiración. La tráqueo tenía menos riesgo de dañar la tráquea, menos riesgo de neumonía. Mire a la derecha, mire a la izquierda, todos tienen una tráqueo. La tráqueo se podía realizar con fentanil y un relajante muscular, sólo estaría una hora expuesta a la anestesia. Una tráqueo no dejaba cicatrices, «sólo un simple hoyuelo», «una cicatriz que desaparecería con el tiempo».

Mencionaron esto último repetidas veces, como si la base de mi resistencia a la tráqueo fuese la cicatriz.

Por muy novatos que fueran, ellos eran médicos. Yo no. Por tanto, mi preocupación tenía que ser cosmética, frívola.

En realidad, no tenía ni idea de por qué me resistía tanto a la tráqueo.

Ahora pienso que mi resistencia nacía de la misma fuente supersticiosa que arrastraba desde la muerte de John. Si no le hacían la tráqueo, por la mañana estaría bien, lista para comer, hablar e irse a casa. Si no le hacían la tráqueo, el fin de semana podríamos subir a un avión. Incluso si no la dejaban volar, podría llevarla conmigo al Beverly Wilshire, podrían hacernos la manicura sentadas junto a la piscina. Si finalmente no le permitían volar, podíamos ir en coche a Malibú a pasar unos días de recuperación con Jean Moore.

Si no le hacían la tráqueo.

Esto era una locura, pero así estaba yo.

A través de las cortinas azules de algodón que separaban las camas, oía a la gente hablar de sus maridos, padres, tíos y compañeros de trabajo que estaban funcionalmente ausentes. En la cama a la derecha de Quintana, había un hombre herido en un accidente de la construcción. Los hombres que estaban presentes cuando ocurrió el accidente

habían venido a verlo. Estaban de pie alrededor de la cama e intentaban explicar lo que había sucedido. La instalación, la cabina, la grúa, oí un ruido, llamé a Vinny. Cada hombre daba su versión. Cada versión era ligeramente distinta de las demás. Era comprensible, puesto que cada uno de los testigos se situaba en un punto diferente. Pero recuerdo haber deseado mediar, ayudarles a coordinar sus historias; parecían demasiados datos contradictorios para lanzarlos sobre un hombre con una lesión cerebral traumática.

—Todo iba como siempre y, de repente, va y cae toda esa mierda —dijo uno.

El herido no respondió, no podía, puesto que le habían hecho una tráqueo.

A la izquierda de Quintana había un hombre de Massachusetts que llevaba varios meses hospitalizado. Él y su esposa habían ido a Los Angeles a visitar a sus hijos, se había caído de una escalera de mano y les pareció que no había sido

nada. Otro de esos días absolutamente normales. Luego empezó a tener problemas para hablar.

Todo iba como siempre y, de repente, va y cae toda esa mierda. Ahora tenía neumonía. Los niños iban y venían. Su mujer estaba siempre allí, suplicándole en voz baja. El marido no respondía: a él también le habían hecho una tráqueo.

El 1 de abril, un jueves por la tarde, le hicieron la tráqueo a Quintana.

El viernes por la mañana, ya había eliminado gran parte de la sedación que recibía por el respirador y ya podía abrir los ojos y apretarme la mano.

El sábado me dijeron que, al día siguiente o el lunes, la trasladarían de la UCI a una unidad de observación neurológica en la séptima planta. La planta sexta y la séptima del UCLA eran de neurología.

No recuerdo bien cuándo la trasladaron, pero creo que fue pocos días después.

Una tarde, después de su traslado a la unidad de observación de la séptima planta, conocí a una mujer de Massachusetts en el jardín del Café Med.

Su marido también había salido de la UCI y ahora lo trasladaban a lo que ella llamaba «área de rehabilitación de subagudos». Ambas sabíamos que el «área de rehabilitación de subagudos» era lo que las compañías médicas de seguros y los coordinadores de informes de alta del hospital llamaban clínica de reposo, pero no dijimos nada. Había tratado de que lo trasladasen a una de las once camas de la unidad de neuropsiquiatría de rehabilitación de agudos del UCLA, pero no le habían aceptado. Esa era la frase que ella usaba: «No le habían aceptado». Estaba preocupada por cómo accedería al centro de rehabilitación de subagudos, porque ella no conducía y uno de los dos centros con camas disponibles estaba cerca del aeropuerto de Los Angeles, y el otro, en

Chinatown. Los hijos tenían trabajos importantes y no podían llevarla siempre.

Nos sentamos al sol.

Yo la escuchaba. Me preguntó por mi hija.

No quería decirle que iban a trasladar a mi hija a una de las once camas de la unidad de rehabilitación de agudos de neuropsiquiatría.

En cierto momento, me di cuenta de que actuaba como un perro pastor intentando reunir a los médicos, advertía del edema a un interno, a otro le recordaba que tenía que hacerle un cultivo de orina para verificar si había sangre en el catéter de Foley, insistía en que le hicieran un Doppler para ver si el dolor de las piernas podía deberse a una embolia, y —cuando el ultrasonido indicaba que, en realidad, ella estaba de nuevo expulsando coágulos— yo repetía machaconamente que quería que llamasen a consulta a un especialista en coagulación. Les di por escrito el nombre del

especialista que yo quería. Me ofrecí a llamarle yo misma. Estos esfuerzos no me ayudaron a ganarme a los jóvenes hombres y mujeres que componían el personal del hospital («Si quiere llevar usted el caso, yo dimito», dijo uno finalmente), pero me hacían sentirme menos impotente.

Recuerdo que en el UCLA aprendí el nombre de muchos tests y escalas. El test de Kimura; la prueba de discriminación entre dos puntos; la escala de Glasgow para el coma, la escala pronóstica de Glasgow. El significado de estos tests y escalas me resultaba oscuro. También recuerdo haber aprendido, primero en el Beth Israel y en el Columbia-Presbiteriano y luego, en el UCLA, los nombres de muchas bacterias hospitalarias resistentes. En el Beth Israel había habido *Acinetobacteria baumannii*, que era resistente a la vancomicina. «Así es como se sabe que es una infección hospitalaria —recuerdo que me dijo un médico al que pregunté en el Columbia-

Presbiteriano—. Si es resistente a la vancomicina, es hospitalaria. Porque la vancomicina sólo se usa en hospitales.» En el UCLA había habido MRSA, *Estafilococo áureo*, resistente a la meticilina, frente al MRSE, *Estafilococo epidermis*, también resistente a la meticilina, del que en un principio habían hecho el cultivo y que a primera vista había alarmado más al personal. «No sé decirte por qué, pero como estás embarazada, tal vez quieras que te trasladen», advirtió, mirándome como si yo no entendiera, una terapeuta a otra cuando se asustaron por el MSRE. Había otros muchos nombres de bacterias hospitalarias, pero éstas eran las más contundentes. Cualquier bacteria que demostrara ser la causa de una nueva fiebre o de una infección del tracto urinario, exigiría llevar bata, guantes y máscara. Provocaba grandes suspiros entre los ayudantes a los que se les pedía que se vistieran antes de entrar en la habitación para vaciar una papelera. El estafilococo áureo del UCLA era una infección en la sangre, una bacteremia. Cuando lo oí, expresé al médico que examinaba a Quintana mi preocupación de que una

infección en la sangre pudiera llevarla de nuevo a la sepsis.

—Bueno, ya sabe usted que sepsis es sólo un término clínico —dijo el médico mientras seguía examinándola.

Yo insistí.

—Ya tiene un cierto grado de sepsis —parecía animado—, pero continuamos con la vancomicina y, de momento, la presión sanguínea se mantiene.

Así que volvíamos a esperar a ver si la presión sanguínea bajaba.

Volvíamos a esperar a ver si se producía un choque séptico.

Lo siguiente sería esperar los tímpanos de hielo en el East River.

En realidad, lo que yo veía desde la ventana

del UCLA era una piscina. Jamás vi a nadie bañarse en aquella piscina, aunque estaba llena, filtrada (veía el pequeño remolino por donde el agua entraba en el filtro y el borboteo por donde volvía a salir) y chispeante a la luz del sol, rodeada por mesas de terraza con sombrillas. Un día, mientras la miraba, recordé con claridad una vez que se me ocurrió poner velas y gardenias flotantes en la piscina que había detrás de la casa de Brentwood Park. Habíamos organizado una fiesta. Aún faltaba una hora para que empezara, pero yo ya estaba vestida cuando tuve la idea de las gardenias. Me arrodillé en el borde, encendí las velas y usé el recogedor de hojas de la piscina para distribuir las gardenias y las velas formando una estructura aleatoria. Me puse de pie, encantada con el resultado. Guardé el recogedor. Cuando volví a mirar la piscina, las gardenias habían desaparecido y las velas se habían apagado, diminutos cascos empapados girando enloquecidos alrededor del filtro. No podían colarse porque el filtro ya estaba taponado de gardenias. Me pasé los tres cuartos de hora antes de la fiesta

limpiando el filtro saturado de gardenias, sacando las velas y secándome el vestido con el secador del pelo.

Hasta aquí, muy bien.

Un recuerdo de la casa de Brenwood Park en el que no estaban ni John ni Quintana.

Por desgracia, recordé otro episodio. Estaba sola en la cocina de aquella casa, a última hora de la tarde, casi de noche, poniéndole la comida al bouvier que teníamos entonces. Quintana estaba en casa de Bamard. John pasaba unos días en nuestro apartamento de Nueva York. Debía de ser a finales de 1987, la época en la que él empezó a hablar de que deberíamos pasar más tiempo en Nueva York. Yo no apoyé la idea. De repente, un destello de luz roja llenó la cocina. Me dirigí a la ventana. Delante de una casa, en la otra acera de Marlboro Street, se veía una ambulancia más allá del árbol de coral y de dos filas de leña apilada en un patio lateral. Era un vecindario en el que muchas casas,

incluida aquella de Marlboro Street, tenían patios a un lado de la casa con dos hileras de leña apilada. Me quedé mirando la casa hasta que se apagaron las luces y la ambulancia se fue. A la mañana siguiente, cuando saqué a pasear al bouvier, un vecino me contó lo que había pasado. Dos filas de leña apilada no le habían impedido a la mujer de la casa de Marlboro Street convertirse en viuda durante la cena.

Llamé a John a Nueva York.

Aquel destello de luz roja me pareció ya entonces una advertencia urgente.

Le dije que tal vez tuviera razón y que deberíamos pasar más tiempo en Nueva York.

Mientras contemplaba la piscina vacía desde la ventana del UCLA, notaba cómo se acercaba el torbellino, pero no podía apartarlo. El torbellino en este caso adoptaba la forma de una insistente cita en Samarra. Si no hubiera hecho aquella

llamada, ¿habría vuelto Quintana a Los Angeles cuando se graduó en Bamard? Si hubiera vivido en Los Angeles, ¿habría ocurrido lo del Beth Israel North? ¿Habría ocurrido lo del Presbiteriano? ¿Estaría ella hoy en el UCLA? Si a finales de 1987 yo no hubiera malinterpretado el significado de aquel destello de luz roja, ¿podría hoy montarme en el coche y dirigirme al oeste por San Vicente y encontrarme a John en la casa de Brentwood Park, de pie, en la piscina? ¿Releyendo *La decisión de Sophie*?

¿Tendría que revivir cada error? Si, por casualidad, recordaba la mañana que bajamos en coche a St.-Tropez desde la casa que Tony Richardson tenía en la colina y tomamos café en la calle y compramos el pescado para la cena, ¿tendría que recordar también la noche en que me negué a bañarme a la luz de la luna porque el Mediterráneo estaba contaminado y yo tenía una herida en la pierna? Si recordaba el gallo de pelea

de Portuguese Bend, ¿tendría también que recordar el largo camino en coche de vuelta a casa después de cenar y las noches que, al pasar delante de las refinerías, por la autovía de San Diego, uno u otro había dicho alguna inconveniencia o habíamos dejado de hablar o nos habíamos imaginado que el otro había dejado de hablar? «Cada uno de los recuerdos y expectativas en las que la libido está ligada al objeto se revive e hipercatectiza, y así se consume el desasimiento de la libido respecto al objeto. Es extraordinario que este doloroso displacer lo consideremos como algo inevitable.» Así explica Freud lo que observó respecto a la «elaboración» del duelo y cuya descripción guarda un sospechoso parecido con el torbellino.

En realidad, la casa de Brenwood Park, desde la que vi el destello de luz roja que esperaba evitar si me mudaba a Nueva York, ya no existía. Fue demolida y reemplazada por una casa más grande ampliada por los lados un año después de que la

vendiésemos. Aquel día en Los Ángeles que pasamos con el coche por la esquina de Chadbourne con Marlboro y vimos que no quedaba nada en pie, salvo la única chimenea que permitía una reducción de impuestos, recordé que el agente de la inmobiliaria me había dicho cuando la vendimos lo importante que sería para los compradores que les obsequiésemos con ejemplares dedicados de los libros que habíamos escrito en aquella casa. Así lo hicimos. *Quintana and Friends*, *Dutch Shea Jr.*, y *The Red White and Blue*, de John. Salvador, *Democracy* y *Miami*, míos. Cuando vimos el solar vacío desde el coche, Quintana se echó a llorar en el asiento de atrás. Mi primera reacción fue de furia. Quería que me devolviesen los libros.

¿Detendría el torbellino esta línea de pensamiento punitivo?

Difícilmente.

Una mañana, cuando Quintana estaba todavía

en la unidad de observación, dado que la persistencia de la fiebre hacía necesario el ecocardiograma que descartara una endocarditis, levantó por primera vez la mano derecha. Aquello era importante porque el lado derecho del cuerpo era en el que podían observarse las secuelas del trauma. El movimiento significaba que los nervios traumatizados seguían vivos. Más tarde, aquel mismo día, insistió varias veces en salir de la cama y se enfurruñó como una niña cuando le dije que no le ayudaría. Mis recuerdos de ese día no son en absoluto borrosos.

A finales de abril decidieron que había transcurrido suficiente tiempo desde la operación para que pudiera volar a Nueva York. Hasta entonces, el problema había sido que la presurización pudiera producir un edema. Necesitaría ir acompañada de personal médico. Se descartó un vuelo regular. Se dispuso todo para trasladarla: una ambulancia del UCLA hasta el

aeropuerto, una ambulancia aérea hasta Teterboro y otra ambulancia desde Teterboro al Hospital de Nueva York; allí, en el Instituto Rusk, seguiría una terapia de rehabilitación neurológica. Hubo innumerables conversaciones entre el UCLA y el Instituto Rusk. Se enviaron muchos informes por fax. Se preparó un CD-Rom de las tomografías computerizadas. Se fijó una fecha para realizar lo que, incluso yo, llamaba ya «el traslado»: jueves, 29 de abril. Aquel jueves, a primera hora de la mañana, justo cuando estaba a punto de salir del Beverly Wilshire, recibí una llamada desde algún lugar de Colorado. El vuelo se había retrasado. El avión había aterrizado en Tucson por «dificultades técnicas». Los mecánicos de Tucson lo revisarían cuando llegasen a las diez, hora local. A primera hora de la tarde, hora del Pacífico, ya estaba claro que el avión no despegaría. A la mañana siguiente, habría otro avión disponible, pero el día siguiente era viernes y al UCLA no le gustaba hacer traslados los viernes. Insistí al coordinador de altas del hospital para que accediera a trasladarla en viernes.

Le dije que estaba segura de que si lo retrasaban hasta la semana siguiente, lo único que conseguiríamos sería desanimar y confundir a Quintana.

El Rusk no tenía problemas con las admisiones un viernes por la noche, dije, menos segura.

No tenía sitio para quedarme durante el fin de semana, mentí.

Cuando el coordinador de altas accedió al traslado en viernes, Quintana estaba dormida. Me senté un rato al sol en la plaza, fuera del hospital, y contemplé un helicóptero que daba vueltas para aterrizar en el tejado. Siempre había helicópteros que intentaban aterrizar en el tejado del UCLA y evocaban la imagen de un traumatismo en todo el sur de California, lejanas escenas de muerte en las autopistas, distantes grúas desplomadas, malos días por delante para el marido o la esposa, el padre o la madre que aún no había recibido la

llamada, a pesar de que el helicóptero ya hubiera aterrizado y el equipo de trauma transportara a toda prisa la camilla al hospital para una primera valoración clínica. Recordé un día de verano de 1970 en el que John y yo nos detuvimos en un semáforo de la avenida St. Charles de Nueva Orleans y vimos al conductor del coche de al lado desplomarse de repente sobre el volante. La bocina sonaba. Varios peatones corrieron hacia el coche. Apareció un policía. El semáforo se puso verde y seguimos adelante. John no pudo quitarse aquella imagen de la cabeza. Ahí estaba, seguía repitiendo más tarde. Estaba vivo y, de repente, muerto, y nosotros mirando. Lo vimos en el momento que le sucedía. Supimos que había muerto antes de que lo supiera su familia.

Un día normal.

«Y de repente... se acabó.»

Cuando por fin llegó el día del vuelo, parecía desarrollarse con la discontinua fatalidad

de un sueño. Cuando encendí la radio a primera hora de la mañana, me enteré de la batalla que los camioneros libraban en las autovías, protestando por el precio de la gasolina. En la Interestatal 5, había enormes camiones abandonados con las ruedas deliberadamente pinchadas. Los testigos declaraban que el primer camión articulado que se había detenido llevaba los equipos de televisión. Había varios todoterreno esperando para sacar ellos mismos a los camioneros que bloqueaban la autovía. Cuando vi el vídeo, me pareció descolocadamente francés, de 1968.

«Si es posible, evite la autovía 5», aconsejaba el locutor; luego advertía de que, según sus «fuentes» —presuntamente los equipos de TV que viajaban con los camioneros—, los camioneros bloquearían también otras autovías, especialmente la 710, la 60 y la 10. Suponía que con semejante desbarajuste sería poco probable que pudiéramos trasladarnos del UCLA hasta el avión, pero cuando la ambulancia llegó al hospital, todo aquel episodio a la francesa parecía haberse

desintegrado, y olvidamos aquella fase del sueño.

Quedaban otras fases por delante. Me habían informado de que el avión estaba en el aeropuerto de Santa Mónica. Al personal de la ambulancia le habían dicho que estaba en Burbank. Alguien llamó y le dijeron que estaba en Van Nuys. Cuando llegamos a Van Nuys no había aviones a la vista, sólo helicópteros. Eso debe de ser que van ustedes en helicóptero, dijo uno de los acompañantes de la ambulancia, claramente dispuesto a embarcarnos y seguir con sus quehaceres cotidianos. Creo que no, respondí, hay casi cinco mil kilómetros de distancia. El acompañante de la ambulancia se encogió de hombros y desapareció. Por fin, dieron con el avión, un jet Cessna con espacio para dos pilotos, dos sanitarios, la camilla a la que Quintana iba atada y para mí si me sentaba en un banco, sobre las bombonas de oxígeno. Despegamos. Volamos un rato. Uno de los sanitarios con una cámara digital sacaba fotos de lo que insistía en llamar el Gran Cañón. Le dije que creía que era Lake Mead, Hoover Dam. Le

señalé Las Vegas.

El enfermero continuó sacando fotos e insistiendo en lo del Gran Cañón.

¿Por qué tienes que llevar siempre razón?, recordé que me decía John.

Era una queja, una acusación, parte de una pelea.

Él nunca entendió que, en mi interior, yo nunca llevaba razón. Una vez, en 1971, cuando nos mudamos de la avenida Franklin a Malibú, encontré un mensaje adherido detrás de un cuadro que estaba descolgando. Era de alguien a quien había estado muy unida antes de casarme con John. Había pasado unas semanas con nosotros en la casa de la avenida Franklin. El mensaje decía: «No tenías razón». Yo no sabía en qué no había tenido razón, pero las posibilidades eran infinitas. Quemé el mensaje. Nunca se lo mencioné a John.

Muy bien, es el Gran Cañón, pensé; y

cambié de postura en el banco sobre las bombonas de oxígeno, de forma que no pudiera mirar por la ventanilla.

Al cabo de un tiempo, aterrizamos junto a un maizal de Kansas para repostar. Los pilotos hicieron un trato con los dos adolescentes que se ocupaban de la pista de aterrizaje: mientras se llenaban los depósitos, los chicos irían con su camioneta a un McDonald's y les traerían unas hamburguesas. Mientras esperábamos, los médicos sugirieron que nos turnásemos para hacer ejercicio. Cuando llegó mi turno, me quedé un momento de pie sobre el asfalto, congelada, avergonzada de estar libre y fuera del avión cuando Quintana no podía estarlo; luego, caminé hasta donde terminaba la pista y empezaba el maizal. Caían unas gotas, el aire era cambiante y me imaginé que se aproximaba un tornado. Quintana y yo éramos Dorothy en la tierra de Oz. Ambas éramos libres. En realidad, no estábamos allí. John había descrito un tornado en *Nothing Lost*. Recordaba haber leído las últimas galeradas

en la habitación de Quintana del Presbiteriano y haber llorado al llegar al pasaje del tornado. Los protagonistas, J. J. McClure y Teresa Kean, ven el tornado «a lo lejos, negro y después, cuando el sol le da de lleno, lechoso, y se mueve como una enorme serpiente reticulada erguida». J. J. le dice a Teresa que no se preocupe, que el tramo en el que están ya había sido arrasado por uno, y los tornados nunca arrasan dos veces el mismo lugar.

Finalmente, el tornado se deshizo sin incidentes, justo al otro lado de la frontera de Wyoming. Aquella noche, en el hostel Step Right, en el cruce entre Higginson y Higgins, Teresa preguntó si era cierto que los tornados no arrasan dos veces el mismo lugar.—No lo sé —dijo J. J.—. Parece lo más lógico. Como los rayos. Estabas preocupada. No quería que te preocupases. —Era lo más parecido a una declaración de amor que J. J. era capaz de hacer.

De vuelta al avión, a solas con Quintana, cogí una de las hamburguesas que los adolescentes habían

traído y la partí en trocitos para poder compartirla. Tras unos pocos bocados, ella movió la cabeza. Hacía sólo una semana que le permitían tomar alimentos sólidos y no podía comer más. Aún tenía puesta una sonda de alimentación por si acaso no podía comer nada.

—¿Lo conseguiré? —preguntó entonces.

Quise creer que me preguntaba si lograría llegar a Nueva York.

—Por supuesto que sí —le respondí.

Estoy aquí. Estás a salvo.

Por supuesto que estaría bien en California, recordaba haberle dicho cinco semanas antes.

Aquella noche, cuando llegamos al Instituto Rusk, Gerry y Tony esperaban fuera a la ambulancia. Gerry preguntó cómo había ido el viaje. Le dije que habíamos compartido una Big Mac en un maizal de Kansas. «No era una Big Mac

—dijo Quintana—. Era un cuarto de libra.»

El día que leí las pruebas de *Nothing Lost* en la habitación de Quintana en el Presbiteriano, me había parecido que podía haber un error gramatical en la última frase del fragmento entre J. J. McClure y Teresa Kean sobre el tornado. En realidad, nunca me aprendí las normas gramaticales y sólo he confiado en lo que sonaba bien, pero había algo allí que no me parecía que sonaba bien del todo. La frase en las últimas galeras decía: «Era lo más parecido a una declaración de amor de lo que J. J. era capaz de hacer». Yo habría quitado la preposición y el «lo»: «Era lo más parecido a una declaración de amor que J. J. era capaz de hacer».

Me senté junto a la ventana a contemplar los témpanos de hielo en el Hudson y di vueltas a la frase. *Era lo más parecido a una declaración de amor que J. J. era capaz de hacer*. Si uno escribe

una frase así, deseas que esté bien, pero, al mismo tiempo, es también una de esas frases que si la escribes así, no desearías que te la cambiaran. ¿Cómo la había escrito? ¿Qué pensaba exactamente? ¿Cómo quería escribirla? Tenía que decidirlo yo. Cualquier decisión que tomara implicaba una deserción latente, incluso una traición. Esa era una de las razones por las que lloraba en la habitación de Quintana en el hospital. Cuando llegué a casa aquella noche, revisé las galeradas anteriores y manuscritos. El error, si era un error, estaba allí desde el principio. Lo dejé como estaba.

Por qué tienes que llevar siempre razón. Por qué siempre tienes que decir la última palabra. Por una vez en tu vida, déjalo correr.

El 30 de abril de 2004 fue el día que Quintana y yo volamos a Nueva York en aquel vuelo de la Cessna que repostó en el maizal de Kansas. Durante los meses de mayo, junio y la mitad de julio que estuvo en el Instituto Rusk, poco pude hacer por ella. Por las tardes, podía ir a verla a su casa de la Calle 32 Este, y así lo hice casi todas las tardes; pero como su rehabilitación duraba desde las ocho de la mañana a las cuatro de la tarde, para las seis y media o las siete estaba agotada. Se encontraba clínicamente estable. Podía comer y aún llevaba la sonda de alimentación, pero ya no la necesitaba. Empezaba a recuperar el movimiento del brazo y la pierna derechos. Recuperaba la movilidad del ojo derecho que necesitaba para leer. Los fines de semana, como no tenía rehabilitación, Gerry la llevaba a comer y al cine por el barrio, y cenaban juntos. Se reunían con amigos para ir de excursión al campo. Mientras estuvo en el Rusk, yo le regaba las plantas de las ventanas, le llevaba las zapatillas asimétricas en los laterales que el fisioterapeuta le había mandado y me sentaba con ella en el

invernadero que daba al vestíbulo del Rusk a contemplar las carpas chinas del estanque; pero cuando salió del Rusk, ya no pude hacer ni siquiera eso. Estaba llegando a un punto en el que si había de recuperarse, tenía que volver a estar sola de nuevo.

Decidí pasar el verano intentando alcanzar aquel mismo punto.

Aún no podía concentrarme en el trabajo, pero podía organizar la casa, podía hacerme cargo de las cosas, podía abordar el correo sin abrir.

No se me ocurrió pensar que era entonces cuando realmente empezaba el proceso del duelo.

Hasta entonces sólo había podido experimentar dolor, no duelo. El dolor era pasivo. El dolor ocurría. El duelo, el acto de manejar ese dolor, requería atención. Hasta aquel momento habían existido motivos urgentes para borrar cualquier atención que pudiera haberle prestado,

para desterrar el pensamiento, para aportar nueva adrenalina con la que afrontar la crisis diaria. Había pasado toda una estación en la que las únicas palabras que me había permitido escuchar realmente era una grabación: *Bienvenida al U-C-L-A*.

Empecé.

Entre las cartas, libros y revistas que habían llegado mientras estaba en Los Ángeles, había un grueso volumen titulado *Vidas del 54*, preparado para celebrar lo que entonces era la inminente quincuagésima reunión de la promoción de John en Princeton. Busqué la entrada de John. Decía así: «En cierta ocasión, William Faulkner dijo que la necrológica de un escritor debería ser: *Escribió libros y luego, murió*. Esto no es una necrológica (al menos a 19 de septiembre de 2002) y yo sigo aún escribiendo libros. Así que me alinee con Faulkner».

Repetí para mis adentros: esto no es una

necrológica.

Al menos, a 19 de septiembre de 2002.

Cerré *Vidas del 54*. Pocas semanas después, volví a abrirlo y hojeé otras entradas. Había una de Donald H. Rumsfeld («Rummy»): «Los años transcurridos después de Princeton parecen un borrón, pero los días se asemejan más a un fuego rápido». Pensé en aquello. Leí otra, una reflexión de tres páginas escrita por Lancelot L. Farrar, Jr. («Lon»): «Seguramente nuestro mejor recuerdo colectivo de Princeton fue el discurso de Adlai Stevenson en la cena de fin de carrera».

Pensé también en esto.

Había estado casada cuarenta años con un miembro de la promoción del 54 y jamás me había mencionado el discurso de Adlai Stevenson en la cena de fin de carrera. Intenté pensar en cualquiera de las cosas sobre Princeton que me hubiera contado. Me comentó muchas veces lo engañoso

que le parecía el eslogan que Princeton había adoptado de un discurso de Woodrow Wilson: «Princeton al servicio de la nación». No recuerdo que dijera nada más al respecto, salvo que unos días después de nuestra boda (¿por qué lo dijo y a propósito de qué?) comentó que los Nassons le parecían absurdos. En realidad, como sabía que a mí me divertía, a veces imitaba a los Nassons en el escenario: el estudiado gesto de la mano hundida en el bolsillo, el remolino de los cubitos de hielo en un vaso imaginario, la barbilla levantada de perfil, la trivial sonrisa de satisfacción.

Tal como te recuerdo...Estabas allí, junto a mí, en una ladera azotada por la brisa...Con el rostro al viento y el corazón henchido de esperanza...

Durante cuarenta años esta canción había sido motivo de broma entre nosotros y ahora no recordaba el título, por no hablar del resto de la letra. La búsqueda de la letra se convirtió en algo

urgente. En Internet sólo pude encontrar una referencia, en una necrológica del *Princeton Alumni Weekly*:

John MacFayden, promoción de 1946: John MacFayden falleció el 18 de febrero de 2000 en Damariscotta (Maine), cerca del municipio de Head Tide, donde él y su esposa, Mary-Esther, habían tenido su residencia. Aunque la causa de su muerte fuera una neumonía, su salud se había debilitado en los últimos años, especialmente tras el fallecimiento de su esposa en 1977. John llegó a Princeton desde Duluth, en el «agitado» verano de 1942. Dotado para la música y las artes, compuso canciones para triángulo, entre las que destaca «Tal como te recuerdo», favorita de los Nassons durante mucho tiempo. Con un piano en las manos, John se convertía en el alma de cualquier fiesta. Todos recordamos su interpretación de «Brilla, gusanito de luz», que tocaba puesto boca arriba, debajo del piano. Tras cumplir su servicio militar en Japón, regresó a Princeton para realizar un máster de Bellas Artes en la facultad de Arquitectura. En la empresa neoyorquina Harrison

& Abramowitz, diseñó uno de los edificios principales de Naciones Unidas. John recibió el premio Roma de arquitectura y tras su boda con Mary-Esther Edge, pasó el curso 1952-53 en la Academia Americana de Roma. La práctica privada de su profesión, en la que destaca la construcción del World Trap Center for the Arts, a las afueras de Washington, se interrumpió en la década de los sesenta al ser nombrado director ejecutivo del primer organismo estatal para las artes por el entonces gobernador Nelson Rockefeller. Los miembros de su promoción acompañan a sus hijos, Camilla, Luke, William y John, y a sus tres nietos en el dolor por la pérdida de uno de nuestros más inolvidables miembros.

«Tal como te recuerdo»: durante mucho tiempo una de las favoritas de los Nassons.

Pero ¿qué hay de la muerte de Mary-Esther?

Y ¿cuánto hace desde la última vez que una fiesta se animaba cuando él tocaba «Brilla,

gusanito de luz», boca arriba, desde debajo del piano?

¡Qué daría por poder comentar aquello con John!

¡Qué daría por hablar con John de cualquier cosa! ¡Qué daría por decirle cualquier cosilla que le hiciera feliz! ¿Qué podía ser esa cosilla? ¿Habría funcionado de haberla dicho en su momento?

Una o dos noches antes de morir, John me preguntó si me había fijado en cuantos personajes morían en *Nothing Lost*, la novela que acababa de enviar a la imprenta. Había estado sentado en el despacho haciendo una lista de todos ellos. Yo añadí uno que se había dejado. Meses después de su muerte, cogí de su mesa una libreta para escribir una nota. En la libreta, escrita a lápiz con su letra, apenas perceptible, estaba la lista:

Teresa Kean Parlance Emmett McClure Jack Broderick Maurice Dodd Cuatro personas en coche Charlie Buckles Percy —silla eléctrica (Percy Darrow) Walden McClure

¿Por qué era el trazo tan imperceptible?, me pregunté.

¿Por qué habría usado un lápiz que apenas dejaba marca?

¿Cuándo empezó a considerarse muerto?

«No es blanco o negro», me había dicho un médico joven en el Centro Médico Cedars-Sinai de Los Angeles, en 1982, hablando de la línea divisoria entre la vida y la muerte. Habíamos estado en la UCI del Cedars viendo a Dominique, la hija de Nick y Lenny, que la noche anterior había estado a punto de morir estrangulada. Dominique estaba allí en la UCI, tumbada, como si estuviera dormida; pero no se recuperaría. La mantenían con vida artificialmente.

Dominique era una niña de cuatro años en nuestra boda.

Dominique había sido la prima que supervisaba las fiestas de Quintana y quien la llevaba a comprar los vestidos de gala para las fiestas de fin de curso; quien se quedaba con ella cuando nosotros estábamos de viaje. *Las rosas son rojas, las violetas son azules*, ponía en la tarjeta sobre un vaso con flores que Quintana y Dominique dejaron en la mesa de la cocina para cuando llegásemos de uno de aquellos viajes. *Me gustaría que no estuvieras en casa y a Dominique también. Con cariño. Feliz día de la madre, D & Q.*

Recuerdo que pensé que el médico se equivocaba. Mientras Dominique estuviera en aquella UCI, estaba viva. No podía permanecer viva sin ayuda, pero estaba viva. Eso era blanco. Cuando desconectarán el respirador, habrá unos minutos antes de que sus órganos dejen de funcionar y luego, estará muerta. Eso era negro.

Los muertos no dejan huellas imperceptibles ni marcas de lápiz.

Cualquier huella imperceptible, cualquier marca de lápiz se produjo «una noche o dos antes de que él muriera», o «una semana o dos antes»; en cualquier caso y terminantemente, *antes de que muriera*.

Esa era una línea divisoria.

Cuando volví a casa del UCLA, a finales de primavera, y durante todo el verano, pensé mucho en el final abrupto de esa línea divisoria. En mayo, una amiga íntima, Carolyn Lelyveld, murió en el Memorial Sloan-Kettering. En junio, Rosemary Breslin, la esposa de Tony Dunne, murió en el Columbia-Presbiteriano. En ambos casos, se habría podido aplicar la frase «tras una larga enfermedad», con su engañosa sugerencia de liberación, alivio y resolución. En ambos casos la posibilidad de la muerte había estado presente; en el caso de Carolyn, durante unos meses; en el de

Rosemary, desde 1989, cuando tenía treinta y dos años. Sin embargo, llegado el momento, el hecho de que hubiera estado presente no evitó en modo alguno el repentino vacío de la pérdida. Todavía existía el blanco y el negro. En el último instante, las dos estaban vivas; y al poco, muertas. Me di cuenta de que nunca había creído las palabras que aprendí de niña para la confirmación como miembro de la Iglesia Episcopal: *Creo en el Espíritu Santo, en la Santa Madre Iglesia Católica, en la Comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida perdurable, amén.*

Yo no creía en la resurrección de la carne.

Ni tampoco lo habían creído Teresa Kean, Parlance, Emmett McClure, Jack Broderick, Maurice Dodd, las cuatro personas del coche, Charlie Buckles, Percy Darrow o Walden McClure.

Ni mi católico marido.

Supuse que aquel pensamiento resultaría clarificador, pero en realidad era tan confuso que incluso se contradecía a sí mismo.

Yo no creía en la resurrección de la carne, pero aún creía que dadas las circunstancias adecuadas, él volvería.

El, que antes de morir había dejado trazos imperceptibles con un lápiz del número tres.

Un día, me pareció que sería interesante releer *Alceste*. Lo había leído a los dieciséis o diecisiete años, para un trabajo sobre Eurípides, pero recordaba que, en cierto modo, era un texto relevante para el tema de la «línea divisoria». Recordaba que los griegos, en general, y *Alceste*, en particular, eran muy hábiles al hablar del paso entre la vida y la muerte. Lo visualizaban, lo teatralizaban, ponían en escena el agua oscura y el paso de una orilla a otra. Releí *Alceste*. En la

obra sucede lo siguiente. Admeto, joven rey de Tesalia, ha sido condenado por Tánatos a morir. Apolo intercede y consigue que las Parcas le prometan que Admeto no morirá de momento si consigue que otro mortal muera en su lugar. Admeto recurre en vano a sus padres y amigos. «Entiendo que es demasiado largo el tiempo que pasamos bajo tierra y que la vida es tan corta como dulce», le dice su padre después de negarse a ocupar su lugar.

Sólo la joven reina, Alcestes, esposa de Admeto, se ofrece voluntaria. «¡Ya veo la barca de dos remos, *ya veo el bote en la laguna!* Y Carón, el barquero de los muertos, / con su pértiga en la mano, me llama [...].» Admeto se siente deshecho por la culpa, la vergüenza y la autocompasión: «¡Ay! ¡Amarga es para mí la travesía de que hablas! / ¡Ay, desafortunada!, ¡Qué tormento el nuestro!». Se comporta mal en todos los aspectos. Culpa a sus padres. Insiste en que Alcestes sufre menos que él. Unas páginas más adelante —y tras muchas más quejas— un

extraordinariamente torpe *deus ex machina* permite que Alceste regrese al mundo de los vivos. Ella no puede hablar, pero la obra nos explica —de forma igualmente torpe— que eso es temporal y se solucionará: «No te será permitido oír su palabra mientras no esté purificada de su consagración a los dioses subterráneos, ni antes de que por tres días consecutivos se haya levantado el sol». Si nos fiamos sólo del texto, la obra tiene un final feliz.

No era esto lo que yo recordaba de *Alceste*, señal inequívoca de que a los dieciséis o diecisiete años yo ya me dedicaba a corregir el texto a medida que lo leía. Las principales divergencias entre el texto y mis recuerdos aparecen al final, cuando Alceste vuelve de entre los muertos. En mi recuerdo, Alceste no habla porque se niega a hacerlo. Admeto, tal como yo lo recuerdo, insiste para que hable, hasta que, para gran desesperación suya, puesto que lo que ella tiene en su mente son las debilidades que ha descubierto en su marido, habla por fin. Admeto,

alarmado, interrumpe la posibilidad de seguir escuchándola y convoca actos de celebración. Alcestes accede, pero permanece lejana, distinta. Según esto, Alcestes, de regreso con su marido y sus hijos, vuelve a ser la joven reina de Tesalia, pero el final —«mi» final— no podía interpretarse como un final feliz.

En cierto modo, esta es una historia mejor, más redonda, una historia en la que se reconoce que la muerte «cambia» a quien ha muerto, pero al mismo tiempo plantea más preguntas sobre la línea divisoria. Si verdaderamente los muertos regresaran, ¿qué sabrían al volver? ¿Podríamos enfrentarnos a ellos? ¿Quién les dejó morir? La clara luz del día me dice que yo no dejé morir a John, que no tenía ese poder, pero ¿lo creo realmente? ¿Lo cree él?

Los supervivientes miran atrás y ven presagios, mensajes que no tomaron en cuenta.

Recuerdan el árbol que se secó, la gaviota que se estrelló contra el capó del coche.

Viven de símbolos. Extraen significados del bombardeo de *spam* en el ordenador que no usan, de la tecla de borrado que deja de funcionar, del imaginado abandono en la decisión de reemplazarla. La voz de mi contestador es aún la de John. El que se oiga la suya es un hecho totalmente arbitrario que sólo tiene que ver con que fuera él quien estaba en casa el día que hubo que hacer la grabación; pero si yo tuviera que volver a grabar el mensaje, lo haría con un sentimiento de traición. Un día que hablaba por teléfono desde su despacho, pasé distraídamente las hojas del diccionario que él siempre dejaba abierto sobre la mesita junto al escritorio. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, me disgusté. ¿Qué palabra era la última que él había buscado? ¿En qué había estado pensando? ¿Había perdido el mensaje al pasar las hojas o se había perdido ya el mensaje antes de que yo tocara el diccionario? ¿Me había negado a escuchar el mensaje?

Os digo que no he de vivir dos días, dijo Gawain.

Más entrado el verano, recibí otro libro de Princeton. Era un ejemplar de la primera edición de *True Confessions*, en «buenas condiciones, sobrecubiertas originales ligeramente ajadas», como dicen los libreros. En realidad, era el propio ejemplar de John. Según parecía, se lo había enviado a un compañero de la universidad que organizaba una exposición de libros escritos por ex alumnos de la clase para la celebración del quincuagésimo aniversario de la promoción del 54. «Ocupó el lugar de honor —me escribió su compañero—, porque John fue sin duda el escritor más distinguido de nuestra clase.»

Examiné la sobrecubierta, ligeramente ajada, del ejemplar de *True Confessions*.

Recordé la primera vez que vi aquella sobrecubierta o una maqueta de la misma. Había rondado por la casa durante días, como siempre

pasaba con las propuestas de diseño, las muestras tipográficas y las sobrecubiertas de los nuevos libros; se trataba de valorar si funcionaba bien, si seguía siendo atractivo a la vista.

Abrí el libro. Miré la dedicatoria. «Para Dorothy Burns Dunne, Joan Didion, Quintana Roo Dunne. Generaciones», decía la dedicatoria.

Había olvidado esta dedicatoria. *No le había prestado suficiente atención*, un tema recurrente en aquel estadio del proceso que yo atravesaba.

Releí *True Confessions*. Lo encontré más oscuro de lo que recordaba. Releí *Harp*. Descubrí una versión diferente, menos luminosa, de aquel verano que veíamos *Tenko* y cenábamos en Morton.

Algo más había pasado hacia el final de aquel verano.

En agosto, se había celebrado un funeral por un conocido (esto no era en sí mismo el «algo más» que había pasado): un tenista francés en la sesentena que había muerto en un accidente. El funeral había tenido lugar en el jardín de alguien en Beverly Hills. «Me reuní con mi mujer en el funeral —había escrito John en *Harp*—. Yo venía directamente de la consulta de un médico de Santa Mónica, y cuando me senté allí, bajo el sol abrasador de agosto, la idea de la muerte no se me iba de la cabeza. Pensé que, en realidad, Antón había muerto en las mejores circunstancias posibles para él: un momento de terror al darse cuenta del inevitable desenlace del accidente y un instante después, la eterna oscuridad.»

El funeral acabó y el mozo del aparcamiento me trajo el coche. Cuando salíamos, mi mujer me preguntó:—¿Qué te ha dicho el médico? No habíamos tenido un momento a solas para comentar mi visita al médico de Santa Mónica.— Me ha dejado acojonado, cariño.—¿Qué te ha

dicho?—Me ha dicho que soy candidato a un ataque mortal al corazón.

En *Harp*, unas cuantas páginas después, el escritor, John, examina la veracidad de esta narración (la suya propia). Indica el cambio de un nombre, una cierta reestructuración dramática, un pequeño desajuste temporal. Se pregunta: «¿Algo más?». La respuesta es la siguiente: «Cuando le conté a mi mujer que él me había dejado acojonado, empecé a llorar».

Yo no lo recordaba o decididamente había elegido no recordarlo.

No le había prestado suficiente atención.

¿Fue aquello lo que él experimentó cuando murió? ¿«Un momento de terror al darse cuenta del inevitable desenlace del accidente y un instante después, la eterna oscuridad»? Si tenemos en cuenta que un típico paro cardíaco sucede una

noche y no otra, el mecanismo podría interpretarse como algo esencialmente accidental: un repentino espasmo provoca la rotura de la placa en una arteria coronaria, se produce la isquemia y el corazón, privado de oxígeno, entra en fibrilación ventricular.

Pero ¿cómo lo vivió él?

El «momento de terror», la «eterna oscuridad». ¿Percibía esto claramente cuando escribía *Harp*? ¿Se «percató»? —como solíamos preguntarnos entre nosotros para saber si algo se había contado o percibido con precisión—. ¿No mencionan siempre los supervivientes de una experiencia cercana a la muerte «la luz blanca»? Mientras escribo esto, se me ocurre que esa «luz blanca», que por lo general se presenta como prueba de algo absurdo —evidencia del más allá, de un poder superior—, en realidad se ajusta exactamente a la falta de oxígeno que se produce cuando disminuye el flujo de sangre al cerebro. «Todo se volvió blanco», dicen los que sufren una

bajada de tensión respecto al momento antes de desmayarse. «Desapareció el color», cuentan los que sufren una hemorragia interna refiriéndose al momento en que la pérdida de sangre se hace crítica.

El «algo más» que sucedió hacia el final de aquel verano, que debía de ser el de 1987, fue una serie de acontecimientos que siguieron a la consulta con el médico de Santa Mónica y al funeral celebrado en la pista de tenis de Beverly Hills. Aproximadamente una semana después, le hicieron un angiograma, que mostró una oclusión del noventa por ciento de la arteria descendente anterior izquierda o LAD. También mostró un estrechamiento de un noventa por ciento largo de la rama marginal de la arteria circunfleja, que se consideró significativa, especialmente porque la rama marginal de la arteria circunfleja alimenta la misma zona del corazón que la LAD obstruida. «Muchacho, le llamamos la arteria de las viudas»,

dijo después el cardiólogo de John en Nueva York. Una o dos semanas después del angiograma (en septiembre de aquel año, todavía verano en Los Ángeles) le practicaron una angioplastia. Al cabo de dos semanas, nos dijeron que los resultados del ecocardiograma de esfuerzo eran «espectaculares». Otra eco de esfuerzo, seis meses después, confirmó el éxito. Las tomografías por emisión de positrones realizadas en los años siguientes y un angiograma en 1991 confirmaron lo mismo. Recuerdo que John y yo teníamos opiniones divergentes de lo sucedido en 1987. Tal como él lo veía, ahora tenía una sentencia de muerte temporalmente suspendida. Después de la angioplastia de 1987, decía a menudo que ahora sabía cómo iba a morir. Tal como yo lo veía, el momento había sido providencial; la intervención, un éxito; el problema, resuelto y el mecanismo, arreglado. Tú sabes cómo vas a morir tanto como yo o cualquier otra persona, recuerdo que le respondía. Ahora me doy cuenta de que el suyo era el punto de vista más realista.

Solía contarle a John mis sueños, no tanto para entenderlos como para librarme de ellos, para mantener clara la cabeza a lo largo del día. «No me cuentes el sueño», me decía al despertarse por la mañana; pero finalmente lo escuchaba.

Cuando murió, dejé de soñar.

A principios de verano, empecé de nuevo con los sueños. Como ya no se los podía contar a John, me sorprendí pensando en ellos yo sola. Recuerdo un pasaje de una novela que escribí a mediados de los noventa, *The Last Thing He Wanted*:

Desde luego, no necesitábamos aquellas últimas seis notas para saber de qué trataban los sueños de Elena. Elena soñaba que se moría. Elena soñaba

que se hacía vieja. Nadie aquí ha tenido (ni tendrá) los sueños de Elena. Todos lo sabemos. La cuestión es que Elena no lo sabía. La cuestión es que Elena permanecía ajena sobre todo a sí misma, una agente clandestina que había logrado con tanto éxito fragmentar su actividad que había perdido acceso a sus propias vías de escape.

Me doy cuenta de que la situación de Elena es igual a la mía.

En uno de los sueños, estoy en un armario y sostengo un cinturón trenzado; de repente, se rompe. Una tercera parte del cinturón se desprende de mis manos. Le muestro a John los dos trozos. Digo —o dice él— (quién sabe lo que pasa en los sueños) que ése era su cinturón preferido. Decido (de nuevo, creo que decido, debo de haber decidido, mi medio cerebro despierto me dice que tengo que hacer lo correcto) buscarle un cinturón trenzado idéntico.

En otras palabras, arreglar lo que rompí, *traerle de vuelta*.

No se me pasa por alto la similitud entre este trenzado cinturón roto y el que encontré en la bolsa de plástico que me entregaron en el Hospital de Nueva York. Ni tampoco, que sigo pensando que *yo lo rompí, que yo lo hice, que soy responsable.*

En otro sueño, John y yo volamos a Honolulu. Hay otra muchas personas que también se dirigen allí y estamos reunidos en el aeropuerto de Santa Mónica. La Paramount ha contratado los aviones. Los asistentes de producción distribuyen las tarjetas de embarque. Yo embarco. Hay una cierta confusión. Otros embarcan, pero no hay señales de John. Temo que haya algún problema con su tarjeta de embarque. Decido bajar del avión y esperarle en el coche. Mientras espero en el coche, me doy cuenta de que los aviones van despegando uno a uno. Finalmente, la única que queda en la pista soy yo. En el sueño, lo primero que siento es rabia: John ha embarcado en un avión sin mí. A continuación, transfiero mi rabia: ha sido la Paramount la que no se ha preocupado de ponernos en el mismo avión.

El papel de la Paramount en este sueño precisaría otra discusión que no viene al caso.

Mientras pienso en el sueño, me acuerdo de *Tenko*. En *Tenko*, a medida que la serie avanza, asistimos a la liberación de las inglesas prisioneras en el campo de concentración japonés y al reencuentro en Singapur con sus maridos, que no resulta satisfactorio en todos los casos. Algunas sienten como si, en cierto modo, ellos fueran responsables de la orden de internamiento. Tienen la impresión, por irracional que sea, de que las han abandonado. ¿Había sentido yo que, relegada en la pista, me habían abandonado? ¿Estaba furiosa con John por haberme dejado? ¿Era posible sentirse furiosa y responsable al mismo tiempo?

Sé cómo respondería un psiquiatra a esta pregunta.

La respuesta tendría que ver con el mecanismo ya conocido por el que la rabia crea

culpa y viceversa.

No es que no crea en esta respuesta, pero para mí es menos sugerente que la imagen inadvertida, el misterio de quedar abandonada en la pista del aeropuerto de Santa Mónica viendo cómo los aviones despegan uno tras otro.

Todos lo sabemos.

La cuestión es que Elena no lo sabía.

Me despierto a las tres y media de la madrugada y veo un aparato de televisión encendido y conectado al canal de noticias MSNBC. Joe Scarborough o Keith Olbermann habla con un hombre y su esposa, pasajeros del vuelo Northwest 327, de Detroit a Los Angeles (escribo estos datos para contárselo a John), en el que dicen que se ha llevado a cabo «un simulacro terrorista». En el incidente hay catorce hombres involucrados que dicen ser «árabes» y que, tras despegar de Detroit, habían empezado a reunirse

junto a los lavabos y a entrar de uno en uno.

La pareja a la que ahora entrevistan en la pantalla informa que los hombres habían intercambiado señas con la tripulación.

El avión aterrizó en Los Ángeles. Los catorce «árabes», que tenían los «visados caducados» (los de la MSNBC parecen más sorprendidos que yo ante ese dato), fueron detenidos y al rato, puestos en libertad. Todos los pasajeros, incluida la pareja que aparecía en pantalla, habían continuado con su vida cotidiana. Queda claro que no se trataba de un «ataque terrorista», sino de un «simulacro de ataque terrorista».

En el sueño, necesito hablar de esto con John.

Pero ¿ha sido siquiera un sueño?

¿Quién es el director de los sueños? ¿Le importaría a él?

¿Es que sólo puedo descubrir mis pensamientos a través de los sueños o de la escritura?

En junio, cuando los atardeceres se hicieron más largos, me obligué a cenar en el salón, donde había más luz. Después de la muerte de John, empecé a comer sola en la cocina (el comedor era demasiado grande y la mesa del salón era en la que él había muerto), pero cuando los atardeceres empezaron a hacerse más largos tuve la poderosa sensación de que a él le gustaría que yo viera la luz. Cuando los atardeceres empezaron a ser más cortos, volví otra vez a la cocina. Empecé a pasar sola más noches en casa. Decía que estaba trabajando. Cuando llegó agosto, ya era verdad que trabajaba o intentaba trabajar, pero tampoco quería salir, exponerme, una noche, me sorprendí sacando del aparador no uno de los platos que usaba normalmente, sino uno de Spode, rajado y

desgastado, de una vajilla en su mayoría rota o desportillada, con un dibujo Wickerdale, que ya no se hacía. Había sido una vajilla color crema, con una guirnalda de florecillas rosas y azules y hojas en color crudo que la madre de John le había regalado para el apartamento alquilado que él tenía en la 73 Este, antes de casarnos. La madre de John había muerto. John había muerto, y a mí aún me quedaban cuatro platos grandes, cinco de ensalada, tres platos de mantequilla, una sola taza de café y nueve platillos del modelo Wickerdale de Spode. Llegué a preferirlos a todos los demás. A finales del verano, ponía el lavavajillas a una cuarta parte de su capacidad sólo para estar segura de que al menos uno de los cuatro platos grandes Wickerdale estaría limpio cuando lo necesitase.

En cierto momento del verano, me di cuenta de que no tenía cartas de John, ni una sola. Muy pocas veces habíamos estado separados durante mucho tiempo. Una, dos o tres semanas en un lado u otro cuando alguno de los dos escribía una obra. Un mes en 1975, cuando yo daba clases en

Berkeley y volaba con la PSA todos los fines de semana a nuestra casa de Los Angeles. En 1988, John pasó en Irlanda unas cuantas semanas, haciendo una investigación para *Harp* y yo estuve en California cubriendo las primarias presidenciales. En todas aquellas ocasiones, hablábamos por teléfono varias veces al día. Las enormes facturas de teléfono eran parte de nuestro compromiso, lo mismo que las enormes facturas de los hoteles que nos permitían sacar a Quintana del colegio para volar a cualquier sitio y poder trabajar los dos a la vez en la misma suite. En vez de cartas, lo que tenía era un *souvenir* de una de aquellas habitaciones de hotel: un pequeño despertador negro, delgado como un papel, que John me había regalado una Navidad que pasamos en Honolulu escribiendo un guión urgente para una película que nunca llegó a rodarse. Era uno de esas costumbres navideñas en la que intercambiábamos no exactamente «regalos», sino pequeñas cosas prácticas para decorar el árbol. El despertador había dejado de funcionar el año antes de que él muriera; no se podía arreglar y después

de su muerte, tampoco se podía tirar. Ni siquiera podía quitarlo de la mesilla. También tenía un juego de rotuladores de colores Buffalo, que, con igual propósito, me habían regalado aquella misma Navidad. Aquellas Navidades, dibuje muchas palmeras, palmeras que se movían al viento, el frondoso ramaje de las palmeras caído, palmeras dobladas por las tormentas *kona* de diciembre. Los rotuladores de colores Buffalo se habían secado hacía tiempo, pero tampoco podía tirarlos.

Recuerdo que aquella Nochevieja en Honolulu la sensación de bienestar era tan profunda que no podía irme a la cama. Habíamos pedido que nos subieran a la habitación *mahimahi* y lechuga de Manoa con vinagreta para los tres, e intentamos conseguir un aire festivo rodeando con guirnaldas hawaianas las impresoras y ordenadores que usábamos para escribir el guión. Encontramos velas y las encendimos y pusimos las cintas de música que Quintana había envuelto y colocado bajo el árbol. John había estado leyendo en la cama y se había quedado dormido hacia las

once y media. Quintana había bajado a ver lo que pasaba. Yo veía dormir a John. Sabía que Quintana estaba segura, había bajado a ver lo que pasaba en este hotel —a veces sola y a veces con Susan Traylor, que solía acompañar a Quintana cuando nosotros trabajábamos en Honolulu— desde que tenía seis o siete años. Me senté en la terraza que daba al campo de golf Waialae Country Club a terminar la botella de vino que habíamos tomado en la cena y contemplar los cercanos fuegos artificiales del vecindario sobre todo Honolulu.

Recuerdo el último regalo de John. Fue en mi cumpleaños, el 5 de diciembre de 2003. Alrededor de las diez de la mañana había empezado a nevar en Nueva York y al anochecer había ya dieciocho centímetros de nieve, más otros quince que se esperaban. Recuerdo la nieve precipitándose desde el tejado de pizarra de la iglesia de St. James que estaba en la acera de enfrente. Suspendimos la cena prevista en un restaurante con Quintana y Gerry. Antes de cenar, John se sentó en

el salón junto al fuego y me leyó en voz alta. El libro era una novela mía, *A Book of Common Prayer*, que rondaba por el salón porque él lo estaba relejendo para ver cómo funcionaba técnicamente algo. La secuencia que leyó en voz alta era una en la que Leonard, el marido de Charlotte Douglas, visita a la narradora. Grace Strasser-Mendana, y le comunica que lo que está pasando en el país gobernado por su familia no acabará bien. La secuencia es complicada (en realidad, esa era la que John había querido releer para ver cómo funcionaba técnicamente) y está interrumpida por otra acción que obliga al lector a retomar el contexto al que Leonard Douglas y Grace Strasser-Mendana se refieren.

—Maldita sea —me dijo John cuando cerró el libro—. No se te ocurra volver a decirme que no sabes escribir. Ese es mi regalo de cumpleaños.

Recuerdo que se me llenaron los ojos de lágrimas.

Las siento ahora.

Visto retrospectivamente, éste había sido mi augurio, mi mensaje, la temprana nevada, el regalo de cumpleaños que nadie más podía hacerme.

Le quedaban veinticinco noches de vida.

14

En cierto momento de aquel verano, empecé a sentirme frágil, inestable. Una sandalia podía engancharse en la acera y tendría que dar un traspie para no caerme. ¿Qué pasaría si no lo hiciera? ¿Y si me caía? ¿Qué me rompería? ¿Quién vería la sangre corriendo por mi pierna? ¿Quién llamaría un taxi? ¿Quién estaría conmigo en urgencias? ¿Quién estaría conmigo cuando volviera a casa?

Dejé de llevar sandalias. Me compré dos pares de deportivas Puma y no me las quité de encima.

Empecé a dejar las luces encendidas por la noche. Si la casa estaba a oscuras, no podría levantarme para escribir una nota, buscar un libro o comprobar que había apagado el fuego de la cocina. Si la casa estaba a oscuras, me quedaría allí tumbada, inmóvil, imaginando hipotéticos peligros caseros: libros que se caían del estante y me golpeaban, la alfombra del pasillo que se deslizaba, el tubo de la lavadora que podía haber inundado la cocina y que yo no vería si estaba oscuro, el mejor modo de electrocutarse si daba la luz para comprobar que la cocina no se había quedado encendida. La primera vez que me di cuenta de que aquello iba más allá de una prudente cautela fue una tarde que un joven escritor que conocía vino a preguntarme si podía escribir una semblanza mía, y me oí decirle, con excesivo apremio, que no podía escribir nada sobre mí, que no estaba en forma para que escribieran sobre mí.

Me di cuenta de que ponía un excesivo énfasis en aquello, luchaba por recuperar el equilibrio, por evitar la caída.

Reflexioné sobre esto más adelante.

Me di cuenta de que no podía confiar en mí misma para presentar un rostro coherente ante el mundo.

Unos días más tarde, me puse a apilar ejemplares de *Daedalus* que andaban desperdigados por la casa. Tenía la impresión de que, en aquellos momentos, apilar revistas era lo máximo que podía hacer para organizar mi vida. Con precaución para no excederme de ese máximo, abrí un número de *Daedalus*. Había una historia de Roxana Robinson titulada «Hombre ciego». En la historia, un hombre conduce de noche, bajo la lluvia, para ir a dar una conferencia. El lector capta señales de peligro: el hombre no puede recordar de inmediato el tema de su conferencia y se mete con su pequeño coche

alquilado en el carril rápido sin fijarse en que se aproxima un todo terreno; hay referencias a una tal «Juliet», a quien le ha ocurrido algo inquietante. Poco a poco, nos enteramos de que Juliet era la hija de este hombre y de que la primera noche que está sola después de haber sido expulsada de la universidad, reincorporarse y pasar en el campo unas semanas reparadoras junto a su madre, su padre y su hermana, se pone de cocaína hasta que le estalla una arteria del cerebro y muere.

Uno de los detalles de la historia que más me afectó (aunque el más obvio fuera la arteria que revienta en el cerebro de la niña) fue que el padre se vuelve frágil, inestable. El padre soy yo.

De hecho, conozco de vista a Roxana Robinson. Pensé en llamarla. Ella sabe algo de lo que yo estoy empezando a aprender. Pero telefonarla habría sido raro, una intromisión; sólo la había visto una vez en un cóctel que se celebró en una azotea. En vez de hacerlo, pienso en personas que han perdido a su marido, a su esposa

o a un hijo. Pienso concretamente en el aspecto que esas personas mostraban cuando me las encontré de improviso —digamos que en la calle o al entrar en algún sitio— a lo largo del año posterior a la muerte. Lo que más me impresionó en cada uno de esos casos fue lo desnudos y desvalidos que parecían.

Ahora comprendo qué frágiles.

Qué inestables.

Abro otro número de *Daedalus*, éste dedicado al concepto de «felicidad». Un artículo sobre la felicidad firmado a medias por Robert Biswas-Diener (Universidad de Oregón), y Ed Diener y Maya Tamir (Universidad de Illinois Champaign-Urbana) señalaba que aunque «las investigaciones muestran que las personas son capaces de adaptarse en menos de dos meses a un amplio abanico de situaciones vitales, tanto positivas como negativas», existen «algunos sucesos a los que las personas tardan o son

incapaces de adaptarse totalmente». El paro era uno de ellos. «También descubrimos —añadían los autores— que el viudo medio tarda varios años tras la muerte del cónyuge en recuperar su anterior nivel de satisfacción vital.»

¿Era yo «la viuda media»? ¿Cuál había sido realmente mi «anterior nivel de satisfacción vital»?

Voy a ver a un médico; sigue el protocolo habitual. Me pregunta cómo estoy. No debería ser una pregunta inesperada en la consulta de un médico. No obstante, rompo a llorar. Es un médico amigo. John y yo estuvimos en su boda. Se casó con la hija de unos amigos que vivían enfrente de nosotros en Brentwood Park. La ceremonia se celebró bajo su jacarandá. Los primeros días después de la muerte de John, vino a verme a casa. Cuando Quintana estaba en el Beth Israel North me había acompañado un domingo por la tarde y había hablado con los médicos de la unidad. Cuando Quintana estaba en el Columbia-Presbiteriano, su

propio hospital, aunque ella no era paciente suya, había pasado a verla todas las tardes. Cuando Quintana estaba en el UCLA y él casualmente se encontraba en California, había dedicado una tarde para ir a la unidad de neurología y hablar con los médicos de allí. Habló con ellos y luego, con los neurólogos del Columbia, y después, me lo explicó todo. Había sido amable, solícito, alentador, un amigo de verdad. A cambio, yo me echaba a llorar en su despacho por haberme preguntado cómo estaba.

—No le veo la vuelta a esto —me oí decirle, tratando de explicarme.

Me dijo que si John hubiera estado sentado en la consulta, le hubiera parecido gracioso al igual que se lo parecía a él.

—Por supuesto que sé lo que intentas decir, y John también lo habría sabido; quieres decir que no ves la luz al final del túnel.

Dije que sí, pero en realidad no era eso.

Quería decir exactamente lo que había dicho: no podía verle la vuelta a esto.

Al pensar en la diferencia entre aquellas dos frases, me di cuenta de que la impresión que yo tenía de mí misma era la de alguien capaz de buscar y encontrar la vuelta a cualquier situación. Yo me había creído la lógica de las canciones populares. Había creído que a toda tempestad, le sigue la calma. Yo había atravesado la tempestad. Ahora pienso que esas no eran siquiera las canciones de mi generación. Eran las canciones y la lógica de una o dos generaciones anteriores a la mía. La música de mi generación era el *How High the Mootl* de Les Paul y Mary Ford, una lógica totalmente distinta. También se me ocurre, no es que sea un pensamiento original pero es nuevo para mí. que la lógica de aquellas antiguas canciones se basaba en la autocompasión. La cantante de la canción que busca la calma tras la tempestad cree que ésta le ha tocado a ella en

suerte. La cantante de la canción que atraviesa la tempestad asume que la tormenta habría podido engullirla.

No dejaba de repetirme que había sido afortunada toda mi vida. La cuestión era que eso parecía no darme derecho a sentirme desgraciada ahora.

Esto era lo que sucedía por estar sumida en la más profunda autocompasión.

Incluso me lo creía.

Sólo posteriormente empecé a cuestionarlo: ¿Qué tenía exactamente que ver la «suerte» en todo aquello? Al repasar mi historia, me fue imposible encontrar en ella auténticos ejemplos de «suerte». («Ha habido suerte», le dije una vez a una doctora, cuando conocí el resultado de una prueba que revelaba un problema reversible que, de no haberse tratado, habría sido menos reversible.

«Yo no le llamaría suerte —me dijo ella—; le llamaría prevención.») Tampoco creía que la «mala suerte» hubiera matado a John y golpeado a Quintana. En cierta ocasión, cuando todavía estaba en la escuela femenina Westlake, Quintana mencionó lo que a ella le parecía una mala distribución de las malas noticias. En primer curso de secundaria, había vuelto a casa de un refugio en Yosemite para encontrarse con la noticia de que su tío Stephen se había suicidado. Dos cursos más tarde, en casa de Susan, la habían despertado a las seis y media de la mañana para decirle que habían asesinado a Dominique. «La mayoría de la gente que conozco en Westlake ni siquiera conoce a alguien que haya muerto —dijo— y en el tiempo que yo llevo aquí, ya ha habido un asesinato y un suicidio en mi familia.»

«Al final, todo se nivela», dijo John; una respuesta que me dejó perpleja (¿Qué significaba realmente? ¿No podía ser más claro?), pero que a ella pareció satisfacerle.

Varios años más tarde, después de que el padre y la madre de Susan murieran en un intervalo de uno o dos años, Susan me preguntó si recordaba cuando John le dijo a Quintana que, al final, todo se nivelaba. Le dije que sí me acordaba.

—Tenía razón —dijo Susan. Así es.

Recuerdo que me sorprendió. Jamás se me habría ocurrido pensar que John dijera que tarde o temprano a todos nos alcanzan las malas rachas. Seguramente Susan o Quintana lo habían malinterpretado. Le expliqué a Susan que John había querido decir que la gente que pasa malas rachas, tendrá finalmente su buena racha.

—Eso no es en absoluto lo que quise decir —dijo John.

—Yo sabía lo que él quiso decir —dijo Susan.

¿Acaso yo no había entendido nada?

Consideremos este asunto de la «suerte».

No sólo yo no creía que la «mala suerte» había matado a John y golpeado a Quintana, sino que, en realidad, creía exactamente lo contrario: creía que yo no había sido capaz de impedir lo que había pasado. Sólo después del sueño en el que me quedaba sola en la pista del aeropuerto de Santa Mónica, se me ocurrió pensar que había un punto en el que, en realidad, no era que yo me considerara la responsable de lo ocurrido. Responsabilizaba a John y a Quintana, una diferencia significativa, pero que no me llevaba a ninguna parte. *Por una vez en tu vida, déjalo correr.*

Pocos meses después de la muerte de John, a finales del invierno de 2004, después del Beth Israel y del Presbiteriano pero antes del UCLA, Robert Silvers, de *The New York Review of Books*, me preguntó si quería que pidiera credenciales a mi nombre para cubrir la convención demócrata y la republicana que se celebrarían en verano. Consulté las fechas: en Boston, a finales de julio para la convención demócrata y en Nueva York, en septiembre, la semana anterior al Día del Trabajo, para la convención republicana. Le dije que sí. En aquel momento me pareció una forma de reemprender una vida normal sin tener que posponerlo hasta que llegara la primavera, hasta el verano y hasta que se acercara el otoño.

La primavera había llegado y pasado casi por completo en el UCLA.

A mediados de julio, Quintana fue dada de alta del Rusk Institute.

Diez días después, fui a Boston para la convención demócrata. No había previsto que mi nuevo estado de fragilidad me acompañaría a Boston, una ciudad, pensaba yo, libre de potenciales asociaciones peligrosas. Había estado con Quintana en Boston sólo una vez, en una gira para promocionar un libro. Nos habíamos alojado en el Ritz. Dallas fue el lugar de la gira que más le gustó. Boston le había parecido «toda blanca».

—Quieres decir que no se ven muchos negros en Boston —le había dicho la madre de Susan Traylor cuando Quintana volvió a Malibú y les contó el viaje.

—No —le había respondido Quintana—. Quiero decir que no tiene color.

Las últimas veces que había tenido que ir a Boston, lo había hecho sola, y en cada una de aquellas ocasiones había programado el día para coger el último vuelo de vuelta; la única vez que recordaba haber estado allí con John era en el

preestreno de *Confesiones verdaderas*; y lo único que recuerdo fue el almuerzo en el Ritz, el paseo con John hasta Brooks Brothers para elegir una camisa y, una vez acabada la proyección y evaluada la respuesta, haber tenido que escuchar el desalentador comentario sobre las perspectivas comerciales de la película: *Confesiones verdaderas* funcionaría bien —dijo el estudioso de mercado— entre adultos con más de dieciséis años de educación.

No me alojaría en el Ritz.

No tendría que ir a Brooks Brothers.

Habría estudiosos de mercado, pero sus informes no tendrían que ver conmigo.

No me di cuenta de que aún quedaba espacio para el error hasta que cuando me dirigía al Fleet Center para la inauguración de la convención, de pronto me vi envuelta en lágrimas. El primer día de la convención demócrata era el 26 de julio de

2004. Quintana se había casado el 26 de julio de 2003. Los detalles de aquel día no dejaron de asaltarme mientras esperaba en la línea de seguridad, recogía las acreditaciones en el centro de prensa, localizaba mi asiento y permanecía en pie durante el himno nacional mientras compraba una hamburguesa en el McDonald's del Fleet Center y me sentaba a comérmela en el peldaño más bajo de una escalera cerrada al público. «En otro mundo» era la frase que no me podía quitar de la cabeza. Quintana, sentada al sol en el salón mientras le hacían la trenza. John que me preguntaba cuál de las dos corbatas me gustaba más. Las cajas de flores que abrimos sobre la hierba a la salida de la catedral y cómo sacudimos las guirnaldas para quitarles el agua. John brindando antes de que Quintana cortara el pastel. El placer que le produjo el día y la fiesta, y la transparente felicidad de Quintana. «Más que un día más», le había susurrado antes de llevarla al altar.

«Más que un día más», le había susurrado

durante los cinco días con sus noches que la vio en la UCI del Beth Israel North.

«Más que un día más», le había susurrado yo, en ausencia de su padre, durante los días y las noches siguientes.

Como solías decirme, le había dicho ella, puesta en pie, de negro, en St. John the Divine, el día que depositamos sus cenizas.

Recuerdo que me asaltó la imperiosa convicción de que tenía que salir inmediatamente del Fleet Center. Pocas veces había experimentado pánico, pero la sensación que me invadió era auténtico pánico. Recuerdo que intenté tranquilizarme, intentando verlo como una película de Hitchcock, con cada plano pensado para aterrorizar, pero que finalmente es sólo un artificio, un juego. Allí estaba la sección que me habían asignado, próxima a la red que sostenía los globos listos para el lanzamiento; allí estaban las inconsistentes siluetas que se movían por las

elevadas tramoyas y el vapor o el humo que se filtraba por un respiradero sobre el techo de los compartimentos. Cuando alcancé mi asiento, allí estaban ante mí pasillos que aparentemente no llevaban a ninguna parte, misteriosamente vacíos, y paredes inclinadas y deformadas (la película de Hitchcock que estaba viendo tenía que ser *Recuerda*). Allí estaban las escaleras mecánicas paradas y los ascensores que no respondían a los mandos. Al llegar por fin abajo, allí estaban los trenes de cercanías vacíos, congelados en su posición, al otro lado de la pared de cristal (inclinada y deformada también a medida que me aproximaba) que daba a los raíles de la Estación del Norte.

Salí del Fleet Center.

Vi el final de la sesión de aquel día en la televisión de mi habitación del Parker House. El día anterior, al entrar en aquella habitación del Parker House tuve la sensación de algo *déjà vu* que había alejado de mi memoria. Ahora, mientras

veía la CSPAN y oía el aire acondicionado conectarse y desconectarse automáticamente, lo recordé: entre el penúltimo y el último curso en Berkeley, había pasado unas cuantas noches en el Parker House, en una habitación igual a ésta. Había estado en Nueva York en un programa de prácticas de la universidad que la revista *Mademoiselle* ofrecía por aquel entonces (el programa «Editor invitado», inmortalizado por Sylvia Plath en *La campana de cristal*) y volvía a California, vía Boston y Quebec; un itinerario «educativo» de ensueño, visto retrospectivamente, que mi madre había planeado. Incluso en 1955, el aire acondicionado se conectaba y desconectaba automáticamente. Recuerdo que estaba triste y dormía hasta la tarde; luego, cogía el metro a Cambridge, donde seguramente daba vueltas a la deriva y después volvía a coger el metro de vuelta.

Estos retazos de 1955 acudían a mi memoria tan fragmentados —o «confusos» o incluso «porrosos»— (¿qué hice en Cambridge?; ¿qué demonios hacía yo en Cambridge?), que me

costaba mantenerlos, pero lo intentaba porque mientras pensara en el verano de 1955 no pensaría en John ni en Quintana.

En el verano de 1955 había cogido un tren de Nueva York a Boston.

En el verano de 1955 había cogido otro tren de Boston a Quebec. Me alojé en una habitación del Château Frontenac que no tenía baño.

¿Apremiaban siempre las madres a sus hijas a seguir los caminos que ellas habían soñado?

¿Lo había hecho yo?

Esto no funcionaba.

Intenté retroceder aún más, antes de 1955, a Sacramento y los bailes de Navidad del instituto. Parecía un terreno seguro. Pensé en cómo bailábamos, agarrado. Pensé en los lugares junto al río a los que acudíamos después del baile.

Pensé en la niebla sobre el dique mientras volvíamos a casa.

Me quedé dormida con la atención puesta en la niebla sobre el dique.

Me desperté a las cuatro de la mañana. El problema con la niebla sobre el dique era que no dejaba ver la línea blanca de la carretera y alguien tenía que bajar y caminar delante del coche para guiar al conductor. Desgraciadamente, había existido otro lugar en mi vida en el que la niebla era tan densa que tenía que caminar delante del coche.

La casa en la Península de Palos Verdes.

La casa a la que llevamos a Quintana cuando tenía tres días.

Cuando se dejaba la Harbor Freeway, se atravesaba San Pedro y se llegaba al camino sobre el mar, te encontrabas la niebla.

Bajabas (me bajaba) del coche y caminabas por la línea blanca.

John conducía el coche.

No me arriesgué a esperar que el pánico estallara. Cogí un taxi a Logan. Mientras compraba un café en la franquicia de Starbucks a la salida del puente aéreo de la compañía Delta, evité mirar las guirnaldas decorativas con tiras de papel charol, rojo, blanco y azul, supuestamente colocadas para dar un toque festivo «convención», pero que sin embargo centelleaban desoladas, como una Navidad en los trópicos. *Mele Kalikimaka*. Feliz Navidad en hawaiano. El pequeño despertador negro que no podía tirar. Los rotuladores Buffalo secos que no podía tirar. En el vuelo a La Guardia, recuerdo haber pensado que lo más bello que había visto en mi vida lo había visto desde un avión: la forma en que se extiende el oeste americano; el modo en que, en un vuelo polar a través del Ártico, las islas del mar dan paso imperceptiblemente a los lagos en tierra; el

mar por la mañana entre Grecia y Chipre; los Alpes, de camino a Milán. Todo eso lo vi con John.

¿Cómo iba a volver a París sin él? ¿Cómo iba a volver a Milán, Honolulu o Bogotá?

Si ni siquiera podía ir a Boston.

Aproximadamente una semana antes de la convención demócrata. Dennis Overbye, de *The New York Times*, había contado una historia sobre Stephen W. Hawking. En una conferencia celebrada en Dublín, según el *Times*, el Dr. Hawking dijo que treinta años atrás se había equivocado al asegurar que la información que se tragaba un agujero negro nunca podría volver a rescatarse. Este cambio de opinión tenía, según el *Times*, «enormes consecuencias para la ciencia, ya que si el Dr. Hawking hubiera tenido razón, se habría violado uno de los principios básicos de la

física moderna: el de que siempre es posible retroceder en el tiempo, rebobinar la consabida película y reconstruir lo que sucedió, por ejemplo, en la colisión de dos vehículos o en la caída de una estrella en un agujero negro».

Recorté el artículo y me lo llevé a Boston.

Había algo en la historia que me pareció apremiante, pero no supe qué era hasta un mes después, la primera tarde de la convención republicana en Madison Square Garden. Yo estaba en la escalera mecánica de la torre C. La última vez que había pisado una escalera como aquella en el Garden fue con John, la noche antes de volar a París. Habíamos ido con David y Jean Halberstam a ver un partido de los Lakers contra los Knicks. David había conseguido las entradas a través del presidente de la NBA, David Stern. Ganaron los Lakers. La lluvia había lavado el cristal delante de la escalera mecánica. «Eso es señal de buena suerte, un presagio, un modo estupendo de empezar el viaje», recuerdo que dijo John. No se refería a

los buenos asientos, ni a que los Lakers ganasen, ni a la lluvia; se refería a que estábamos haciendo algo que no hacíamos habitualmente, y esto se había convertido en un tema recurrente para él. No hacemos nada divertido, había empezado a observar recientemente. Yo le criticaba (no hicimos esto, no hicimos aquello), pero entendía lo que significaba. Significaba hacer cosas no porque estaba previsto que las hiciéramos, porque siempre las hubiéramos hecho o porque debiéramos hacerlas, sino porque deseábamos hacerlas. Él quería decir deseo; quería decir vida.

Ése fue el viaje a París por el que nos habíamos peleado.

Ése fue el viaje a París que él dijo que deseaba hacer porque si no, nunca volvería a ver París.

Todavía seguía en la escalera mecánica de la torre C.

Se desató otro torbellino.

La última vez que cubrí una convención en Madison Square Garden fue en 1992: la convención demócrata.

John solía esperarme para cenar hasta que yo llegaba, alrededor de las once. En aquellas calurosas noches de julio, nos íbamos dando un paseo hasta Coco Pazzo y allí, en las mesitas del bar que no necesitaban reserva, nos repartíamos una ración de pasta y una ensalada. Creo que en aquellas cenas nunca hablamos de la convención. El domingo por la tarde, antes de que la convención empezara, le había pedido que me acompañara a Harlem, a un acto de Louis Farrakhan, que no llegó a celebrarse, y entre la improvisación de los horarios y el largo paseo de vuelta a casa desde la Calle 125, su capacidad de tolerancia por la convención demócrata estaba a punto de agotarse.

Aun así, me esperaba a cenar cada noche.

Mientras subía la escalera mecánica de la torre C, reflexionaba en todo aquello y de repente se me ocurrió: llevaba uno o dos minutos en aquella escalera pensando en la noche de noviembre de 2003 antes de volar a París, en las calurosas noches de julio de 1992 en las que cenábamos en Coco Pazzo y en aquella tarde que habíamos dado vueltas por la Calle 125 esperando el acto de Louis Farrakhan que finalmente no se celebró. Había estado en aquella escalera mecánica pensando en aquellos días y noches sin pensar ni una vez que podía alterar sus consecuencias. Me di cuenta de que, desde la última mañana de 2003, la mañana siguiente a que él muriera, había intentado que el tiempo retrocediera, rebobinar la película.

Ahora, ocho meses después, 30 de agosto de 2004, aún seguía haciéndolo.

La diferencia era que a lo largo de aquellos ocho meses, yo había intentado sustituir el rollo de la película. Ahora, sólo trataba de reconstruir la

colisión, la caída de la estrella muerta.

16

Dije que sabía a qué se refería John cuando dijo que no nos divertíamos.

Lo que había querido decir tenía algo que ver con Joe y Gertrude Black, una pareja que conocimos en Indonesia, en diciembre de 1980. Habíamos ido allí en un viaje organizado por la Agencia de Información de Estados Unidos para dar conferencias y reunirnos con escritores y académicos indonesios. Los Black habían aparecido una mañana en un aula de la Universidad Gadjah Mada, de Yakarta, con un semblante franco y sorprendentemente luminoso; era una pareja norteamericana que, al parecer, se encontraba a gusto en el remoto y, en muchos

aspectos, extraño trópico del centro de Java. «¿Qué piensa de la teoría crítica del Sr. I. A. Richards?», recuerdo que me preguntó un estudiante aquella mañana. Joe Black tenía cincuenta y tantos, Gertrude tendría uno o dos años menos, pero también cincuenta y tantos; él se había jubilado de la Fundación Rockefeller y se había ido a Yakarta a enseñar Ciencias Políticas en la Universidad Gadjah Mada. Había crecido en Utah. De joven, había participado de extra en *Fort Apache*, la película de John Ford. El y Gertrude tenían cuatro hijos, uno de ellos, dijo él, había quedado muy tocado por la movida de los sesenta. Hablamos con los Black sólo un par de veces, la primera en Gadjah Mada y al día siguiente, en el aeropuerto, cuando vinieron a despedimos; en las dos ocasiones, la conversación fue curiosamente sincera, como si hubiésemos estado varados juntos en una isla. A lo largo de los años, John mencionó muchas veces a Joe y Gertrude, siempre como ejemplos de lo que él consideraba la mejor clase de americanos. Representaban para él algo íntimo. Eran modelos de un tipo de vida que él deseaba

que nosotros llevásemos. Como los había vuelto a mencionar pocos días antes de morir, busqué sus nombres en el ordenador de John. Los encontré en un archivo llamado «AAA Pensamientos Casuales», uno de los archivos en los que guardaba notas para el libro que intentaba poner en marcha. La nota que seguía a sus nombres era crítica: «Joe y Gertrude Black: la idea de servicio».

Sabía lo que aquello significaba.

Él habría querido ser como Joe y Gertrude Black. Yo también. No lo habíamos hecho. «Desperdiciar» era una de las definiciones del crucigrama de aquella mañana. La palabra que definía tenía trece letras: «desaprovechar». ¿Era eso lo que nosotros habíamos hecho? ¿Era eso lo que él pensaba que habíamos hecho?

¿Por qué no le escuché cuando dijo que no hacíamos nada divertido?

¿Por qué no me moví para cambiar nuestra vida?

Según la fecha del ordenador, el fichero se había modificado por última vez a la 1.08 p.m. del 30 de diciembre de 2003, el día de su muerte, seis minutos después de que yo guardara la ficha que terminaba así: *cómo se convierte una «gripe» en una infección generalizada*. Él debía de estar en su despacho y yo, en el mío. No puedo evitar llegar al punto al que me lleva esto. Deberíamos haber estado juntos. No necesariamente en un aula en el centro de Java (no tengo una visión tan ilusoria de nosotros como para seguir íntegramente el mismo guión, ni tampoco se refería él a un aula en el centro de Java), pero juntos. El archivo «AAA Pensamientos Casuales» tenía ochenta páginas. No tengo forma de saber qué fue lo que añadió, cambió y finalmente guardó aquella tarde, a las 1.08 p.m.

El dolor por la pérdida nos resulta un lugar desconocido hasta que llegamos a él. Anticipamos (lo sabemos) que alguien cercano a nosotros puede morir, pero no imaginamos más allá de los días o semanas inmediatamente posteriores a esa muerte imaginada. Incluso interpretamos erróneamente la naturaleza de esos pocos días y semanas. Si la muerte es repentina, es posible que esperemos sentirnos conmocionados, pero no esperamos que la conmoción sea arrasadora, que trastorne a la vez el cuerpo y el espíritu. Es posible que esperemos sentirnos postrados, inconsolables, locos por la pérdida, pero no esperamos estar literalmente locos, personas enteras que creen que su marido está a punto de regresar y necesita sus zapatos. En la versión del dolor que imaginamos, la pauta a seguir es la «recuperación». Prevalecerá un cierto movimiento hacia adelante. Los peores días serán los primeros. Imaginamos que el momento más duro de la prueba será el funeral y

que tras él se iniciará esa hipotética recuperación. Cuando anticipamos el funeral nos preguntamos si lograremos «superarlo», estar a la altura de las circunstancias, hacer gala de la «entereza» que invariablemente se menciona como respuesta correcta ante la muerte. Anticipamos que necesitaremos fortalecernos para ese momento: ¿seré capaz de recibir a la gente? ¿Seré capaz de dejar el lugar? ¿Seré capaz siquiera de vestirme ese día? No sabemos que ése no será el problema. No podemos saber que el funeral en sí mismo será anodino, una especie de regresión narcótica, arropados por el cariño de los demás y por la gravedad y significado de la ocasión. Ni podemos saber —y ahí reside la diferencia fundamental entre cómo imaginamos el dolor y cómo es en realidad ese dolor— la interminable ausencia que sigue al hecho en sí, el vacío, la absoluta falta de sentido, la inexorable sucesión de momentos en los que nos enfrentaremos a la experiencia del sinsentido.

De niña pensaba mucho sobre el sinsentido, que en aquellos momentos parecía el rasgo negativo que predominaba en el horizonte. Tras unos cuantos años sin conseguir encontrar sentido en los espacios habitualmente propuestos, aprendí que podía encontrarlo en la geología, y así lo hice. A su vez, esto me permitió encontrar sentido a la letanía episcopal, sobre todo al *como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos*, que yo interpretaba como una descripción literal del constante cambio de la tierra, de la interminable erosión de las costas y montañas, de la inexorable modificación de las estructuras geológicas capaces de levantar montañas e islas y, con idéntica seguridad, llevárselas por delante. Los terremotos me parecían —incluso cuando los vivía— extraordinariamente placenteros, la evidencia, ferozmente revelada, de los elementos en acción. El que esos elementos destruyeran la obra de los hombres podía ser doloroso en el terreno individual, pero en conjunto había que reconocer que el asunto me dejaba totalmente

indiferente. Nadie cuidaba al pajarillo del campo, nadie cuidaba de mí. *Como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.* El día que anunciaron que se había lanzado la bomba atómica sobre Hiroshima, esas fueron las palabras que acudieron inmediatamente a mi cabecita de diez años. Cuando unos años más tarde, oí las noticias sobre las nubes en forma de hongo en los campos de pruebas de Nevada, esas volvieron a ser otra vez las palabras que me vinieron a la cabeza. Empecé a despertarme antes del amanecer y me imaginaba que las bolas de fuego lanzadas en los campos de pruebas de Nevada incendiarían el cielo de Sacramento.

Más tarde, cuando me casé y tuve a mi hija, aprendí a encontrar el mismo sentido en los reiterados rituales de la vida doméstica: poner la mesa, encender las velas, hacer el fuego, cocinar. Todos aquellos suflés, flanes, guisados, albóndigas y gumbos. Sábanas limpias, montones de toallas limpias, lámparas a prueba de huracanes para las tormentas, agua y comida suficiente para

resistir cualquier desastre geológico que se presentara. *Con esos fragmentos he apuntalado mis ruinas*, eran las palabras que no se me iban de la cabeza. Estos fragmentos me importaban. Creía en ellos. El hecho de que encontrara sentido en la naturaleza profundamente personal de mi vida como esposa y madre no me parecía incoherente con encontrar sentido en la vasta indiferencia de la geología y en los lanzamientos de pruebas; para mí, los dos sistemas discurrían por caminos paralelos que ocasionalmente convergían, especialmente durante los terremotos. En mi inexperta cabeza, siempre había un momento crítico, mi muerte y la de John, en el que los caminos convergían por última vez. Recientemente, encontré en Internet fotografías aéreas de la casa de Península de Palos Verdes, en la que habíamos vivido cuando nos casamos, la casa a la que llevamos a Quintana desde el Hospital de St. John, en Santa Mónica, donde la pusimos en su capazo junto a la glicina de la jardinera. Las fotografías, una parte del California Coastal Records Project cuyo objetivo es

documentar fotográficamente toda la franja costera de California, eran difíciles de ver con claridad, pero la casa, tal como era cuando vivíamos allí, parecía haber desaparecido. La torre junto a la que había estado la verja parecía intacta, pero el resto de la estructura me resultaba ajeno. El lugar donde estaba la glicina y las jardineras parecía estar ocupado por una piscina. La zona figuraba como «Hondonada de Portuguese Bend». Se puede ver la depresión de la colina donde se había producido el desprendimiento. Al pie del acantilado que hay en aquel punto, se veía también la gruta a la que solíamos ir nadando cuando ascendía la marea.

La subida de agua cristalina.

Ese era el modo en el que mis dos sistemas habrían podido converger.

Podíamos haber entrado nadando en la gruta con la subida de agua cristalina y todo el lugar podría haberse derrumbado y hundido en el mar que nos rodeaba. El lugar entero hundiéndose en el

mar que nos rodeaba era la clase de final que yo podía prever. No preví la parada cardíaca en la mesa del comedor.

Te sientas a cenar, y la vida que conoces se acaba.

El tema de la autocompasión.

Cuando se pasa por un duelo, se piensa mucho en la autocompasión. Nos preocupa, la tememos, eliminamos de nuestro pensamiento cualquier rastro de ella. Nos asusta que nuestras acciones revelen ese estado tan expresivamente descrito como «regodeo». Sabemos la aversión que despierta en muchos de nosotros ese «regodeo». El duelo visible nos recuerda la muerte, algo que se interpreta como anormal, como un fracaso en el manejo de una situación. «Te falta sólo una persona, y el mundo entero está vacío. Pero uno ya no tiene derecho a decirlo en voz

alta», escribió Philippe Ariés a propósito de esa aversión en *Western Attitudes toward Death*. Nos repetimos una y otra vez que nuestra pérdida no es nada comparada con la pérdida vivida (o aún peor, no vivida) del que ha muerto; este intento de pensamiento reprobatorio sólo sirve para hundirnos aún más en el pozo de la conmiseración. (*¿Por que no lo vi? ¿Por qué soy ton egoísta?*). El propio lenguaje que usamos al autocondolernos revela el odio profundo que nos inspira; la autocompasión es *sentir lástima de uno mismo*, la autocompasión es meterse el dedo en la boca, la autocompasión es *llorar por el pobrecito de mí*, la autocompasión es el estado en el que *caen* e incluso *se revuelcan* los que sienten lástima de sí mismos. La autocompasión resulta el rasgo más común y al mismo tiempo el más denigrado de nuestros defectos de carácter, y se da por sentado su perniciosa capacidad de destrucción. «Nuestro peor enemigo», lo llamaba Helen Keller. *Nunca vi a un animal /sentir lástima de sí mismo*, escribió D. H. Lawrence, en su profusamente citado sermón de cuatro versos

que, leído con atención, no revela otra cosa que un sentido tendencioso. *Un pajarillo cae helado de un arbusto /sin jamás haber sentido lástima de sí mismo.*

Tal vez fuera eso lo que a Lawrence (o a nosotros) nos gustaría creer de los animales, pero pensemos en esos delfines que se niegan a comer tras la muerte de su pareja. Pensemos en esas ocas que buscan a la pareja perdida hasta que se desorientan y mueren. En realidad, el doliente tiene apremiantes razones, incluso una apremiante necesidad de sentir lástima de sí mismo. Los maridos abandonan, las esposas abandonan, los divorcios ocurren, pero esos maridos y esposas dejan tras de sí redes de asociaciones intactas, por virulentas que sean. Sólo quedan realmente solos los que sobreviven a una muerte. Las conexiones que integraban su vida —tanto las conexiones profundas como las aparentemente superficiales (hasta que se rompen)— desaparecen. John y yo estuvimos casados cuarenta años. Durante todo este tiempo, salvo los primeros cinco meses

después de la boda, cuando John trabajaba todavía para *Time*, ambos trabajábamos en casa. Estábamos juntos veinticuatro horas al día, un hecho que para mi madre y mis tías resultó siempre divertido y calamitoso al mismo tiempo. «En la riqueza y en la pobreza, pero no a la hora de comer», se decían una a la otra con frecuencia en los primeros años de nuestro matrimonio. No podría contar las veces que, a lo largo de un día normal, se me ocurría algo que necesitaba decirle. Este impulso no se acabó con su muerte. Lo que acabó fue la posibilidad de una respuesta. Leo algo en el periódico que normalmente le hubiera leído a él. Observo un cambio en el barrio que le habría interesado; por ejemplo, Ralph Lauren ha ocupado otro solar entre la 71 y la 72, o por fin han alquilado el local vacío donde estaba la librería de Madison Avenue. Recuerdo una mañana de mediados de agosto que llegué de Central Park con noticias urgentes que contar: el intenso verde del verano se había desvanecido de los árboles en una sola noche, la estación está empezando a cambiar. *Tenemos que hacer planes*

para el otoño, recuerdo haber pensado. Tenemos que decidir dónde pasaremos el Día de Acción de Gracias, Navidad y fin de año.

Dejo las llaves en la mesa junto a la puerta antes de darme completamente cuenta. No hay nadie que oiga estas noticias, ni lugar al que ir con los planes por hacer, con el pensamiento incompleto. No hay nadie que esté de acuerdo, ni en desacuerdo, nadie que conteste. «Creo que empiezo a entender por qué el dolor por la pérdida se parece al suspense —escribió C. S. Lewis tras la muerte de su esposa—. Es el resultado de la frustración de tantos impulsos que se habían convertido en habituales. Pensamiento tras pensamiento, sentimiento tras sentimiento, una acción tras acción tuvieron a H. como objeto. Ahora se han quedado sin objeto. Por costumbre, sigo ajustando una flecha a la cuerda y luego recuerdo que tengo que deponer el arco. Tantos caminos llevan mi pensamiento hasta H. que emprendo viaje por uno de ellos. Pero ahora, un puerto fronterizo lo atraviesa. Antaño, tantos

caminos; ahora, tantos *cul de sacs*».

En otras palabras, nos quedamos una y otra vez sin un punto de mira más allá de nosotros mismos, una fuente de la que la autocompasión fluye naturalmente. Cada vez que esto sucede (todavía sucede) me impresiona la permanente impasibilidad de la separación. Algunas personas que han perdido a su marido o a su mujer cuentan que sienten la presencia de esa persona, que reciben consejos de ella. Algunos cuentan reales visiones, lo que Freud describe en *Duelo y Melancolía* como «una fijación al objeto por medio de una ilusoria psicosis alucinatoria». Lo que otros describen no es una aparición visible, sino sólo «una fuerte sensación de presencia». Yo no experimenté ninguna de las dos. Ha habido unas cuantas ocasiones (por ejemplo, el día de la traqueotomía en el UCLA) en que pregunté a John directamente lo que tenía que hacer. Dije que necesitaba que me ayudase. Dije que no podía hacerlo sola, y dije todo esto en voz alta; pronuncié realmente las palabras.

Soy una escritora. Imaginarme lo que alguien diría o haría me resulta tan natural como respirar.

Sin embargo, en cada una de estas ocasiones, mis ruegos reclamando su presencia sólo sirvieron para intensificar mi conciencia del silencio final que nos separaba. Cualquier respuesta que él me diera sólo existía en mi imaginación, mi versión. Para mí, imaginarme lo que él pudiera decir únicamente en mi versión habría sido obsceno, una violación. Ignoraba lo que él habría dicho del UCLA y de la tráqueo de la misma manera que ignoraba si habría querido quitar la «preposición» de la frase entre J. J. McClure y Teresa Kean durante el tornado. Creíamos saber todo lo que el otro pensaba, incluso cuando no queríamos saberlo; pero, en realidad, ahora veo que no sabíamos ni una mínima parte de lo que había que saber.

Cuando algo me suceda, solía decir él con

frecuencia.

No te va a suceder nada, decía yo.

Pero si sucede.

Si sucede, continuaba él diciendo. Si sucediera, no me mudaría, por ejemplo, a un apartamento más pequeño. Si sucediera, estaría rodeado de gente. Si sucediera tendría que pensar en cómo alimentar a toda esa gente. Si sucediera me casaría otra vez ese mismo año.

No lo entiendes, decía yo.

Y, en realidad, no lo entendía. Ni yo tampoco: los dos éramos igualmente incapaces de imaginar la vida sin el otro. Esta no es una historia en la que la muerte del marido o de la esposa viene a ser la condición previa para una nueva vida, un catalizador para descubrir que «es posible amar a más de una persona» (una frase que, en estos relatos, generalmente plantea el hijo precoz del viudo). Por supuesto que es posible,

pero el matrimonio es algo diferente. El matrimonio es memoria, el matrimonio es tiempo. «Ella no se sabía las canciones», recuerdo que me contó un amigo que le había dicho un amigo después de un intento de repetir la experiencia. El matrimonio no es sólo tiempo; paradójicamente es también la abolición del tiempo. Durante cuarenta años, me vi en la mirada de John. No envejecí. Este año, por primera vez desde que tenía veintinueve, me vi en la mirada de los demás. Este año, por primera vez desde que tenía veintinueve, me di cuenta de que la imagen que tenía de mí misma era la de alguien significativamente más joven. Este año me di cuenta de que uno de los motivos por los que tan a menudo me asaltaban los recuerdos de Quintana a los tres años era que cuando Quintana tenía tres, yo tenía treinta y cuatro. Recuerdo a Gerard Manley Hopkins: *Margaret, ¿te lamentas /porque el Bosquecillo Dorado se deshoja? [...] Para eso nació el hombre marchito, / es por ti, Margaret, por quien te dueles.*

Para eso nació el hombre marchito.

No somos animales poetizados.

Somos imperfectos mortales, conscientes de nuestra mortalidad aun cuando tratemos de eludirla, vencidos ante nuestra propia complejidad, tan acorralados que cuando nos dolemos por los que hemos perdido, también nos dolemos, para bien o para mal, por nosotros mismos. Por lo que fuimos. Por lo que ya no somos. Por la nada absoluta que un día seremos.

Elena soñaba que se moría.

Elena soñaba que se hacía vieja.

Aquí nadie ha tenido (ni tendrá) los sueños de Elena.

El tiempo es la escuela en la que aprendemos, / el tiempo es el fuego en el que ardemos: otra vez Delmore Schwartz.

Recuerdo haber menospreciado el libro *Leftover Life to Kill* que Caitlin, la viuda de Dylan Thomas, escribió a la muerte de su marido. Recuerdo haberme mostrado desdeñosa, incluso haber censurado su «victimismo», su «gimoteo», su «regodeo». *Leftover Life to Kill* se publicó en 1957. Yo tenía veintidós años. El tiempo es la escuela en la que aprendemos.

18

Cuando empecé a escribir estas páginas, en octubre de 2004, aún no entendía cómo, cuándo ni por qué John había muerto. Yo había estado allí. Había asistido a los intentos de reanimación del equipo de urgencias, pero seguía sin saber cómo, cuándo o por qué. A primeros de diciembre de 2004, casi un año después de su muerte, recibí finalmente el informe de la autopsia y el registro

de urgencias que había solicitado al Hospital de Nueva York el 14 de enero, dos semanas después de que sucediera y un día antes de decírselo a Quintana. Cuando miré los informes, vi que una de las razones por las que había tardado once meses en recibirlos era que yo misma había puesto mal la dirección en el impreso de solicitud del hospital. En aquel momento, hacía dieciséis años que vivía en la misma dirección, en la misma calle del Upper East Side de Manhattan. Sin embargo, en la dirección que había dado al hospital figuraba otra calle en la que John y yo habíamos vivido cinco meses inmediatamente después de casarnos en 1964.

Un médico a quien se lo mencioné se encogió de hombros como si le contara una historia familiar.

No sé si dijo que esos «déficit cognitivos» estaban asociados al estrés o si dijo que tales déficit cognitivos se asociaban al dolor por la pérdida.

Una característica de esos déficit cognitivos era que pocos segundos después de que él lo dijera, yo ya no tenía ni idea de lo que había dicho.

Según el informe de enfermería del servicio de Urgencias del hospital, la llamada al servicio médico de urgencias se recibió a las 9.15 p.m., la noche del 30 de diciembre de 2003.

Según el registro del portero, la ambulancia llegó a las 9.20 p.m., cinco minutos más tarde. Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, según el informe de enfermería, se le administraron los siguientes medicamentos por vía intramuscular o intravenosa: atropina (tres veces), epinefrina (tres veces), vasopresin (40 unidades), amiodarone (300 mg), una elevada dosis de epinefrina (3 mg) y de nuevo, otra dosis elevada de epinefrina (5 mg). Según el mismo informe, el paciente fue intubado en el lugar del suceso. Yo no

recuerdo la intubación. Puede ser un error de quien hiciera el informe o puede ser otro déficit cognitivo.

Según el registro del portero, la ambulancia salió hacia el hospital a las 10.05 p.m.

Según el informe de enfermería del servicio de Urgencias, el paciente ingresó para ser evaluado a las 10.10 p.m. Su estado se describe como asistólico y apneico. No se le aprecia pulso al tacto ni mediante el sonógrafo. No existe respuesta neurológica. El color de la piel es pálido. La escala de coma de Glasgow marca 3, el nivel más bajo posible, e indica que no hay respuesta visual, verbal ni motora. Se aprecian heridas en el lado derecho de la frente y en el puente de la nariz. Ambas pupilas están fijas y dilatadas. Se aprecia «lividez».

Según el informe del departamento médico de Urgencias, el paciente fue examinado a las 10.15 p.m. La anotación del médico acababa así:

«Parada cardíaca. IC, probable IM. Hora del deceso 10.18 p.m.».

Según el diagrama de enfermería, al paciente se le retiró la vía y fue desintubado a las 10.20 p.m. A las 10.30 p.m. la anotación dice: «Esposa en la habitación; George, asistente social, acompaña a la esposa».

Según el informe de la autopsia, el examen mostraba una estenosis de más del 95 por ciento, tanto en arteria principal como en arteria descendente anterior izquierda. El examen también mostró «ligera palidez miocárdial por manchado de CTC, indicativo de infarto agudo en distribución de la arteria descendente anterior izquierda».

Leí este informe repetidas veces. El lapso transcurrido indicaba que el tiempo que había pasado en el Hospital de Nueva York había

estado, tal como pensé, dedicado a la contabilidad, a las formalidades hospitalarias, la certificación de una muerte. Sin embargo, cada vez que leía los informes oficiales, me daba cuenta de un detalle nuevo. En la primera lectura del informe del departamento médico de Urgencias no había registrado, por ejemplo, las siglas «IC» —ingresa cadáver—. En la primera lectura del informe del departamento médico de Urgencias, seguramente estaba aún asimilando el informe de enfermería del servicio de Urgencias.

Pupilas «fijas y delatadas». PFD.

Sherwin Nuland: «Aquellos jóvenes tenaces ven cómo las pupilas de su paciente se quedan insensibles a la luz y luego se ensanchan hasta convertirse en dos círculos fijos de impenetrable oscuridad. De mala gana, el equipo interrumpe sus esfuerzos [...]. La sala está salpicada con los restos de la campaña perdida».

Círculos fijos de impenetrable oscuridad.

Sí. Eso fue lo que el personal de la ambulancia vio en los ojos de John en el suelo de nuestro salón.

«Lividez». Lividez post-mortem.

Sabía lo que significaba la palabra porque es frecuente en las *morgues*. Los policías lo señalan. Puede ser una forma de determinar la hora de la muerte. Una vez que la circulación se detiene, la sangre sigue la ley de la gravedad y forma charcos dondequiera que el cuerpo descansa. Pasa un cierto tiempo antes de que la sangre encharcada sea visible. No recuerdo cuánto tiempo es. Busqué la palabra «lividez» en el libro de patología forense que John guardaba en el estante encima de su mesa. «Aunque la lividez es variable, normalmente empieza a producirse inmediatamente después de la muerte y se percibe claramente al cabo de una o dos horas.» Si la lividez se percibía claramente en la evaluación de enfermería, a las 10.10 p.m., debió de haber empezado a producirse una hora antes.

Una hora antes fue cuando yo llamaba a la ambulancia.

Lo que significa que entonces ya estaba muerto.

Después de aquel momento en la mesa del comedor no volvió a estar vivo.

Ahora sé cómo voy a morir, había dicho en 1987 después de que le practicaran la angioplastia en la arteria descendente anterior izquierda.

Tú sabes cómo vas a morir tanto como yo o cualquier otro, le había dicho yo en 1987.

Muchacho, la llamamos la arteria de las viudas, había dicho su cardiólogo de Nueva York sobre la arteria descendente anterior izquierda. Durante todo el verano y el otoño, había estado obsesionada con localizar la anomalía que había permitido que aquello sucediese.

Racionalmente yo sabía cómo había

sucedido. Racionalmente había hablado con muchos médicos que me contaron cómo sucedió. Racionalmente había leído lo que David J. Callans decía en *The New England Journal of Medicine*: «Aunque la mayoría de casos de muerte repentina por afecciones cardíacas se produce en pacientes con enfermedades coronarias preexistentes, el paro cardíaco es la primera manifestación de este problema subyacente en el 50 por ciento de los pacientes [...]. El paro cardíaco repentino es fundamentalmente un problema en pacientes no hospitalizados; en realidad, aproximadamente el 80 por ciento de los casos de muerte repentina por problemas cardíacos sucede en casa. El porcentaje de resucitación con éxito en pacientes que sufrían una parada cardíaca fuera del hospital era muy pequeño, entre el 2 y el 5 por ciento en grandes centros urbanos [...]. Los intentos de resucitación que se inician transcurridos más de ocho minutos están casi siempre condenados al fracaso». Racionalmente había leído lo que dice Sherwin Nuland en *How We Die*: «Cuando se produce un paro cardíaco fuera del hospital, sólo el 20 o 30

por ciento sobrevive, y estos son siempre los que responden inmediatamente al RCR Si no ha habido respuesta antes de llegar a urgencias, la probabilidad de supervivencia es prácticamente nula».

Racionalmente yo sabía esto.

Sin embargo, yo no pensaba racionalmente.

Si hubiera pensado racionalmente, no habría abrigado fantasías propias de un velatorio irlandés. Por ejemplo, al enterarme de que Julia Child había muerto, no habría experimentado un alivio tan patente, una sensación tan clara de que *finalmente, esto empezaba a funcionar*; John y Julia Child podrían cenar juntos (eso fue lo primero que pensé), ella cocinaría y él le preguntaría por el OSS, se divertirían, se agradecerían mutuamente. Una vez habían organizado un desayuno juntos, en un momento en que cada uno de ellos hacía la promoción de uno de sus libros. Ella le había regalado un ejemplar

dedicado de *The Way to Cook*.

Encontré una copia de *The Way to Cook* en la cocina y miré la dedicatoria.

«*Bon appetit* a John Gregory Dunne», decía.

Bon appetit a John Gregory Dunne y a Julia Child y a la OSS.

Si hubiera pensado racionalmente, tampoco habría prestado una atención tan rigurosa a las historias sobre «salud» en Internet y a la publicidad de medicamentos en televisión. Me inquietó, por ejemplo, un anuncio de Bayer en el que se decía que una pequeña dosis de aspirina «reducía significativamente» el riesgo de ataque al corazón. Sabía perfectamente bien que la aspirina reduce el riesgo de ataque al corazón: impide que la sangre coagule. También sabía que John tomaba Coumadin, un anticoagulante mucho más potente. A pesar de eso, me asaltó la locura de la posibilidad de no haber tenido en cuenta la pequeña dosis de

aspirina. Me inquietó de igual forma un estudio realizado por las universidades de California. San Diego y Tufts, en el que se demostraba un aumento del 4,65 por ciento de muertes por motivos cardíacos en un período de catorce días que incluía Navidad y Año Nuevo. Me inquietó un estudio de la Universidad de Vanderbilt en el que se demostraba que la eritromicina quintuplicaba el riesgo de paro cardíaco si se tomaba juntamente con medicinas comunes para el corazón. Me inquietó un estudio sobre las estatinas y el aumento del riesgo, entre un 30 y un 40 por ciento, en los pacientes que dejaban de tomarlas.

Al recordar todo esto, me doy cuenta de lo receptivos que somos al persistente mensaje de que podemos evitar la muerte.

Y a su punitivo correlato, al mensaje de que si la muerte nos atrapa, nosotros tenemos la culpa.

Sólo después de leer el informe de la autopsia, empecé realmente a creer lo que me

habían dicho repetidamente: nada de lo que él o yo hubiéramos hecho o dejado de hacer habría podido causar o prevenir su muerte. Había heredado un corazón débil que finalmente acabaría por matarle. Las diversas intervenciones médicas ya habían pospuesto la fecha, pero cuando llegó la definitiva, nada de lo que yo hubiera podido disponer en el salón de nuestra casa —ni desfibrilador portátil, ni RCP, ni nada menos que todo un equipo de emergencia con los adelantos técnicos para practicar una cardioversión en pocos segundos y administrar medicación intravenosa— habría podido darle ni un día más.

Ese día más del te quiero más que.

Como solías decirme.

Sólo después de leer el informe de la autopsia, dejé de intentar reconstruir la colisión, el colapso de la estrella muerta. El colapso había estado allí durante todo el tiempo, invisible, insospechado.

Estenosis de más del 95 por ciento, tanto en arteria principal como en arteria descendente anterior izquierda.

Infarto agudo en distribución de la arteria descendente anterior izquierda, la LAD.

Así fue como sucedió. En 1987 repararon la LAD y estuvo bien hasta que todos nos olvidamos de ella; luego, se desarregló. *Muchacho, la llamamos la arteria de las viudas*, había dicho el cardiólogo en 1987.

Te digo que no he de vivir dos días, dijo Gawain.

Cuando algo me suceda, había dicho John.

Me resulta difícil verme como viuda. Recuerdo que dudé la primera vez que tuve que rellenar en un impreso la casilla del «estado civil». También me resultaba difícil verme como esposa. Considerando el valor que yo le daba a los rituales de la vida doméstica, el concepto de «esposa» no debería haberme resultado problemático, pero lo era. Durante mucho tiempo después de la boda, tuve problemas con el anillo. Me estaba tan flojo en el dedo anular de la mano izquierda que podía salirse, así que durante uno o dos años lo llevé en la derecha. Cuando me quemé el dedo de la derecha al tratar de sacar una cazuela del horno, colgué el anillo de una cadena de oro y me la puse al cuello. Cuando nació Quintana y alguien le regaló un anillo de bebé, lo añadí a la cadena.

Aparentemente funcionó.

Aún llevo así los anillos.

—Tú quieres otro tipo de esposa —le decía con frecuencia a John en los primeros años de

matrimonio. Generalmente se lo decía cuando volvíamos a Portuguese Bend después de cenar en la ciudad.

Era la típica andanada inicial de aquellas peleas que empezaban al pasar por las refinerías junto a la autovía de San Diego.

—Deberías haberte casado con alguien como Lenny.

Lenny era mi cuñada, la mujer de Nick. Lenny organizaba fiestas y comidas con amigos, llevaba su casa sin ningún esfuerzo y se ponía hermosos vestidos franceses y trajes, y siempre estaba disponible para ir a ver una casa, darle una ducha a un niño o acompañar a una visita a Disneylandia.

—Si hubiera querido casarme con alguien como Lenny, me habría casado con alguien como Lenny —decía John, pacientemente al principio y luego, con menos paciencia.

En realidad, yo no tenía ni idea de lo que era ser una esposa.

En aquellos primeros años me ponía margaritas en el pelo, tratando de parecer una «novia».

Después, encargaba para mí y para Quintana faldas de guinga a juego, tratando de parecer una «joven mamá».

Lo que recuerdo de aquellos años es que tanto John como yo improvisábamos, volábamos a ciegas. Hace poco, mientras limpiaba un archivo en un cajón, encontré un grueso fichero bajo la etiqueta «Organización». El simple hecho de que hiciéramos fichas con la etiqueta «Organización» indica la poca que teníamos. También manteníamos «reuniones organizativas», que consistían en sentarnos libreta en mano, exponer en voz alta el problema del día y luego, sin el menor intento por tratar de resolverlo, salir a comer fuera. Eran comidas festivas, como si

celebrásemos un trabajo bien hecho. Michael's, en Santa Mónica era uno de los lugares típicos a los que solíamos ir. En aquel fichero de «Organización», encontré varias listas de Navidad de los años 1970, unas cuantas notas de llamadas telefónicas y, sobre todo, muchas notas, también de los años 1970, relacionadas con gastos previstos e ingresos. Un aire de desesperación impregna esas notas. Había una cita con Gil Frank el 19 de abril de 1978, cuando intentábamos vender la casa de Malibú y así poder pagar la de Brentwood Park, para la que ya habíamos entregado un depósito de 50.000 dólares. No pudimos vender la casa de Malibu porque no paró de llover en toda la primavera. Hubo desprendimientos. Se cerró la autopista de la costa del Pacífico. Nadie podía ver siquiera la casa a no ser que ya viviera en la zona de Malibú donde se había producido el desprendimiento. Durante varias semanas, sólo fue a ver la casa una persona, un psiquiatra que vivía en la Colonia Malibú. Se quitó los zapatos y los dejó bajo la lluvia torrencial para «percibir la sensación de la casa», la recorrió descalzo por el

suelo de baldosas e informó a su hijo, que a su vez informó a Quintana, que la casa era «fría». Esta nota es del 19 de abril de aquel año: *Debemos hacernos a la idea de que no venderemos Malibú hasta finales de año. Tenemos que aceptar lo peor, de forma que cualquier mejora nos parezca excelente.*

Una semana más tarde hay otra nota que me imagino estaba destinada a una de nuestras «reuniones organizativas». *Tema de discusión: ¿Dejamos lo de Bretwood Park? ¿Nos comemos los 50.000 dólares?*

Dos semanas más tarde, volamos a Honolulu para escapar de la lluvia y decidir entre nuestras mermadas posibilidades. A la mañana siguiente, cuando llegamos de darnos un baño, había un mensaje: el sol había salido en Malibú y teníamos una oferta que se ajustaba a lo que pedíamos.

¿Qué nos había animado a creer que un hotel de vacaciones en Honolulu era el lugar adecuado

para solucionar una nuestra escasez de fondos?

¿Qué lección extrajimos del hecho de que aquello funcionara?

Veinticinco años más tarde, enfrentados a una escasez de liquidez similar, decidimos similarmente resolverla en París. ¿Cómo pudimos ver el viaje como un ahorro porque nos habían regalado un billete para el Concorde?

En el mismo archivo encontré unos párrafos que John había escrito en 1990, en nuestro vigésimo sexto aniversario. «Ella no se quitó las gafas de sol en toda la ceremonia de nuestra boda, en la pequeña iglesia de la misión de San Juan Bautista, de California. También lloró durante toda la ceremonia. Mientras salíamos caminando por la nave central de la iglesia, nos prometimos uno al otro que podíamos romper el compromiso la semana siguiente y no esperar hasta que la muerte nos separase.»

Aquello también funcionó. En cierto modo, todo había funcionado.

¿Por qué pensaba yo realmente que esta improvisación no tendría fin?

Si hubiera sabido que lo tenía, ¿en qué habría actuado de forma diferente?

¿En qué lo habría hecho él?

20

Mientras escribo esto, el fin del primer año se aproxima. El cielo de Nueva York está oscuro cuando me levanto a las siete, y anochece de nuevo a las cuatro de la tarde. De las ramas del membrillero del salón, cuelgan luces navideñas de colores. Hace un año, la noche que sucedió, también había luces navideñas de colores en ramas

de membrillero; pero en primavera, poco después de que trajera a Quintana del UCLA, las luces se fundieron, se murieron. Aquello era un símbolo. Compré nuevas tiras de luces de colores. Era un acto de fe en el futuro. Aprovecho la oportunidad para hacer esas profesiones de fe en el momento y lugar que puedo inventarlas, ya que realmente no siento esa fe en el futuro.

Me doy cuenta de que he perdido la habilidad que tenía hace un año —por poca que fuera— para las reuniones sociales ordinarias. Durante la convención republicana me invitaron a una pequeña fiesta en casa de un amigo. Estaba contenta de ver a mi amigo y a su padre, en cuyo honor se celebraba la fiesta, pero me costaba mantener una conversación con los demás. Al irme, me di cuenta de que había agentes del Servicio Secreto, pero no tuve paciencia para quedarme a ver quién era el personaje importante que vendría. Otra noche, también durante la convención republicana, asistí a una fiesta que ofrecía *The New York Times* en el edificio del

Time Warner. Había velas y gardenias flotando en cubitos de cristal. No podía centrarme en la persona con la que estaba hablando. Sólo podía centrarme en las gardenias atascadas en el filtro en la casa de Brentwood Park.

En esas ocasiones, me escucho a mí misma hacer el esfuerzo y fracasar en el intento.

Me doy cuenta de que me levanto de cenar demasiado repentinamente.

También me doy cuenta de que no tengo la flexibilidad que tenía hace un año. Se suceden las crisis, y el mecanismo que controla la adrenalina se funde. La capacidad de reacción es inestable, lenta o ausente. En agosto y septiembre, después de la convención demócrata y republicana, pero antes de las elecciones, escribí un artículo por primera vez desde que John murió. Hablaba de la campaña. Era el primer artículo que escribía desde 1963 y cuyo borrador él no leía para decirme lo que estaba mal, lo que había que hacer,

qué añadir o que quitar. Nunca me había resultado fácil escribir un artículo, pero éste parecía costarme más de lo habitual; en cierto momento, me di cuenta de que no quería acabarlo porque no había nadie para leerlo. Me repetía que tenía un plazo, que John y yo nunca incumplíamos los plazos. Lo que finalmente hice para acabarlo era lo más parecido que podía imaginarme a lo que él me habría dicho. Era un mensaje muy sencillo: *Eres una profesional. Termina el artículo.*

Pienso que nos permitimos imaginar tales mensajes sólo como una forma de supervivencia.

Ahora veo que la tráqueo del UCLA se habría realizado conmigo o sin mí.

Ahora veo que el hecho de que Quintana retomara su vida, habría sucedido conmigo o sin mí.

El terminar aquel artículo, que significaba retomar mi vida, no.

Cuando repasé el artículo para la publicación, me sorprendió e inquietó la cantidad de errores que había cometido: simples errores de transcripción, nombres y fechas equivocadas. Me dije que sería algo transitorio, parte de mi incapacidad de reacción, una prueba más de esos déficit cognitivos provocados por el estrés o el dolor, pero seguía inquieta. ¿Volvería algún día a estar bien? ¿Recuperaría algún día la confianza en que no me equivocaba?

¿Es que siempre has de tener razón?, me había dicho él.

¿Te resulta imposible pensar que puedes equivocarte?

Me descubro cada vez con más frecuencia comparando las semejanzas entre estos días de diciembre y los mismos días de diciembre de hace un año. En cierta manera, aquellos días de hace un

año me resultan más claros, con un perfil más definido. Hago prácticamente lo mismo. Elaboro las mismas listas de lo que tengo que hacer. Envuelvo los regalos de Navidad con el mismo papel de seda de colores, escribo los mismos mensajes en las mismas tarjetas de la tienda de regalos Whitney, pego las tarjetas al papel de colores con el mismo sello de lacre. Preparo los mismos cheques para los empleados del edificio, salvo que ahora los cheques sólo llevan impreso mi nombre. No habría cambiado los cheques (como no cambiaría la voz del contestador) de no haberme dicho que era esencial que ahora el nombre de John apareciera sólo en las cuentas fiduciarias. Encargué en Citarella el mismo jamón. Me preocupé del mismo modo de cuántos platos necesitaría en Nochebuena, los conté y reconté. Acudí al dentista para mi revisión anual de diciembre y mientras metía las muestras de cepillos de dientes en el bolso, me di cuenta de que nadie me aguardaba en la sala de espera leyendo el periódico para irnos a desayunar a los 3 Guys de Madison Avenue. La mañana transcurre

vacía. Cuando paso delante de los 3 Guys, miro hacia otro lado. Una amiga me pide que la acompañe a escuchar música de Navidad a St. Ignatius Loyola, y volvemos a casa de noche, caminando bajo la lluvia. Esa noche caen los primeros copos de nieve, aunque es sólo una fina capa, sin avalanchas, desde el tejado de St. James: nada parecido al día de mi último cumpleaños.

El día de mi cumpleaños de hace un año, cuando me hizo el último regalo que jamás me haría.

El día de mi cumpleaños de hace un año, cuando le quedaban veinticinco noches de vida.

En la mesa frente a la chimenea, en la pila de libros más próxima a la silla en que John se sentaba a leer cuando se despertaba en plena noche, noto algo descolocado. No había tocado aquella pila a propósito, no por el impulso de convertirlo en un altar, sino porque creía que no podría resistir saber lo que leía en plena noche.

Ahora, alguien ha colocado en un precario equilibrio sobre la pila, un gran libro ilustrado: *The Agnelli Gardens at Villar Perosa*. Nuevo *The Agnelli Gardens at Villar Perosa*. Debajo, hay un ejemplar de *Cinco días en Londres: 1940*, de John Lukacs, profusamente anotado, con un marcador de libros plastificado en el que una mano infantil ha escrito: *John, que tengas feliz lectura, de John, 7 años*. Al principio, me siento desconcertada por aquel marcador que, bajo el plastificado, está espolvoreado con un alegre brillo rosa; luego, recuerdo que la Agencia de Artistas Creativos, en el marco de un proyecto navideño, «adopta» cada año a un grupo de escolares de Los Ángeles, cuyos miembros a su vez diseñan un regalo para el cliente del AAC que se les asigna.

Seguramente abriría la caja del AAC la noche de Navidad.

Debió de meter el marcador en el libro que estaba encima de la pila.

Le quedaban ciento veinte horas de vida.

¿Cómo habría elegido vivir esas ciento veinte horas?

Debajo de *Cinco días en Londres*. hay un ejemplar de *The New Yorker* con fecha 5 de enero de 2004. Un número de *The New Yorker* con esa fecha de publicación habría llegado a nuestro apartamento el domingo 28 de diciembre de 2003. Según la agenda de John, el domingo 28 de diciembre de 2003 cenamos en casa con Sharon DeLano, su antigua editora en Random House y que, por entonces, lo era en *The New Yorker*. Cenamos en la mesa del salón. Según mi cuaderno de cocina, tomamos *linguine* a la boloñesa, ensalada, queso y una *baguette*. En aquel momento le quedaban cuarenta y ocho horas de vida.

Alguna premonición en este horario era el motivo por el que yo no había tocado hasta entonces aquella pila de libros.

Creo que no estoy preparado para esto, había dicho aquella noche o la siguiente en el taxi que nos llevaba a casa desde el Beth Israel North. Hablaba sobre el estado en el que una vez más habíamos dejado a Quintana, *No tienes elección,* le había dicho yo en el taxi.

Desde entonces no he dejado de preguntarme si no la tenía.

21

—Todavía está guapa —había dicho Gerry cuando él, John y yo dejamos a Quintana en la UCI del Beth Israel North.

—Dice que todavía está guapa —dijo John en el taxi—. ¿Le has oído decirlo? ¿Que todavía está guapa? Está ahí tumbada, inflada con tubos

que entran y salen y va él y dice...

No pudo continuar.

Eso sucedió una de aquellas noches de finales de diciembre, pocos días antes de que muriera. No tengo ni idea si fue el 26, el 27, el 28 o el 29. Seguro que no fue el 30, porque Gerry ya se había marchado del hospital cuando nosotros llegamos allí el 30. Me doy cuenta de la enorme cantidad de energía que he dedicado en los últimos meses a contar hacia atrás los días, las horas. En aquel momento que John dijo, en el taxi que nos llevaba a casa desde el Beth Israel North, que todo lo que había hecho no valía nada, ¿le quedaban tres horas de vida o veintisiete? ¿Sabía las pocas horas que le quedaban? ¿Sentía que se iba? ¿Me decía que no quería marcharse? *No dejes que Camuñas me coja*, decía Quintana cuando se despertaba de una pesadilla, uno de los «dichos» que John guardó en la caja y puso en boca de Cat, en *Dutch Shea, Jr.* Yo le había prometido que no permitiría que Camuñas la cogiese.

Estás a salvo.

Estoy aquí.

Me había llegado a creer que nosotros teníamos ese poder.

Ahora Camuñas la esperaba en la UCI del Beth Israel North y esperaba a su padre en aquel taxi. Incluso a los tres o cuatro años, Quintana ya sabía que si Camuñas venía, ella sólo podría contar con sus propios recursos: *Si Camuñas viene, me subiré a la valla y no le dejaré que me lleve.*

Ella se había subido a la valla; su padre, no. Te digo que no he de vivir dos días.

Lo que hace que aquellos días de diciembre del año pasado aparezcan con un perfil tan nítido es el modo en que acabaron.

Como nieta de geólogo, pronto aprendí a contar con la absoluta mutabilidad de las colinas y las cascadas, e incluso de las islas. Cuando una colina se desploma en el océano, veo en ello la expresión del orden. Cuando un terremoto 5.2 en la escala de Richter desencaja el escritorio de mi habitación en mi propia casa de mi particular calle Welbeck, continúo tecleando. Una colina es una adaptación provisional al estrés y yo puedo ser una adaptación similar. Una cascada es un desajuste de la corriente a la estructura que se corrige a sí mismo y, por lo que sé, igual pasa con la técnica. La propia isla a la que Inez Víctor volvió en la primavera de 1975 —Oahu, una masa de tierra emergente de la etapa post-erosional a lo largo del arrecife hawaiano— es sólo una fisonomía temporal a la que cada tormenta o temblor en las placas del Pacífico altera en su forma y cuya extensión se reduce como parte de la encrucijada del Pacífico. Desde esta perspectiva, es difícil

mantener firmes convicciones sobre lo que pasó allí en la primavera de 1975, o anteriormente.

Éste es un fragmento del inicio de una novela que escribí a principios de los ochenta, *Democracy*. John le puso el título. Había empezado como una comedia familiar costumbrista, titulada *La visita del ángel*, una frase que el *Brewers Dictionary of Phrase and Fable* define como «deliciosa relación sexual breve y que rara vez ocurre»; pero cuando quedó claro que la historia iba por otros derroteros, seguí escribiendo sin título. Cuando terminé, John la leyó y dijo que debería titularla *Democracy*. Tras el terremoto de intensidad 9.0 en la escala de Richter que sacudió las seiscientas millas de la zona de subducción de Sumatra y provocó el tsunami que destruyó grandes extensiones de la costa que bordea el océano Indico, volví a leer el fragmento.

No puedo dejar de imaginar ese acontecimiento.

No hay vídeos de lo que trato de imaginar.

No son las playas, ni las piscinas inundadas, ni los vestíbulos de los hoteles que se rompen como pilotes podridos en una tormenta. Lo que yo quiero ver sucedió bajo la superficie. La placa de India encorvándose al arremeter bajo la placa de Burma. La corriente invisible recorriendo las aguas profundas. No tengo un mapa de profundidad del océano índico, pero incluso en mi globo terráqueo Rand McNally puedo ver el ancho perfil. Setecientos ochenta metros desde Banda Aceh; dos mil trescientos entre Sumatra y Sri Lanka; dos mil cien entre el archipiélago de Andamán y Tailandia, y luego, una larga depresión hacia Phuket. El momento en el que el borde dominante de la corriente invisible disminuyó su velocidad al encontrarse con la plataforma continental. La subida del agua cuando el fondo de la plataforma empezó a frenarlo.

*Como era en un principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos.*

Hoy es 31 de diciembre del 2004, un año y

un día.

En Nochebuena, 24 de diciembre, recibí gente a cenar, como John y yo habíamos hecho la Nochebuena anterior. Me decía a mí misma que lo hacía por Quintana, pero también lo hacía por mí, como una garantía de que no sería un caso especial el resto de mi vida, una invitada, alguien incapaz de funcionar por sí misma. Encendí el fuego, prendí las velas, dispuse los platos y la plata sobre una mesa del comedor. Saqué unos cuantos CD: Mabel Mercer cantando a Cole Porter; la antigua versión de «Over the Rainbow» interpretada por Israel Kamakawiwo y «Someone to Watch Over Me» interpretado por Liz Mages, una pianista de jazz israelí. En cierta ocasión, John había estado sentado al lado de Liz Mages en la misión israelí y ella le había enviado el CD, un concierto de Gershwin que había dado en Marrakech. Este CD siempre le había parecido a John espectralmente interesante por el modo en que incitaba a la bebida en el Hotel Rey David de Jerusalén durante el mandato británico, una prueba

recuperada de un mundo desaparecido, una imagen más de la primera guerra mundial. Se refería al CD como «la música del Mandato». Lo había puesto mientras leía antes de cenar la noche que murió.

Hacia las cinco de la tarde del día 24, pensé que no podría aguantar la noche, pero cuando llegó la hora, la noche se aguantó sola.

Susanna Moore envió guirnaldas de flores de Honolulu para su hija Lulú, para Quintana y para mí. Nos pusimos las guirnaldas. Otro amigo trajo una casa hecha de pan de jengibre. Había muchos niños. Yo ponía la música que me pedían, aunque había tanto ruido que nadie la oía.

La mañana de Navidad, recogí los platos y la plata y, por la tarde, fui a St. John the Divine, llena sobre todo de turistas japoneses. Siempre había turistas japoneses en St. John the Divine. La tarde que se casó Quintana en St. John the Divine había turistas japoneses sacando fotos mientras ella y

Gerry se alejaban del altar. La tarde que depositamos las cenizas de John en la capilla junto al altar mayor en St. John the Divine, un autobús vacío que llevaba turistas japoneses se había incendiado y quemado fuera de la catedral, una columna de humo en Amsterdam Avenue. El día de Navidad, la capilla junto al altar mayor estaba cerrada por obras de reconstrucción en la catedral. Un guardia de seguridad me acompañó dentro. Habían vaciado la capilla, ahora estaba sólo ocupada por andamiajes. Me agaché bajo el andamio y encontré la placa de mármol con los nombres de John y de mi madre. Colgué la guirnalda de una de las varillas de latón que sujetaban la placa de mármol a la bóveda; luego, salí de la capilla a la nave lateral y bajé por la nave principal, frente al gran rosetón de la vidriera.

Mientras caminaba, mantenía los ojos fijos en la vidriera, casi cegada por su resplandor, pero decidida a mantener la mirada fija hasta ese momento en que la vidriera, al acercarte, parece

explotar de luz, llenar de azul todo el campo visual. La Navidad de los rotuladores Buffalo y el despertador negro y los fuegos artificiales del barrio por todo Honolulu, la Navidad de 1990, la Navidad en la que John y yo habíamos escrito el guión urgente para la película que nunca llegó a filmarse estaba relacionada con aquel rosetón. Situamos el desenlace de la película en St. John the Divine, colocábamos un dispositivo con plutonio en el campanario (sólo el protagonista se da cuenta de que el dispositivo está en St. John the Divine y no en las torres del World Trade) y lanzábamos directamente por el gran rosetón de la vidriera al inconsciente portador del dispositivo. Aquellas Navidades llenamos la pantalla de azul.

Mientras escribo esto, me doy cuenta de que no quiero terminar este relato.

Ni tampoco quería terminar el año.

La locura disminuye, pero la claridad no la sustituye.

Busco objetivos y no encuentro ninguno.

En realidad, no quiero que el año termine porque sé que a medida que pasen los días, cuando enero dé paso a febrero y febrero, al verano, sucederán ciertas cosas. Mi imagen de John en el momento de su muerte se irá haciendo menos inmediata, menos cruda. Será algo que sucedió otro año. Mi percepción del propio John, del John vivo, se hará más lejana, incluso «porrosa», suavizada, transformada en cualquier cosa que sirva mejor a mi vida sin él. En realidad, ya está empezando a suceder. Durante todo el año he ido resiguiendo el calendario del año pasado: ¿qué hacíamos este mismo día el año pasado? ¿Dónde cenamos? ¿Es el día que hace un año volamos a Honolulu después de la boda de Quintana? ¿Es el día que hace un año volvimos de París? *¿Es el día?* Hoy, por primera vez, me doy cuenta de que mi recuerdo de este día de hace un año es un recuerdo del que John está ausente. Este día hace un año era 31 de diciembre de 2003. Hace un año, John no vio aquel día. John estaba muerto.

Cruzaba Lexington Avenue cuando me di cuenta de esto.

Sé por qué intentamos mantener vivos a los muertos: intentamos mantenerlos vivos para que sigan con nosotros.

También sé que si hemos de continuar viviendo llega un momento en que debemos abandonar a los muertos, dejarlos marchar, mantenerlos muertos.

Dejarlos que se conviertan en la fotografía sobre la mesa.

Dejarlos que sean un nombre en las cuentas fiduciarias.

Soltarlos en el agua.

El saberlo no me hace más fácil tener que soltarlo en el agua.

De hecho, la constatación de que nuestra

vida en común irá poco a poco dejando de ser el centro de mi vida cotidiana, me pareció hoy, en Lexington Avenue, una traición tan clara que perdí la noción del curso del tráfico.

Pienso en el día que deposité la guirnalda de flores en St. John the Divine.

Un recuerdo de las Navidades en Honolulu, cuando llenamos la pantalla de azul.

En la época en que los viajeros aún partían de Honolulu con la Compañía Marítima Matson, era costumbre lanzar guirnaldas al agua en el momento de la salida, como una ofrenda para que el viajero volviera. Las guirnaldas quedaban atrapadas en la estela del barco, magulladas y marchitas, como las gardenias en el filtro de la piscina de la casa de Brentwood Park.

Hace unos días, al despertarme, intenté recordar la disposición de las habitaciones en la casa de Brentwood Park. Me imaginé yendo de una

habitación a otra; primero por la planta baja y luego, por la de arriba. Al cabo de un rato, me di cuenta de que me había olvidado de una.

La guirnalda de flores en St. John the Divine se habrá marchitado ya.

Las guirnaldas se marchitan, las placas tectónicas se deslizan, las comentes profundas se mueven, las islas desaparecen, las habitaciones se olvidan.

En 1979 y 1980 volé con John a Indonesia, Malasia y Singapur.

Algunas de las islas que había allí entonces habrán desaparecido ya, sólo serán bajíos.

Pienso en las veces que me adentraba con él nadando en la gruta de Portuguese Bend con la subida de agua cristalina, la forma en que cambiaba, la rapidez y fuerza que adquiría al estrecharse entre las rocas al pie de aquel lugar. La marea tenía que estar en el punto justo. Había

que estar en el agua en el momento exacto en que la marea alcanzaba ese punto. Como máximo, aquello lo haríamos sólo media docena de veces en los dos años que vivimos allí, pero eso es lo que recuerdo. Cada vez que lo hacíamos, yo temía perder la subida, quedar rezagada, no calcular bien el momento. John nunca temía nada de aquello. Tienes que sentir cómo cambia el oleaje. Tienes que ajustarte al cambio. Eso me decía. Nadie nos cuida, pero eso es lo que me decía.